

Mi deseo cumplido

Manu Ponce & Alma Fernández







Primera edición.

Mi deseo cumplido

©Manu Ponce. Alma Fernández

©noviembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

Mi deseo cumplido

©Manu Ponce. Alma Fernández

©noviembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Capítulo 1: Mateo](#)

[Capítulo 2: Candy](#)

[Capítulo 3: Mateo](#)

[Capítulo 4: Candy](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6: Mateo](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8: Candy](#)

[Capítulo 9: Mateo](#)

[Capítulo 10: Candy](#)

[Capítulo 11: Mateo](#)

[Capítulo 12: Candy](#)

[Capítulo: 13 Mateo](#)

[Capítulo 14: Candy](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16: Mateo](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18: Mateo](#)

[Capítulo 19: Mateo](#)

[Capítulo 20: Candy](#)

[Capítulo 21: Mateo](#)

[Capítulo 22: Candy](#)

[Capítulo 23: Mateo](#)

[Capítulo 24: Candy](#)

[Capítulo 25: Candy](#)

[Capítulo 26: Candy](#)

[Capítulo 28: Mateo](#)

[Capítulo 29: Mateo](#)

[Capítulo 30: Candy](#)

[Capítulo 31: Mateo](#)

[Capítulo 32: Mateo](#)

[Capítulo 33: Candy](#)

[Epilogo](#)

Capítulo 1: Mateo



Siempre había soñado con ese día en el que me llegase el momento de vivir unas fiestas navideñas. Unas de esas que me envolvieran en la magia e ilusión de esos días en los que muchas personas lo vivían de manera tan especial.

El no haber tenido la presencia de mi madre, o de alguien que se encargara de hacer de esos días algo familiar, llevó a que no hubiera vivido ni un solo año esa esencia que de algún modo siempre eché en falta.

Desde pequeño entendí la realidad de lo que había pasado, ya que mi padre no me lo ocultó en ningún momento.

Se conocieron cuando él tenía cuarenta años y ella treinta. Mi padre era un hombre de pueblo y mi madre de ciudad, dos mundos distintos que se atrajeron y ella no tardó en venirse a vivir con él a un piso que había comprado y pagado en poco tiempo, gracias a la ayuda de sus padres y de su trabajo en el campo.

A los tres meses de instalarse en el pueblo se quedó embarazada y ahí es donde comenzaron todos los problemas. Se pasó todo el embarazo quejándose de la vida que tanto le aburría, en un lugar que se le quedaba muy pequeño ; que siempre andaba comparando con su ciudad.

No solo eso, también la tomó con mis abuelos, que eran mayores y no se metían en nada, pero los cogió entre ojo y ojo y ni siquiera les permitía ir al piso para ver a su nieto, con lo cual, mi padre era el que tenía que ir a visitarlo continuamente a su casa y siempre intentando que mi madre no se enterase para que no se enfadara.

El día que yo nací, nadie de mi familia materna vino a conocerme y a mis abuelos paternos los dejó de puro milagro.

Mi madre se andaba quejando todo el tiempo de mis llantos cuando tenía hambre, o por tener que cambiarme los pañales, y un sinfín de cosas más que pese a que mi padre colaboraba en todo, para ella era insuficiente.

Un mes tenía yo de vida cuando se levantó una mañana, hizo las maletas y le dijo a mi padre que se las apañara conmigo. Así de fuerte, además que unos días después fue a un juzgado a ratificar sus palabras y renunciar por completo a mí.

A mi padre le costó mucho levantar cabeza, pero mis abuelos fueron la base para ayudarlo en mi cuidado mientras él trabajaba.

Un pueblo, unos abuelos mayores, un padre que no levantaba cabeza por haber perdido a mi madre y unas circunstancias que llevaron a que nunca hubiésemos celebrado una Navidad. El día de Reyes era el único en el que me encontraba un juguetito a los pies de la cama para, de algún modo, quitarse la culpa pensando que cumplían.

Mis abuelos fallecieron cuando yo tenía quince años, primero ella y un año después él. La verdad es que con ellos se fue una parte de mí y me costó mucho asumir tales pérdidas. Y eso que no contaba con que, ocho años después muriese mi padre por un accidente laboral cuando le faltaba poco tiempo para su ansiada jubilación.

Me quedé en el piso de mi padre, con una parte del dinero de la venta de la casa de mis abuelos que él heredó, con lo que la reformé por completo. Además, me compré un cochecito nuevo de gama económica para tener libertad de movimiento, ya que el de mi padre estaba hecho polvo.

Luego me vino una indemnización por el accidente laboral que tuvo y fue de sesenta mil euros que dejé en la cuenta. Yo no era de gastar ni de lujos.

Cuando mi padre faltó yo ya trabajaba en el supermercado de un polígono que había a las afueras y que era al que venían a comprar todas las personas de los pueblos de alrededor. Era de una franquicia muy conocida a nivel nacional y la verdad que pagaban un sueldo bastante digno, al menos para mí que no me hacía falta mucho porque miraba por cada euro. No es que fuera tacaño, pero sí que no era caprichoso. Contaba con un contrato indefinido, aunque obviamente si algún día me querían echar, lo harían, pero esperaba que ese no fuera nunca el caso.

Mi carácter era muy divertido, prefería ver la vida con una sonrisa y entre bromas que vivir pensando en todo lo que perdí y en una madre que me abandonó sin importarle lo más mínimo.

Faltaban muy pocos días para las fiestas navideñas y, como he dicho, nunca las había celebrado, pero esos días sin mis abuelos y mi padre se hacían más duros, para que mentirnos. Los echaba mucho en falta.

Cuando salí del trabajo me quedé mirando un escaparate de una de las tiendas de decoración del polígono. Lo habían preparado con artículos de Navidad y me llamó la atención por las tonalidades diversas que invitaban a entrar y hacerse con algo de ello.

y Después de mucho pensarlo entré en la tienda sonriendo y pensando que a mis treinta años debería por primera vez comprar al menos un mísero arbolito de Navidad y colocarlo en mi casa.

Me tuve que echar a reír solo, al ver uno con bolas transparentes y dentro contenían uno de los personajes de “*El señor de los anillos*”, completando el árbol con todos ellos. Era una pasada, friki total, pero una pasada.

No podía dejar de mirarlo y reconozco que fue demasiada tentación, en definitiva, era la primera vez que pensaba decorar mi casa ¿Por qué no hacerlo como me diera la gana? El árbol era blanco y lo rodeaba un lazo rojo. Arriba en la punta tenía un cartel de madera con el típico “*Merry Christmas*”.

Casi me da un infarto al descubrir que el árbol tal y como estaba pasaba los trescientos euros. Estuve a punto de salir corriendo de la tienda, pero recapacité pensando que nunca me había dado un capricho y que no estaría mal hacerlo ahora que había tenido un amor a primera vista con ese árbol inspirado en una serie que había visto tres veces.

Obviamente me lo dieron todo por separado para montarlo en casa, así que le tiré una foto al que estaba de muestra para intentar que quedara lo más parecido posible.

5 También compré un par de farolillos, uno en blanco y otro en rojo, para ponerlos en la mesa para darle más toque de Navidad, y una bandeja blanca con estrellas plateadas para acompañarlos y llenarla de mantecados típicos de estas fiestas, de esos que por cierto ya había comprado una bolsita variada en mi supermercado; chocolate, canela y limón, además de unos turrónes y una botellita de Moscatel para tomar una copita cualquier día de los que no trabajara.

Si digo la verdad, iba ilusionado como si se tratara de uno de los días más bonitos de mi vida. Ese árbol y los adornos me dieron una vidilla que no solía tener en esos días previos a las fiestas en los que siempre se me hacía un pellizco en el estómago y los pasaba con cierto nudo en la garganta.

1 Tenía un deseo, soñaba con que llegara una mujer buena a mi vida y que formásemos una familia. Solo había tenido una relación, duró cinco años, comencé con ella cuando tenía veinte. Conmigo vivió la muerte de mi padre pero dos años después, cuando yo ya hacía planes de futuro con Susana, esta me confesó que se había enamorado de su jefe y que, con todo el dolor de su corazón, no iba a renunciar al amor.

Me costó mucho superarlo, muchísimo, no dejó de doler en mucho tiempo al dejarme por completo por los suelos. Hasta hacía un poco más de un año no sané las heridas que tanto daño hicieron en mi vida.

1 Pero claro, viviendo en un pueblo en el que solo había algún bareto para tomar una copa a lo largo del día y que casi todo el mundo estaba en pareja o sin ganas de relación, la cosa la tenía cruda para encontrar a esa persona con la que compartir mi vida, pero no por eso perdía las esperanzas. Me aferraba a lo de trabajar en un supermercado al que llegaba gente de otros pueblos, esperando que algún día se pusiera ante mí esa persona con la que, con solo mirarnos, saltaran las chispas por los aires.

Debo decir que no vivía mal solo, pero claro, también había días en los que echaba en falta abrazar o charlar con una pareja. El destino tenía las claves de lo que la vida me depararía.

1

Llegué a casa y después de comer las lentejas que tenía hechas del día anterior, me dispuse a montar el árbol y a colocar los adornos en la mesa.

Cuando lo tuve todo listo y con las luces encendidas, le tiré una foto y lo subí de imagen de perfil a mi WhatsApp. Se veía super chulo y, además, me venía bien cambiarla que con la otra llevaba seis años, desde que me bajé la aplicación. Vamos que mi cara ya había cambiado un poquito.

Me pasé toda la tarde mirándolo y tirándole fotos para guardarlo en el recuerdo de esa primera vez que ponía mi casa con motivos navideños. Hasta estaba pensando preparar comidas especiales para esos días y poner la mesa vestida para la ocasión, aunque fuera para mí solo.

Si digo la verdad, iba ilusionado como si se tratara de uno de los días más bonitos de mi vida. Ese árbol y los adornos me dieron una vidilla que no solía tener en esos días previos a las fiestas en los que siempre se me hacía un pellizco en el estómago y los pasaba con cierto nudo en la garganta.

Tenía un deseo, soñaba con que llegara una mujer buena a mi vida y que formásemos una familia. Solo había tenido una relación, duró cinco años, comencé con ella cuando tenía veinte. Conmigo vivió la muerte de mi padre, pero dos años después, cuando yo ya hacía planes de futuro con Susana, esta me confesó que se había enamorado de su jefe y que, con todo el dolor de su corazón, no iba a renunciar al amor.

Me costó mucho superarlo, muchísimo, no dejó de doler en mucho tiempo al dejarme por completo por los suelos. Hasta hacía un poco más de un año no sané las heridas que tanto daño hicieron en mi vida.

Pero claro, viviendo en un pueblo en el que solo había algún bareto para tomar una copa a lo largo del día y que casi todo el mundo estaba en pareja o sin ganas de relación, la cosa la tenía cruda para encontrar a esa persona con la que compartir mi vida, pero no por eso perdía las esperanzas. Me aferraba a lo de trabajar en un supermercado al que llegaba gente de otros pueblos, esperando que algún día se pusiera ante mí esa persona con la que, con solo mirarnos, saltaran las chispas por los aires.

Debo decir que no vivía mal solo, pero claro, también había días en los que echaba en falta abrazar o charlar con una pareja. El destino tenía las claves de lo que la vida me depararía.

Llegué a casa y después de comer las lentejas que tenía hechas del día anterior, me dispuse a montar el árbol y a colocar los adornos en la mesa.

Cuando lo tuve todo listo y con las luces encendidas, le tiré una foto y lo subí de imagen de perfil a mi WhatsApp. Se veía super chulo y, además, me venía bien cambiarla que con la otra llevaba seis años, desde que me bajé la aplicación. Vamos que mi cara ya había cambiado un poquito.

Me pasé toda la tarde mirándolo y tirándole fotos para guardarlo en el recuerdo de esa primera vez que ponía mi casa con motivos navideños. Hasta estaba pensando preparar comidas especiales para esos días y poner la mesa vestida para la ocasión, aunque fuera para mí solo.

Capítulo 2: Candy



—Buenos días, Margarita —paré de lo que estaba haciendo para prestarle atención—. Ten cuidado, el suelo todavía está mojado.

—Buenos días, Candy, tesoro. Ya lo he visto, con el frío que hace cuando regrese estará igual —me sonrió.

—Según lo que tardes —le devolví el gesto.

—La salida de cada día hija, a la panadería y a tomarme un cafecito de esos tan ricos que prepara Carmen. Ya no piso más la calle.

—Que rico, disfrútalo. Pues tendrías que salir más, aunque sea a dar un paseo corto por las tardes, antes de que se vaya el sol.

—Lo sé, pero me encierro en casa y después me cuesta mucho moverme. ¿Quieres acompañarme? —dijo al ver que me había quedado a medias de recoger.

—Lo hago hasta la panadería, así aprovecho y compro el pan. Luego me voy, que quiero hacer cosas en casa porque más tarde tengo que limpiar otra escalera.

Conforme lo fui diciendo terminé de guardar todo lo que había utilizado en el armario, dejándolo cerrado hasta la próxima vez, hasta pasados cuatro días.

—Ay, es verdad. Se me olvidaba qué día es.

—No te preocupes —sonreí abriéndole la puerta.

Me abrigué bien poniéndome el gorro de lana y los guantes, ajustándome el abrigo y la bufanda. Estábamos en diciembre y la temperatura era bastante baja. Era lo que tenía vivir en un pueblecito de montaña, pero a mí me encantaba.

Caminamos las calles que nos separaban de la panadería y entramos al calor de ella. Yo me dirigí hacia la barra para comprar lo que necesitaba y Margarita lo hizo hacia una mesa.

—Bueno, me voy —me acerqué para despedirme.

—¿Estás segura de que no quieres tomarte uno rápido? —me sonrió amable.

—Te lo agradezco, pero prefiero ir con tiempo de sobra.

—No te insisto más. ¿Estás bien?

—Claro —asentí.

—No sé, desde hace unos días te noto más bajita de ánimos —ladeó la cabeza.

Sonreí porque siempre estaba muy atenta a mí, más que mi propia madre, bueno para eso tampoco hacía falta mucho, pensé. A Margarita no se le pasaba ni una e intenté que no se me notara la sensación que me produjo ese pensamiento.

—Son estas fechas —me encogí de hombros.

—¿Cómo está la pequeña? A ver si me la traes algún día, hace mucho que no la veo y de la manera en la que crece esta juventud —hizo un gesto con la mano.

—Sí —reí—. Nos dejan atrás en poco tiempo. Muy bien, en el colegio e ilusionada. Queda poco para las vacaciones de Navidad, entonces te haremos una visita.

—Hija... quería proponerte algo.

—¿Sí?

—Sí, verás. Una cada vez está más torpe y me preguntaba si podrías venir de vez en cuando a limpiarme la casa. Sé que tú lo necesitas, así nos ayudaríamos las dos.

—Estás perfecta, Margarita, tienes más energía que yo —sonreí—. Claro, si lo necesitas voy, pero no pienso cobrarte por ello.

—Ah, no, entonces olvídale. No vas a trabajar y encima irte sin nada.

—Me iría con mucho, créeme. Solo con estar un tiempcito contigo me sirve de mucho.

—Ay, cariño, si no fuera por estos momentos —soltó un suspiro.

—¿Cuándo quieres que empiece?

—Primero tienes que prometerme que aceptarás el dinero —levanté una ceja como reacción—. Cariño, en estas fechas te vendrá bien, acéptalo.

—No, de verdad, no puedo cobrarte. Me las arreglo como puedo, no te preocupes por eso. Mañana a las nueve estoy picando a tu puerta —me giré caminando hacia la salida.

Reí cuando levanté un brazo en el aire, moviendo un dedo para dejarle claro que no aceptaba nada de lo que me respondió en un tono bastante alto al no pararme ni girarme.

Me dirigí otra vez hacia la entrada del bloque, donde tenía aparcada la bicicleta. Ese era mi transporte para moverme de un lado al otro, sobre todo los días que trabajaba para no llegar tarde porque la casa donde vivía, que era alquilada, estaba bastante lejos, casi a la salida del pueblo.

No pagaba mucho por vivir allí, lo que tenía que agradecerle al señor Estefan, el dueño de la casa, porque me hizo un precio muy especial al saber mis circunstancias y porque me conocía desde pequeña. Por suerte porque, si no, no podría mantenernos a Noa y a mí.

Noa era mi hija de ocho años, la que fue una bendición inesperada al quedarme embarazada por sorpresa. Su padre nunca se había responsabilizado de ella, ni siquiera estuvo en su nacimiento. Me abandonó a las pocas semanas de decirle en el estado en el que estaba y se marchó a vivir a otro pueblo.

Cuando pensé que empezaba un nuevo comienzo, ilusionada, porque habíamos hecho muchos planes en pareja, todo se me vino encima a la edad de veinte años. Salí hacia delante como pude, cogiendo los trabajos que me salieron y con la pequeña ayuda en forma de presencia que me daba mi madre, aunque fuera a regañadientes, cuando se quedaba con Noa cada vez que yo no podía por las responsabilidades.

Con ella, con mi madre, no podría decir que tenía muy buena relación. Con comentar que era cordial y yo intentaba por todos los medios llevar lo mejor posible la situación, ya había suficiente. Siempre habíamos chocado un poco, pero al enterarse de mi embarazo todo se complicó porque no lo aceptó desde el principio, lo que no impidió que yo siguiera adelante.

Subida a la bicicleta recorrí el camino hasta casa, sumida en los pensamientos de lo que quería hacer hasta que se hiciera la hora de volver a trabajar. Solo lo hacía limpiando tres escaleras a la semana porque el trabajo era muy escaso y, por muchos intentos que había hecho, no había conseguido encontrar otro diferente. No me sobraba el dinero, más bien siempre iba muy justa y mirando al detalle en todo lo que gastaba porque con los sueldos que cobraba debía tener suficiente para sobrellevar los meses y daba gracias por ello. A mi madre nunca le pedí nada económico, lo poco o casi nada que me había dado durante esos años había sido por voluntad propia y yo lo había destinado solo a las necesidades de Noa.

A pesar de los apuros en los que me veía muchas veces envuelta y de la ansiedad que me provocaban ciertas situaciones, intentaba siempre ver lo positivo de todo. Con una sonrisa llegué a casa, dejando la bici apoyada en la entrada y yendo directa a una habitación que tenía como trastero para sacar todos los adornos de Navidad. Eso quería dejar listo para cuando fuera a recoger a Noa al colegio y regresáramos, porque estaba muy ilusionada por decorar la casa.

—Ya está —dije con las manos en las caderas, después de desplazar un poco el sofá, donde iría el árbol de Navidad.

Me fui hacia la habitación y cogí la caja que tenía guardada en el armario, sentándome en la cama con ella. Solté un suspiro al abrirla. En ella guardaba el poco dinero que apartaba cada mes para los imprevistos, para el cumpleaños de Noa o para esta época del año, porque se me caería el alma al suelo si no podía tenerle algún regalo a mi pequeña en el árbol para Navidad y el día de Reyes. Para Papá Noel solo caía algún detalle, el que más ilusión le hiciera, chocolate y algún dulce; para los Reyes, lo complementaba con alguna cosita más y el material escolar que necesitara, sin olvidarme del calcetín lleno de chuches.

Arrugué el gesto y me llené los pulmones de aire al contar de cuánto disponía a las puertas de las fechas, cerrando la caja rápido, sin poder dejar de mirarla mientras mi cabeza empezaba a calcular.

—No pasa nada, seguro que con esto me apañaré —susurré apretando la caja.

Me levanté y la guardé, saliendo hacia la cocina para recoger lo poco que había quedado sucio de la mañana porque a primera hora eran carreras de un lado al otro y, cuando dejaba a Noa en el colegio, volvía a casa corriendo para coger la bicicleta para ir a trabajar.

Con todo recogido salí de casa, después de conectar la calefacción, hacia el siguiente bloque en el que tenía que

› limpiar. Solo me permitía el lujo de encenderla para el tiempo que Noa estuviera en casa o para que se la encontrara calentita al llegar. Temía la factura de esa época cada vez que llegaba y me ponía a temblar porque no me lo podía permitir, pero lo quitaba de otro lado porque a mí me daba igual ir con veinte capas de ropa encima por la casa, pero por ella hacía todas las excepciones y esfuerzos que estuvieran a mi alcance.

e

› Llegué al edificio muerta de frío, frotándome las manos cubiertas por los guantes, y ni me quité el gorro hasta que empecé a entrar en calor con los movimientos y el ritmo que cogí. Una hora y media después salía directa hacia el colegio, con el tiempo justo, llegando puntual para ver salir a mi pequeña con una sonrisa.

—¡Mami! —gritó contenta, corriendo los últimos pasos hacia mí.

—Hola, cariño —me la comí a besos—. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien ¿te cuento los chismes? —se acercó como si fuera un secreto, haciéndome sonreír.

›

—¿Qué chismes puede haber en un colegio en horario escolar? —pregunté divertida mientras agarraba la bici y caminábamos hasta casa.

—Muchos, mami, te sorprenderías —asintió muy segura y reí.

De esa manera llegamos mientras me explicaba que si uno se había caído, que si a otro lo había castigado la tutora, que si a tal le habían tirado del pelo, que si a una compañera se le había caído un diente desayunando y se lo había tragado... hasta que entramos y pegó un grito, emocionada, viendo las cajas y las bolsas con la decoración de Navidad.

—¡Sí! —aplaudí deshaciéndose de la mochila, empezando a saltar—. Navidad, Navidad...

l

Emocionada, me dejé caer en el sofá, viendo cómo abría varias de las bolsas cantando los villancicos que se sabía. Hasta que la cogí al vuelo para ir a la cocina a comer, antes que nada.

s

,

limpiar. Solo me permitía el lujo de encenderla para el tiempo que Noa estuviera en casa o para que se la encontrara calentita al llegar. Temía la factura de esa época cada vez que llegaba y me ponía a temblar porque no me lo podía permitir, pero lo quitaba de otro lado porque a mí me daba igual ir con veinte capas de ropa encima por la casa, pero por ella hacía todas las excepciones y esfuerzos que estuvieran a mi alcance.

Llegué al edificio muerta de frío, frotándome las manos cubiertas por los guantes, y ni me quité el gorro hasta que empecé a entrar en calor con los movimientos y el ritmo que cogí. Una hora y media después salía directa hacia el colegio, con el tiempo justo, llegando puntual para ver salir a mi pequeña con una sonrisa.

—¡Mami! —gritó contenta, corriendo los últimos pasos hacia mí.

—Hola, cariño —me la comí a besos—. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien ¿te cuento los chismes? —se acercó como si fuera un secreto, haciéndome sonreír.

—¿Qué chismes puede haber en un colegio en horario escolar? —pregunté divertida mientras agarraba la bici y caminábamos hasta casa.

—Muchos, mami, te sorprenderías —asintió muy segura y reí.

De esa manera llegamos mientras me explicaba que si uno se había caído, que si a otro lo había castigado la tutora, que si a tal le habían tirado del pelo, que si a una compañera se le había caído un diente desayunando y se lo había tragado... hasta que entramos y pegó un grito, emocionada, viendo las cajas y las bolsas con la decoración de Navidad.

—¡Sí! —aplaudió deshaciéndose de la mochila, empezando a saltar—. Navidad, Navidad...

Emocionada, me dejé caer en el sofá, viendo cómo abría varias de las bolsas cantando los villancicos que se sabía. Hasta que la cogí al vuelo para ir a la cocina a comer, antes que nada.

Capítulo 3: Mateo



Estaba a tres días de la Navidad y el día lo tenía libre, con lo cual me levanté una horita más tarde. Lo primero que se me vino a la cabeza fueron unos churros con chocolate.

Me abrigué bien, ya que hacía mucho frío, y salí del bloque escuchando en otra planta limpiar a Candy, una chica de lo más simpática. Era madre soltera y muy trabajadora.

Se me vino a la cabeza una idea, y es que a pesar del tiempo que hacía que la conocía y nos saludábamos, jamás había tenido un detalle con ella. Así que salí para comprar doble ración de chocolate con churros envuelto en el espíritu navideño.

Regresé al bloque y estaba cerca de mi puerta limpiando. Sabía que, si no estaba en mi planta, aún seguiría en la de arriba.

—Buenos días, Mateo. Qué bien huele —se refirió a los churros.

—Buenos días, Candy. ¿Sabes que traigo doble ración de churros y de chocolate calentito para invitarte?

—¡No será verdad! —abrió la boca incrédula y a la vez haciéndosele agua.

—Y tanto que lo es... —abrí la puerta y le hice un gesto de que entrase.

No tardó en soltar la fregona, que dejó en el pasillo al lado del cubo, y entró siguiéndome de lo más feliz.

—Wow, Mateo, un árbol de *“El señor de los anillos”*. No me lo puedo creer, me encanta la saga —lo miró impresionada y me salió una sonrisilla de orgullo por el atino que había tenido con el árbol— ¿Me puedes tirar una foto? —Me dio su móvil y juntó las manos a modo de súplica.

—Claro, todas las que quieras —asegué.

Se colocó en el árbol y en ese momento me di cuenta de que tenía una sonrisa de lo más bonita. No me había fijado hasta ese instante.

—Y ahora —señalé la mesa donde ya había colocado el desayuno—, a llenarse el estómago.

—Gracias, Mateo, en la vida han tenido un detalle tan bonito conmigo.

—Voy a tener que invitarte a desayunar más a menudo —medio bromeé.

—Cuando quieras, luego me pongo el turbo limpiando y termino a la hora.

—¿Qué tal tu niña?

—Mi Noa muy bien —sonrió feliz—. Ilusionada con estas fechas en las que espera sus regalitos —suspiró—. Voy a tener que hacer encaje de bolillos, pero no la puedo decepcionar.

—Vaya, seguro que se pondrá muy contenta con lo que sea. Lo que cuenta es el amor de las manos que lo entrega

—Bueno, pensará que es Papá Noel o los Reyes —sonrió un tanto triste.

—¿Y qué tal se presentan las cenas y comidas de estos días?

²—Juntitas, como siempre, al menos nos tenemos la una a la otra. Con mi madre no puedo contar porque hace sus planes y, para ser sincera, lo prefiero. Total, para ver caras largas incluso en estas fechas...

—Claro —sonreí escuchándola, percibiendo los sentimientos que escondían sus palabras.

—¿Y tú cómo las pasas?

—Con mi árbol de Navidad —dije en tono bromista.

—¿No haces nada?

—Hasta ahora no. Jamás viví unas fiestas con mis abuelos o mi padre, siempre pasaron del tema y bueno, este año es el primero que decoro mi casa y es que pasé por delante de una tienda de la cual me llamó la atención el escaparate y decidí entrar, sin saber que allí tendría un amor a primera vista con él —señalé al árbol y nos echamos a reír.

—Mateo ¿por qué no vienes a cenar a casa en Nochebuena? No te prometo que tendrás la mayor fiesta de tu vida, pero al menos nos haremos compañía entre los tres y podremos tomar una copa celebrándolo.

—Con una condición... —la miré haciéndome el interesante.

—Dime —levantó la ceja poniendo cara de expectación.

—Que la comida de Navidad la paséis aquí conmigo.

—Trato hecho —estiró la mano para chocarla con la mía.

—¿Alguna petición especial para la comida? Cocino muy bien —carraspeé.

—Sorpréndenos, pero desde ya te digo que todo nos gusta, somos de buen apetito y no hacemos ascos a nada.

—Está bien saberlo.

—¿Y tú? ¿Quieres algo especial para la cena?

—Soy de buen comer también. Hasta dos huevos fritos con patatas en buena compañía me sabrían tan bien como un plato de un buen jamón.

—Perfecto, también me viene bien saberlo —mojó un churro en el chocolate, los estaba disfrutando muchísimo.

Tal y como terminó nos intercambiamos los números de teléfono y se despidió a toda leche para continuar, y recuperar el ratito que había perdido. Y es que, lo tenía todo muy controlado por el tema de tener que ir a recoger a su pequeña.

No era una cita, pero era lo más parecido que había tenido, así que en cierto modo me hacía mucha ilusión cenar y comer con ella y su hija en esos dos días que había pensado que pasaría solo.

Por la tarde salí a dar una vuelta con la intención de comprar un regalito para cada una y sorprenderlas en esa noche que, para mí, iba a ser la primera que compartiría con alguien. Qué mejor que agradecerle el haberme invitado que con un detallito.

Le di muchas vueltas pensando en qué regalar a una niña de ocho años y al final, después de preguntar en varias tiendas, llegué a la conclusión de que lo mejor era comprarle una mantita rosa decorada con nubes y su nombre bordado en blanco, lo que hacían al momento. También me decidí por un estuche de maquillaje en el mismo color y unas zapatillas de estar por casa con el pijama a juego. Todo en rosa, fue lo mejor que se me ocurrió para una niña de su edad.

Para Candy lo tuve claro desde el primer momento, pues quería regalarle un bolso de piel de una tienda que tenía su propia fábrica, a la que venía gente de toda España a visitar. Era muy famosa, también estaba en el polígono. A final le compré el bolso y la cartera a juego.

Y para rematar, una cesta de chuches y chocolatinas para las dos con las que quería endulzarles un poco las fiestas.

Me sentí bien con todos esos regalos que ya llevaba envueltos y listos para sorprenderlas ese día.

Para la comida había pensado en hacer unas chuletas de cordero al horno con patatas fritas, además de preparar unos canapés de ensaladilla de marisco con caviar y poner un poco de marisco variado que traería de la pescadería de mi supermercado el día anterior. También compraría una tarta helada para el postre y pondría algunos turrones y dulces.

Jamás pensé que detrás del árbol viniera la ilusión de saber que iba a compartir mesa con otras personas, menos aún con Candy, a la que siempre vi con mucho cariño y respeto desde la distancia. Reconocí sorprendiéndome que me había empezado a fijar en ella de otra manera. Con nuestro acercamiento vi lo que me había negado, lo bonita que era. No es que esperara que de buenas a primeras surgiera algo entre nosotros, pero quién sabía. Solo quería disfrutar de las fechas y descubrirlas de una forma totalmente diferente a lo que estaba acostumbrado.

Dejé todos los regalos en un lado del salón y me metí en la cocina a preparar la cena. Ya tenía hechas unas croquetas de puchero que había preparado el día anterior. Deseando estaba de comerlas porque la masa me había salido de lo más deliciosa.

Me puse a freírlas cuando para mi sorpresa recibí un mensaje de ella.

Candy: Buenas noches, Mateo. Quería darte las gracias otra vez por el desayuno y por aceptar pasar estas fechas tan señaladas con nosotras. A Noa le ha hecho mucha ilusión. Te conoce de las veces que hemos coincidido y le caes muy bien, siempre tiene una sonrisa para ti y hoy se ha ampliado. Gracias de nuevo.

Mateo: Buenas noches, Candy. Las gracias te las doy yo por invitarme a vuestra casa y poder compartir con

vosotras una noche que nunca había tenido la oportunidad de compartir con nadie. También estoy feliz de recibirlos en la mía en Navidad. Dale un beso a la pequeña de mi parte y dile que estas fiestas la magia está asegurada, que ya me encargo yo de amenazar a Papá Noel y a quien haga falta.

Sonreí al enviar el mensaje. Me había sorprendido el suyo y la verdad es que me había gustado mucho. Al final iba a ser verdad eso de que la Navidad era mágica, solo había que esperar a que llegara el momento.

/ Después de cenar me puse a mirar por internet maneras de preparar una mesa para estas fiestas. Quería tener alguna idea por si debía comprar algo para que se asemejara lo más posible a ese día.

Lo primero que pensé fue en el mantel. No tenía nada parecido y quería hacerme de uno blanco con las servilletas a juego y que así me valiese para otras ocasiones, y también pensé en comprar servilletas de papel con motivos navideños para el marisco, las que pondría colocadas en los vasos sobre la mesa. Había visto que eso se utilizaba mucho a modo de decoración, así como poner alguna vela.

Tenía claro que quería sorprenderlas y que sintieran en mi casa un poquito de la magia de la Navidad.

vosotras una noche que nunca había tenido la oportunidad de compartir con nadie. También estoy feliz de recibirlos en la mía en Navidad. Dale un beso a la pequeña de mi parte y dile que estas fiestas la magia está asegurada, que ya me encargo yo de amenazar a Papá Noel y a quien haga falta.

Sonreí al enviar el mensaje. Me había sorprendido el suyo y la verdad es que me había gustado mucho. Al final iba a ser verdad eso de que la Navidad era mágica, solo había que esperar a que llegara el momento.

Después de cenar me puse a mirar por internet maneras de preparar una mesa para estas fiestas. Quería tener alguna idea por si debía comprar algo para que se asemejara lo más posible a ese día.

Lo primero que pensé fue en el mantel. No tenía nada parecido y quería hacerme de uno blanco con las servilletas a juego y que así me valiese para otras ocasiones, y también pensé en comprar servilletas de papel con motivos navideños para el marisco, las que pondría colocadas en los vasos sobre la mesa. Había visto que eso se utilizaba mucho a modo de decoración, así como poner alguna vela.

Tenía claro que quería sorprenderlas y que sintieran en mi casa un poquito de la magia de la Navidad.

Capítulo 4: Candy



—¡¡Buenos días!! —dijimos a la vez Noa y yo cuando Margarita abrió la puerta de su piso.

—Pero ¡bueno! ¡Qué bonita sorpresa! —se emocionó como si no supiera que íbamos a ir, cuando hacía menos de una hora que yo había estado limpiando el bloque y la había avisado— Pasad.

—Gracias —le sonreí viendo cómo Noa le daba un beso.

—¿Cómo van las vacaciones del cole, tesoro? Ya me dijo un pajarito que has sacado muy buenas notas.

Agarradas las dos de la mano, las seguí hasta el sofá, donde nos sentamos.

—Muy bien —respondió Noa—. Sí —aplaudí—, me ha felicitado la tutora y mamá está muy contenta.

—Me alegro, todo esfuerzo tiene su recompensa —la abrazó Margarita—. ¿Queréis tomar algo?

—Por mí no te preocupes —sonreí.

—¿Yo puedo tomar una leche negra? —preguntó Noa.

Así era como llamaba a la leche con Cola Cao.

—Por supuesto mi niña, por favor —se levantó rápido.

—Ya lo hago yo —hice lo mismo—. ¿Tú quieres algo?

—¿Qué vas a hacer, ni hacer? Siéntate, tesoro —señaló donde había estado—. Es un momentito de nada y estáis en mi casa, no se hable más.

Le quitó importancia mientras caminaba hacia la cocina y negué.

—Mami —susurró Noa.

—Dime —la miré.

—¿Por qué no hay nada de Navidad?

—No lo sé, cariño. No se puede ser indiscreta —le sonreí—. Lo mismo no le gusta o no le apetece hacerlo, hay

muchas personas que estas fechas no ponen nada por varios motivos.

—¡Yo puedo ayudar a Margarita si no le apetece! —dijo más alto, emocionada ante esa posibilidad.

—Noa, no...

—¿En qué me puede ayudar esta preciosidad? —salió con una bandeja Margarita, llegando hasta nosotras, mirándonos a las dos con una sonrisa.

—Eh —se quedó cortada de golpe Noa, mirándome de reojo—. No sé.

—Pero, bueno, ¡cómo que no sabes! —dijo poniéndole el vaso delante—. Tu voz ha sonado muy...

—Emocionada, sí —sonreí negando con la cabeza.

—Es que... —siguió Noa, buscando mi aprobación y asentí porque tampoco era nada malo— No tienes el árbol puesto —se dirigió hacia Margarita.

—Ay, mi niña, hace bastantes años que para estas fechas no decoro el piso. Tienes razón, está un poco soso ¿verdad? —miró el salón.

—No —negó varias veces Noa—. Está muy bonito.

Nos centramos en ella sonriendo las dos, viéndola apurada al no atreverse por respeto a decir otra cosa. No es que hubiera dicho una mentira, Margarita tenía muy buen gusto y era verdad que estaba muy bonito, pero Noa hubiera añadido muchos detalles de Navidad, lo sabía de sobra.

—Si es que me la como —la cogió de la cara, dándole besos que hicieron reír a Noa—. Hoy eso va a cambiar ¿quieres ayudarme? Primero tenemos que buscar los adornos porque hace tanto que no los saco...

—¡Sí! —Se levantó emocionada.

—Margarita, si no te apetece o no te gusta...

—Bebe y calla —señaló el café que me había preparado para que no le quitara la ilusión a la pequeña.

—Bebo y callo, vale —reí—. Gracias.

—Venga, pues tómate el Cola Cao y nos ponemos a ello —le metió prisa y fue dicho y hecho, provocando que nos riéramos mientras yo hacía lo mismo con el café.

La acompañamos al trastero, en el que me metí yo siguiendo sus indicaciones. No fue difícil encontrar lo que buscábamos porque era bien visible la caja del árbol, con todo lo demás a los lados. Cargadas volvimos a su casa, dejándolo todo abierto en la mesa del salón.

—Mami, mira qué bonito —me enseñó unas bolas que iban colgadas en el árbol y asentí.

Yo me dediqué a sacar el árbol de la caja y a irlo montado ante la expectación de Noa y la sonrisa de Margarita al verla. Cuando estuvo colocado me giré para dejar que mi hija abriera los brazos y los extendiera.

—Margarita —me incliné hacia ella.

—Dime, hija.

—¿Podrías quedarte un rato con Noa? Es que quiero hacer unas compritas de última hora. Entre unas cosas y otra se me ha echado el tiempo encima. Quiero aprovechar que hoy no tengo que volver a trabajar.

—Pues claro, yo encantada. Ve tranquila, nosotras vamos a estar muy entretenidas —me sonrió.

—Te lo agradezco —dije mirando a Noa cómo cantaba villancicos mientras se esmeraba en preparar el árbol.

—Tesoro, soy yo la agradecida. Hace tanto tiempo que no tengo una ilusión en estas fechas y hoy me la estáis devolviendo —me giré hacia ella por el tono de voz que le salió, viéndola emocionada.

—Pues a partir de ahora, cada año será como un ritual —le hice un guiño.

—Ven, acompáñame —me pidió—. Pequeña, ahora venimos, voy a enseñarle una cosa a mamá.

—Vale —respondió ella sin mirarnos, atenta a lo que hacía.

Sonriendo caminamos y la seguí por el pasillo, parándome en la puerta de su habitación, en la que entró y me pidió que hiciera lo mismo.

—Te lo iba a dar el día de Navidad, pero como me has dicho lo de las compras... —llegó a mí extendiendo un sobre.

—¿Qué es? —lo miré.

—¡Anda! ¿Si te lo hubieras encontrado debajo de un árbol le hubieras preguntado a Papá Noel en alto eso?

—No —reí—, pero...

—Es algo que tú necesitas mucho y es mi regalo para vosotras, cógelo —movió la mano.

Le hice caso y lo abrí, encontrándome con un dinerito que me emocionó y por lo que tuve que contener las lágrimas. Levanté la cabeza de golpe, encontrándola a ella igual.

—No puedo... es mucho.

—Qué va a ser mucho, solo son unos eurillos —me cogió de las manos—. Lo necesitas, lo sé y yo quiero colaborar en que estas fechas vayas un poco más desahogada, cariño. Sé que ahora todo se dispara. Yo estoy sola, no necesito gran cosa, con poquito me apañó.

Negué varias veces y ya no pude contener más las lágrimas, dejando que los ojos me brillaran, ante su gesto contrario, asintiendo las mismas veces que lo hice yo. El abrazo que me dio me reconfortó, al que me aferré con ganas.

—No sé cómo agradeceréte —susurré.

—Escríbele una carta a Papá Noel dándoselas. No sé dónde estará ahora ese barbudo encantador con el trabajo

que tiene, pero seguro que le llega —dijo provocando que riera, contagiándola.

Me llevé el sobre al pecho cuando nos separamos y asintió emocionada ante mi gesto cogiéndome de una mano, saliendo al encuentro de Noa. Cuando llegamos al salón seguía enfrascada sacando cosas de las bolsas, con una expresión... guardé el sobre en el bolso y me lo colgué diciéndole a Noa que tenía que irme un rato.

Asintió llegando hasta mí para darme un beso, el mismo que le di a Margarita antes de salir.

—¿Por qué no os quedáis a comer hoy? —propuso cuando me acompañó a la puerta— Puedo preparar cualquier cosita y así no tienes que correr tanto.

—Sí, mami —asomó la cabeza Noa por debajo del brazo de Margarita—. Puede que nos lleve todo el día decorar la casa.

—Ah, la princesa ha hablado, no hay más que decir. Venga, vete y así llegas antes —me empujó Margarita, sacándome hacia el pasillo con mis risas de fondo.

—Miedo dais cuando os juntáis —dije asintiendo, viéndolas chocar las palmas de las manos.

Bajé las escaleras con un nudo en la garganta, haciendo cálculos mentales con el dinerito que tenía encima. Casi trescientos euros había en el sobre y volví a emocionarme porque el mes se me había complicado bastante, ya que hacía pocos días me había llegado la notificación de lo que pagaría por la calefacción. Poco me sobraría, pero pensaba invertirlo de la mejor manera.

Cogí una gran bocanada de aire cuando salí a la calle, mirando hacia el portero. Fijé la vista en el timbre de Mateo. Sabía que por la hora que era estaba trabajando y quedaba muy poquito para verlo otra vez, solo dos días. Con una sonrisa empecé a caminar, ajustándome el gorro y la bufanda.

Quería comprarle algo para que tuviera su regalo debajo del árbol esa noche que, para él, iba a ser un descubrimiento y especial. Aunque fuera un detallito pequeño. A Noa quería comprarle lo que llevaba tanto tiempo pidiendo, diciéndome que lo había remarcado en la carta que había dejado colgada en el árbol. Los dulces y chocolates ya los tenía, pero el resto no había podido comprarlo antes, teniendo que esperar hasta cobrar el último trabajo.

Y no pensaba olvidarme de Margarita, no. Amplié la sonrisa empezando a pensar qué podría hacerle ilusión mientras llegaba a la calle dónde estaban concentradas bastantes tiendas.

Empecé a desesperarme cuando salí de varias sin encontrar lo que quería Noa. El nudo en la garganta conforme pasó el tiempo fue empeorando, pensando en que al no haber podido comprarlo antes, no podría regalarle lo único que esperaba con ilusión.

Tristeza, ese fue el sentimiento con el que recorrí tienda a tienda, viniéndome abajo al salir de la última sin nada. Lo de Margarita y lo de Mateo ya lo tenía envuelto y preparado para dejarlo debajo del árbol, pero me faltaba mi niña.

—Margarita —dije cuando descolgó.

—Dime, hija ¿ya has acabado?

—No... —susurré.

—¿Qué pasa?

—Es que... ¿está cerca Noa?

—No, ahora está en el baño.

—Vale. No encuentro el regalo que me ha pedido, está agotado en todas las tiendas y había pensado si podéis comer las dos solas. Quiero coger la bicicleta e ir al pueblo de al lado a ver si tengo suerte.

—Ay, mi niña, claro. Espero que lo encuentres. Ve tranquila, que ya hemos hablado de que cuando terminemos de decorar, si nos da tiempo, veremos una película de estas fechas. Ni te preocupes por la pequeña, pero ten cuidado, hace mucho frío y la carretera no es muy segura.

—Sí, no te preocupes, muchas gracias.

—Anímate, tesoro, ya verás como lo consigues.

Corté la llamada antes de emocionarme y me dirigí hacia casa rápido, donde dejé las compritas que había hecho bien escondidas y no tardé en estar subida a la bici, pedaleando.

—¿Qué pasa?

—Es que... ¿está cerca Noa?

—No, ahora está en el baño.

—Vale. No encuentro el regalo que me ha pedido, está agotado en todas las tiendas y había pensado si podéis comer las dos solas. Quiero coger la bicicleta e ir al pueblo de al lado a ver si tengo suerte.

—Ay, mi niña, claro. Espero que lo encuentres. Ve tranquila, que ya hemos hablado de que cuando terminemos de decorar, si nos da tiempo, veremos una película de estas fechas. Ni te preocupes por la pequeña, pero ten cuidado, hace mucho frío y la carretera no es muy segura.

—Sí, no te preocupes, muchas gracias.

—Anímate, tesoro, ya verás como lo consigues.

Corté la llamada antes de emocionarme y me dirigí hacia casa rápido, donde dejé las compritas que había hecho bien escondidas y no tardé en estar subida a la bici, pedaleando.

Capítulo 5



—Mami, ¿cuánto queda para que llegue Mateo? —se asomó por la puerta de la cocina Noa.

—¿Me lo vas a preguntar cada cinco minutos? —dije divertida, yendo de un lado al otro en la cocina.

—No ha pasado tan poco —arrugó la nariz.

—Aún falta un ratito —reí al ver su expresión—. Ve a jugar y cuando te des cuenta ya ha llegado.

—Vale —se alejó gritando, contenta.

Sacudí la cabeza y me centré en la sopa que estaba haciendo y comprobando la carne que tenía en el horno. Viendo que iba bien y que aún quedaba bastante para que todo estuviera listo, me dediqué a preparar unos tentempiés, colocándolos en varias bandejas.

—¿Noa? —la llamé casi cuarenta minutos después.

—Sí.

—Cariño, ¿preparas la mesa bonita mientras yo acabo esto?

—Ah ¡ya viene! —pegó un brinco saliendo disparada al baño, para lavarse las manos.

Reí ante su entusiasmo y es que estaba realmente emocionada porque esa noche Mateo nos acompañara. Era la primera vez que no lo celebraríamos solas y la novedad podía con ella. Había intentado que Margarita también no acompañara, pero había rechazado el venir porque no le gustaba salir por la noche, comentándome que no me preocupara, que ya comeríamos otro día juntas y lo celebraríamos.

Había insistido, pero de nada me había servido. Incluso le propuse que viniera con Mateo, su vecino, comentándole que también vendría a cenar porque lo había invitado al estar solo esas fechas y, si quería, ella podía quedarse a dormir para no salir cuando fuera muy tarde. Fue ahí cuando se negó en rotundo y ya no pude convencerla de nada.

Su tono de voz cambió automáticamente a divertido y emocionado, mientras que me decía que disfrutáramos la juventud. Me hubiera gustado tenerla con nosotras, pero ya lo haríamos como había dicho.

Al final conseguí hacerme con el regalo de Noa, lo que provocó que casi saliera saltando de la tienda, abrazada a la bolsa como si fuera un tesoro, no la fuera a perder, la que dejé guardada en casa antes de ir a la de Margarita a por Noa. Cuando llegué estaban viendo una película en el sofá, comiendo palomitas y me uní a ellas al haber

estado casi todo el día fuera.

—Mami, mira ¿te gusta? —tiró de mi mano Noa.

—Cariño, ¡qué bonita! Te ha quedado preciosa —aplaudí admirando la mesa justo en el momento en el que timbró sonó.

Noa salió corriendo hacia la puerta, la que casi teníamos al lado y yo detrás de ella sin poder dejar de sonreír. En cuanto abrí, la sonrisa de Mateo fue lo primero que vimos.

—Hola —lo saludamos a la vez y yo sonreí de la misma manera que él.

—¡Qué buen recibimiento! —dijo contento— Esperad, que es la primera vez que me pasa y quiero que se repita.

Conforme lo dijo cogió el pomo de la puerta haciéndome un guiño y cerró, volviendo a picar ante las risas de Noa que esa vez abrió sabiendo quién había al otro lado.

—Hola —repitió ella, provocando que la sonrisa de él se ampliara.

Así cerré y entró quitándose la ropa de abrigo, la que cogí para llevarla a una habitación.

—Me encanta como lo tenéis todo decorado —dijo mientras Noa lo cogía de la mano enseñándole todo de cerca.

Las luces del árbol estaban encendidas y las de un pequeño belén también, ante los que se pusieron mientras Noa le señalaba todas las bolas que habíamos hecho nosotras mismas. Cada Navidad hacíamos alguna nueva, dejando reflejado el año.

—Esto es para la nevera —dijo cuando se puso frente a mí.

No había podido dejar de observarlos, con un cosquilleo en la barriga que bien podría ser hambre por las horas que eran y el olor tan rico que salía de la cocina. Alargué la mano para coger la bolsa que me ofrecía, pensando que la soltaría, pero no fue así porque al cogerla yo, volvió a agarrarla, juntando nuestras manos.

Levanté la cabeza al encuentro de sus ojos, quedando por unos instantes sin saber reaccionar cuando sentí la caricia que me hicieron sus dedos, sin dejar de observarme. Con un gesto de la cabeza me indicó que no, que la llevaba él y soltando un suspiro la solté dirigiéndolo hasta la cocina.

s

—Estás preciosa —escuché a mi espalda y me ruboricé.

Oh, joder, ¿qué me está pasando? Eso fue lo que pensé porque no estaba acostumbrada a las reacciones que estaba teniendo, hacía tanto tiempo que... tragué saliva quitándome las ideas tontas de la cabeza y me giré hacia él sonriendo.

—Normalita —me encogí de hombros—. Porque estás tú, si no estaríamos en pijama —reí.

—Preciosa, como he dicho —hizo un guiño y más me ruboricé provocando que sus labios se curvaran—. No me hubiera importado, si es por mí podéis poneros cómodas, mi afirmación seguiría siendo la misma —aseguró pasando por mi lado y dejándome más desconcertada, mientras abría la nevera y metía varias botellas de vino y de champán.

—No suelo beber mucho —dije al verlo.

—Bueno, esta noche es diferente en muchos sentidos ¿no? —quedó de frente hacia mí.

—Sí —asentí sonriendo.

e

—Y si sobra, ya tengo la excusa para venir otro día y terminar con lo que quede —dio un paso acercándose.

—Por supuesto, no lo dudes —aseguré porque me encantó esa posibilidad.

Agrandé los ojos ante lo que pensé, por lo queladeó la cabeza como analizando mi expresión. La virgen, me grité a mí misma, al ser consciente de lo que me estaba gustando la situación y para qué mentir, el tener a Mateo delante de mí, en mi casa, con nosotras.

No voyas por ahí, me di una colleja mentalmente mientras me acercaba a la olla del caldo. Jamás me había fijado en él más que para saludarlo cordialmente cada vez que habíamos coincidido en el bloque mientras yo limpiaba, y por la calle, las pocas veces que se había dado, pero desde la mañana de los churros con chocolate algo había cambiado, algo había empezado y no entendía cómo había sucedido.

—Estás muy pensativa —dijo a mi lado.

—No, concentrada —señalé la olla.

—¿Quieres que lo haga yo? Tienes que estar cansada con toda la comida que veo.

—Qué va, no es nada —le quité importancia con un gesto de la mano.

—Por cierto, todo tiene una pinta estupenda y huele... —aspiró de forma exagerada haciéndome reír.

—Gracias.

—¿Nos sentamos en la mesa? —entró corriendo Noa que había estado cambiando las figuras del belén de sitio, lo que solía hacer muchas veces diciendo que tenían que moverse.

—Venga, señorita, ayúdame con estas bandejas, que quien se sienta primero puede empezar antes —respondió Mateo cogiendo una de ellas.

—Hay comida para todos —rio Noa.

—Sí, pero lo más rico se acaba antes —le hizo un guiño él.

i

Riendo, así salieron dejándome sola frente al fuego. Solté un suspiro y me agaché delante del horno, abriendo la puerta para sacar la bandeja. Estaba en el punto perfecto cuando la dejé en la encimera sobre la protección. Lo mismo hice con la sopa, apagando el fuego.

En la mesa, sentados con Mateo enfrente y Noa en la esquina entre los dos, brindamos por una noche especial, como dijo él. Y lo era, la verdad es que lo era, y lo fue por todas las risas, comentarios, emociones y sentimientos que flotaron alrededor.

;

—Un poco más —dijo Mateo rellenando mi copa.

—No me voy a poder levantar de la silla —reí porque ya estaba un poco achispada con todo lo que había bebido.

—La noche es larga y si tenemos que arrastrarnos hasta el sofá, pues lo hacemos. No hay problema —curvó los labios.

—Mami ¿vas a ir a gatas al sofá? —rio Noa.

—Como siga así, creo que iré como un gusano, más bien —me uní a ella en las risas, contagiando a Mateo.

Os hago un resumen de cómo se había dado la cena... muchas sonrisas, miradas de reojo y directas, roces en la mesa coincidiendo para coger cualquier cosa de lo que había, choques de pies sin intención o eso me pareció la primera vez, porque cuando retiré los míos a punto de disculparme, Mateo acercó los suyos otra vez, rozándome los, haciéndome un guiño y dejándome callada.

Estaba muy guapo con la sonrisa constante que tenía, bueno y sin ella, para qué iba a decir lo contrario. Era un hombre que llamaba la atención, atractivo, muy atento, simpático, bromista y que te hacía sentir cómoda en cada situación, menos cuando me hacía ojitos y me ponía atacada de los nervios, lo que le dije bastante contentilla cuando estaba recogiendo en la cocina.

—¿Yo te he puesto ojitos? ¿En serio? Será porque no llevo las gafas —respondió pensativo, haciéndome reír.

—Tú no llevas gafas nunca.

—¿Cómo que no? Las de sol —me hizo un guiño acercándose a mí, rozando nuestros brazos frente a la pica—. No le has echado jabón —susurró inclinado hacia mí.

—¿Eh? —parpadeé varias veces.

—Que llevas un buen rato limpiando ese plato y no has puesto jabón —rio él al ver mi desconcierto y mi rubor cuando vi lo que decía.

—Ay, eso es el vino —dije sorprendida.

—¿Será eso? O puede que... —se puso a mi espalda, rozándome con su pecho.

Me mordí el labio y me puse en tensión al sentirlo detrás, respirando varias veces profundo.

—Mami, ¿le ponemos el dulce a Papá Noel? —entró corriendo Noa y Mateo casi pegó un salto hacia atrás, separándose no muy disimuladamente.

Del sobresalto, el plato se me resbaló cayendo en el agua, mojándome al hacerlo.

—Mierda —me quejé, pero riendo por el vino que me había tomado.

—Te has bañado —se tapó la boca Noa, riendo, lo que también hizo Mateo.

—Me he puesto perdida —negué sin poder parar de hacerlo yo también.

—Si es que no es recomendable hacer manualidades mezclando el alcohol —se acercó divertido Mateo, apartándome para hacerlo él.

—Tú estás igual —hice una mueca.

—Creo que sí, no lo sé. No estoy en condiciones de saberlo —rio—. Estoy bien —me miró de reojo haciéndome un guiño—. Yo hago esto y vosotras preparáis la comida para Papá Noel.

—Vale —asentí.

Cantando villancicos, así empezó Noa mientras yo iba hacia la habitación a cambiarme el jersey. Me uní dándole tiempo a Mateo a terminar, lo que no tardó en hacer. Después de dejar varios cuencos llenos de agua para los camellos, al otro lado de la puerta principal, pusimos un plato con todos los dulces que quiso Noa, dejándolo debajo del árbol con un vaso de leche.

Satisfecha y emocionada se despidió de nosotros diciéndonos que no tardáramos en acostarnos porque, si no, Papá Noel no entraría. De esa manera desapareció por el pasillo corriendo para meterse en la cama, de la que no saldría lo sabía muy bien porque estaría expectante.

Después de dejar pasar un poco de tiempo, Mateo me ayudó a colocar los regalos debajo del árbol y aproveché cuando se sentó en el sofá mientras yo los colocaba bien para esconder el suyo sin que se diera cuenta. Me senté a su lado con el plato de dulces que había preparado Noa y nos lo comimos dejando varios restos en él, mientras reíamos porque estábamos llenos, pero bien merecería la pena cuando Noa viera a la mañana siguiente que Papá Noel se lo había comido todo.

Lo mismo hicimos con el agua que estaba en la puerta, no bebiéndonosla, sino tirándola y dejando muy poquito. Con todo hecho y preparado fuimos hacia el sofá con una copa en la mano

—Gracias, Candy, habéis hecho que esta noche sea muy especial. Jamás había vivido y sentido algo así —murmuró pensativo.

—No hay de qué, tú también la has hecho especial para nosotras —buscó mi mirada—. Me alegro mucho.

—Por más momentos como estos —levantó la copa.

—Por que vuelva a repetirse —lo imité chocando con la de él.

—¿Por qué no nos hemos acercado antes? —se giró en el sofá, quedando de frente con un brazo apoyado en el respaldo.

—No lo sé —reí flojito—. ¿No ha coincidido? Si me hubieras invitado antes a los churros... —apoyé la cabeza en el respaldo, cerca de su mano.

—Supongo que todo tiene su momento —susurró y me quedé sin respiración cuando acercó la mano y me acarició el pelo.

Nuestras miradas se encontraron, en silencio, y lo que me transmitieron sus ojos... tragué saliva y curvó los labios al darse cuenta, por lo que me incorporé y me bebí la copa de golpe, haciéndolo reír.

Me imitó y así continuamos alargando el momento. No quería que se fuera, me sentía tan a gusto cuando empezamos a conversar de nuestros día a día, que las palabras salieron solas de mi boca sin darme cuenta.

—Quédate esta noche —susurré.

—¿Quieres que me quede? —levantó una ceja.

—Eh, sí —carraspeé poniéndome recta por cómo había sonado—. Has bebido mucho y no puedes conducir —susurré.

—Me parece —se inclinó hacia la mesa dejando la copa después de beber lo que le quedaba y quitándome la mía para hacer lo mismo, cogiendo una manta que había al lado mientras lo seguí en todos los movimientos, esperando a que continuara—, que es la mejor idea que he escuchado en mucho tiempo, sin contar la de esta noche.

Se acomodó en el sofá después de cubrirnos con la manta y yo hice lo mismo, con una sonrisa porque lo iba a hacer, se iba a quedar.

¡—¿Y ahora quién apaga la luz? —rio al cabo de unos minutos y abrí los ojos porque se me habían cerrado.

,

—Como estoy ni me doy cuenta de la claridad —lo acompañé en las risas.

Se levantó divertido y la apagó, volviendo al sofá poniéndose en la misma posición, pero antes de hacerlo se inclinó al pasar por mi lado, dándome un beso en la cabeza. Solté un suspiro, satisfecha y con una sensación muy bonita que me recorrió el cuerpo, intenté mantener los ojos abierto, pero poco tiempo lo conseguí cuando los cerré por completo sintiendo su presencia a mi lado.

—Buenas noche, Candy —escuché en un susurro.

—Buenas noche, Mateo —murmuré sin ser muy consciente.

—¿Quieres que me quede? —levantó una ceja.

—Eh, sí —carraspeé poniéndome recta por cómo había sonado—. Has bebido mucho y no puedes conducir —susurré.

—Me parece —se inclinó hacia la mesa dejando la copa después de beber lo que le quedaba y quitándome la mía para hacer lo mismo, cogiendo una manta que había al lado mientras lo seguí en todos los movimientos, esperando a que continuara—, que es la mejor idea que he escuchado en mucho tiempo, sin contar la de esta noche.

Se acomodó en el sofá después de cubrirnos con la manta y yo hice lo mismo, con una sonrisa porque lo iba a hacer, se iba a quedar.

—¿Y ahora quién apaga la luz? —rio al cabo de unos minutos y abrí los ojos porque se me habían cerrado.

—Como estoy ni me doy cuenta de la claridad —lo acompañé en las risas.

Se levantó divertido y la apagó, volviendo al sofá poniéndose en la misma posición, pero antes de hacerlo se inclinó al pasar por mi lado, dándome un beso en la cabeza. Solté un suspiro, satisfecha y con una sensación muy bonita que me recorrió el cuerpo, intenté mantener los ojos abierto, pero poco tiempo lo conseguí cuando los cerré por completo sintiendo su presencia a mi lado.

—Buenas noche, Candy —escuché en un susurro.

—Buenas noche, Mateo —murmuré sin ser muy consciente.

Capítulo 6: Mateo



Desperté y lo primero que hice fue sonreír al ver a Candy empezando a despertarse. No dudé en acercarme a su mejilla para darle un beso de buenos días.

—Buenos días, Mateo —sonrió adormilada—. No recuerdo el momento en el que me quedé dormida.

—Buenos días, preciosa, la culpa es del alcohol —sonreí—. Pero ¿has dormido bien?

—Genial —sonrió.

—¡Mami que hay regalitos debajo del árbol! —gritó Noa emocionada y de lo más nerviosa.

—Vamos, cariño, a ver que hay por aquí —se levantó para vivir con ella la magia de ese momento.

Hice lo mismo para ver la cara de la pequeña y disfrutar de ese instante que no me quería perder.

—Mami, aquí pone Mateo —dijo mientras me miraba sonriente.

—No, no puede ser —arqueé una ceja y miré a Candy de reojo, que se encogió de hombros.

—Parece ser que Papá Noel tuvo en cuenta que se quedó aquí.

—Pero para ti no te ha dejado nada —murmuro con tristeza.

—Cariño, es que yo le pedí por adelantado la plancha que se me estropeó y me la dejó el otro día ¿te acuerdas la sorpresa que nos llevamos?

—Es muy bueno Papá Noel —asintió Mateo.

—Sí —aplaudí emocionada Noa.

Menos mal que en mi casa le esperaban varios regalos que había ido comprando hasta ayer, pensé.

Esperé a abrir los míos después de que la pequeña abriese los suyos. Gritó de felicidad al comprobar que la muñeca que tanto deseaba estaba ahí entre los regalos.

No pude evitar emocionarme cuando tocó mi turno, al descubrir que me había regalado un gorro de lana que usaría sin dudas y lo tendría como preferido, junto a una caja de bombones. Para mí esos regalos tenían mucho

valor, dado que sabía lo complicado de su situación, cuidando cada céntimo. Vivía muy limitada y que hubiera tenido esos detalles conmigo era para apreciarlos como si de oro se tratase. Le di un abrazo a cada una celebrando la alegría que se respiraba.

Candy preparó un Cola Cao para la pequeña y para nosotros un café antes de ir para mi casa, ya que le advertí que no hiciera nada más, pues pasaríamos a por churros con chocolate y así la pequeña los comía también ese día.

Salimos hacia mi casa en mi coche, con Noa llevando su muñeca entre los brazos. La cara de felicidad era el reflejo de lo que sentía Candy al ver lo contenta que estaba su hija.

Paramos a coger los churros con chocolate y justo cuando estábamos entrando en mi casa comenzó a llover.

—Mami, mira, el árbol está lleno de regalos y pone nuestros nombres en los carteles. Tenemos un montón —corrió emocionada.

—No, por Dios —susurró mirándome apurada.

—Bueno, parece ser que Papá Noel ha querido dejar en las dos casas unos regalitos. Cosas de ese señor que hace magia —abrí los ojos al máximo causando en la pequeña un estado de nervios increíble.

—Mateo, no debiste comprar tantas cosas —protestó en flojito cuando estábamos dejando en la mesa los churros con chocolate.

—Eso lo hablas con Papá Noel, yo no puedo decirle qué debe o no hacer —carraspeé.

La pequeña no podía dejar de mirar la montañita de regalos envueltos con su nombre, con una sonrisa de oreja a oreja mientras abrazaba a su muñeca.

—Vamos a desayunar, mi vida, y luego abres los regalitos.

—Mami, es que son muchos y estoy nerviosa.

—Bueno, pues tranquilízate que tienen tu nombre y no se van a mover —le dijo divertida quitándole el abrigo.

—Mateo ¿tú has visto alguna vez a Papá Noel?

—Sí, aquí en el pueblo.

—¿Pero nunca lo pillaste mientras te ponía los regalos?

—No, ni yo ni nadie. Ese hombre sabe cómo hacerlo para que no le pillen *in fraganti* —le dije mientras se sentaba poniendo su muñeca en la falda y cogía un churro sin perder esa dulce y bonita sonrisa que tenía en la cara.

A Candy la notaba de lo más emocionada, para ella había sido toda una sorpresa ver que en mi casa también me había acordado de ellas. La misma que me llevé yo en la suya.

La pequeña se levantó tras el desayuno y comenzó a desenvolver sus regalos.

—Mami, mami, mira ¡un maletín de maquillaje! —abrió la boca mirándolo de lo más impactada— Esto es una maravilla, tiene de todo.

—Cariño, qué afortunada eres —le acarició la espalda y me miró a modo riña.

—Mira, mami, un pijama y zapatillas iguales. Me los quiero poner.

—Claro, así estás cómoda —contesté yo animándola a hacerlo.

—Pero primero voy a terminar de ver los regalitos —rio de lo más nerviosa cogiendo otro paquetito.

—No me lo puedo creer, la Sirenita nueva —dijo mirándola y con la boca abierta de par en par.

—Papá Noel creo que se equivocó de casa y pensó que aquí había varias niñas —carraspeó la madre mirándome de reojo y yo me hice el despistado, como si no fuese conmigo.

—No, en todos pone mi nombre —dijo lo lógico la pequeña—. Y mira esto, una mochila nueva para el colegio ¡Qué linda! —no podía con la emoción.

—Dios mío, me falta hasta el aire —murmuró Candy sintiéndose apurada por todo lo que había comprado.

—Mira, un baúl de chuches y chocolatinas, mami. También aquí hay dos cuadernos con lápices muy bonitos. Este año Papá Noel creo que recibió un premio de lotería.

—La lotería nos ha tocado a nosotros —le contestó mirándome de nuevo y arqueando la ceja.

—Mami, una mantita como el pijama y con mi nombre ¡Amo esto! —dijo llevándosela al pecho— Ahora te toca a ti, abre los tuyos —la animó porque no salía del shock.

—Mateo, te has pasado —murmuró en mi oído cuando me senté junto a ella en el suelo.

—Venga, a ver si Papá Noel acertó también contigo —le contesté animándola también y deseoso de ver su cara.

La de Noa para mí había sido todo un orgullo al saber que le había encantado todo.

—Mami, empieza con este que es el más grande —le dio el que contenía el bolso de piel con la cartera a juego. Al descubrirlo su cara cambió por completo, a punto de llorar.

—Mateo... —tragó saliva —Dile a Papá Noel de mi parte que no sé si matarlo o comerlo a besos.

—A besos, a besos, seguro que prefiere eso —volteé los ojos.

^a—Jamás he tenido un bolso ni una cartera de piel. Es precioso, pero joder, no la merezco.

—Mami tú te mereces todo lo mejor del mundo —la rodeó por el cuello y le dio un beso en la mejilla.

—Ya te ha contestado tu hija —me encogí de hombros.

—No sé qué decir...

—Mami, no digas nada y abre este —le puso otro paquetito en las manos que contenía dos tazas. En una ponía su nombre y en la otra el de su hija.

—Qué bonito, por favor —lo miró emocionada, haciendo evidente lo sensible que estaba.

—Mami, es una para cada una —se puso las manos en la boca emocionada al comprobar que tenía un regalo más, cuando ya pensaba que había descubierto todo—. Venga abre otro —se lo puso en las manos.

—Hija, qué impaciente eres —protestó riéndose.

—Mami, que unas Navidades así no las hemos tenido nunca.

—Tienes razón cariño, toda la razón.

—Pero yo siempre he estado contenta porque siempre he tenido lo que más quería.

—Claro mi vida —le contestó Candy y yo estuve a punto de echarme a llorar. Me tenían con el corazón en un puño.

—En serio, ese señor se ha pasado —dijo cuando vio el jersey de punto de color celeste que le había comprado—. Es precioso y muy suave —susurró cada vez más emocionada, acariciándolo.

—Mami que hay dos más, aligera. Tú abres uno y yo otro —le dijo Noa dándole un paquete y quedándose ella el otro para abrirlo. Me encantaba verlas así de ilusionadas.

—Mira, parece que este Papá Noel, nos quiere ver guapas. Qué pasada... —reaccionó al ver el maletín que le había comprado de maquillaje.

—También quiere que huelas bien —le enseñó el frasco de perfume.

Candy me miró y con lágrimas en los ojos negó. Se lanzó a mis brazos, momento en la que la rodeé y nos fundimos en un abrazo.

—Si tú quieres, será la primera de muchas Navidades —murmuré en su oído.

—Si tú quieres, será la primera de todas las Navidades que nos queden por vivir —ahí sí que me emocioné, apretándola contra mí.

—¡Besaros! —Gritó Noa con una sonrisilla.

—¿Lo hago?

—No —respondió negando lentamente con la cabeza—. Mejor lo hago yo —murmuró acercándose hasta encontrarse con mis labios.

—¡Vivan los novios! —volvió a gritar la niña mientras aplaudía.

Sonreímos y acabamos riendo los tres mientras Noa se unía a nuestro abrazo. Al final iba a ser verdad eso de que las cosas más mágicas pasaban en Navidad.

Capítulo 7



Después de un montón de emociones vividas en una mañana en la que la magia nos había envuelto por completo : los tres, dejamos a la niña con sus cosas y su mantita en el sofá, y nos metimos en la cocina para preparar la comida.

Serví dos copas de vino y eso que no eran ni las doce de la mañana, pero había mucho por celebrar. Era el primer día de mi vida en muchos sentidos y teníamos que brindar y agradecer los momentos que estábamos viviendo.

—Gracias por todo —dijo emocionada chocando su copa contra la mía y mirándome con los ojos brillantes que parecían dos diamantes—. No sabes lo feliz que me has hecho, no solo por lo que me has regalado, sino por tanto: detalles con Noa.

—No podía ser de otra manera —la besé, provocándole una sonrisa.

—Te están saliendo caras el pasar las fiestas con nosotras —comentó mientras me miraba sin cambiar la expresión.

—Todo es poco por lo feliz que me estáis haciendo —volví a besarla.

—Ojalá hubiera tenido suficiente para comprarte algo más.

—No vuelvas a decir eso, Candy. Lo material es solo eso, lo importante es el resto y lo estoy viviendo desde ayer, eso no hay tarjeta que pueda pagarlo. No da más el que más tiene, sino el que lo hace de corazón. Estoy muy ilusionado con teneros aquí en casa y confiado que puede ser el principio de algo bonito.

—¿Te gustaría?

—No sabes cuánto.

—¿No te da miedo que no tengo nada que ofrecerte y que tenga una responsabilidad muy grande?

—Ninguno —eché su mechón de pelo hacia atrás—. Es más, me encanta...

—¿Eres de verdad? —arqueó la ceja y me abrazó.

—Déjame demostrártelo cada día de nuestras vidas.

—Lo estoy deseando... —nos abrazos a la vez que nuestros labios se volvieron a buscar.

Comencé a preparar los canapés mientras hacía las chuletas al horno y ella iba cortando las patatas que freiríamos para acompañar la carne. Un rato después nos asomamos a ver a la niña, que estaba muy callada y nos la encontramos hecha un cuadro, tal cual. Se había maquillado por completo la cara y yo no sé si parecía una niña o un cuadro de Picasso, pero se asemejaba más a lo segundo. No pudimos contener la risa.

—¿A que estoy guapa? ¿A que estoy guapa? —nos preguntó repetidamente con una sonrisa de oreja a oreja y creyendo firmemente lo que estaba preguntando.

—Estás preciosa, cariño —respondió a carcajadas.

—La niña más impactante del mundo —dije causándole una sonrisilla aún mayor.

—Mamá ¿quieres que te maquille?

¹

—Te lo agradezco, cariño, pero hoy me noto la piel irritada y me puede hacer mal —le mintió delicadamente.

—Pero otro día te maquillo y sales a la calle para que te vean más guapa.

—Claro que sí, no dudes que me iban a mirar hasta los perros —se rio sin poder parar y yo las miraba de igual manera. Me parecían súper divertidas y adorables.

⁵ Preparé una mesa de lo más bonita y llamativa. La pequeña gemía con los canapés, diciendo que eran los más ricos que había comido en su vida, mientras Candy disfrutaba del marisco antes de dar paso a las chuletitas de cordero.

Algo así era lo que siempre había soñado, y digo algo así porque para ser sincero estaba siendo mucho más bonito y enriquecedor de lo que jamás pude haber imaginado.

La comida había sido un éxito porque disfrutaron de cada bocado y, al igual que yo, se pusieron las botas. Tuvimos que esperar para los postres que ya comeríamos más tarde.

Noa se quedó en el sofá apoyada sobre la mesa escribiendo en la nueva libreta. Nosotros en el otro sofá viendo una película de Navidad que estaban echando en una cadena de televisión. Juntos, con una mantita por encima de nuestras piernas, me sentía el hombre más afortunado del mundo.

En uno de los intermedios me levanté para preparar unos cafés y una leche negra para la niña como ella decía. Puse sobre la mesa los dulces navideños y unos bombones helados que había comprado.

La película estaba de lo más emocionante y es que era de dos niños que ya eran adultos y se reencuentran en Navidad, y viven las fiestas más entrañables de sus vidas. Obviamente viviendo obstáculos que eran los que te ponían un nudo en la garganta, con los que Candy no pudo reprimir algunas lagrimillas.

—Toma, Mateo, te hice una carta de regalo de Navidad —dijo la pequeña cuando arrancó el papel de la libreta.

—¿Para mí? ¿De verdad? —pregunté de lo más emocionado.

—Sí —sonrió feliz—. Léela —me pidió impaciente.

La sostuve en la mano ante la vista de Candy para que la leyéramos a la vez.

“Querido Papá Noel. Me llamo Noa y quería darte las gracias por este año, por haberme traído tantos

regalos y un papá que abraza a mi mami y hasta le da besos en la boca, que yo lo he visto hoy.

Quiero decirle a Mateo que es un hombre muy bueno, que nos trata muy bien a mami y a mí, y que quiero quedármelo para siempre.

Mi mami necesita alguien como él al lado que la ayude un poco cuando se estropea una bombilla o el grifo. La pobre lo hace, pero no sabe mucho y se irrita con ella misma.

Al colegio siempre van los papás de mis compañeros, a veces sus papás y otras sus mamás, y yo quiero que venga Mateo un día a recogerme.

El año que viene acuérdate de traerle a él más cositas, que te has quedado un poco corto. Pero él no está triste, porque reía feliz al vernos a nosotras descubrir nuestros regalitos, pero a mí me dio pena.

Papá Noel, el año que viene si quieres no me traigas tantas cosas, pero que sigamos los tres juntos porque así podemos formar una familia.

Un besito y cuidado con el trineo. Abriate bien, que hace mucho frío.”

Me levanté y me senté a su lado en el sofá para cogerla, sentándola en mis piernas. La abracé casi sin poder articular palabra y de lo más emocionado intentando retener las lágrimas que querían liberarse.

—Noa, cariño, el mejor regalo de todos habéis sido vosotras, por eso a mí solo me cayeron dos, pero son los mejores del mundo. Gracias por esas palabras tan bonitas que has tenido conmigo. Por supuesto que iré al colegio a recogerte los días que tenga libre y si tu madre me lo permite.

—Por mí la puedes recoger todos los días —murmuró cortándome y causándonos unas risillas que venían bien en esos momentos tan emotivos.

—¿Y te puedo llamar papá al salir del colegio para que mis compañeros se enteren?

—Si tu madre te lo permite, claro.

—Claro, como si me quieres pasar la manutención —bromeó causándome una gran carcajada.

Candy, a pesar de su lucha como madre soltera y de pasar necesidades que ella solo sabría, tenía un humor muy parecido al mío y soltaba cada cosa que había que troncharse con ella.

—No te creas que me importaría.

—Quita, quita, estaba bromeando.

—Puedes contar conmigo para todo —murmuré liberando a la pequeña y regresando al sofá al lado de ella, que me cubrió los pies con la mantita.

—Gracias, Mateo, pero, aunque sea una cuesta, siempre la subo y cubro nuestras necesidades.

—No lo dudo, pero que sepas que siempre puedes contar conmigo.

—Gracias —me acarició la mano.

Le daba mi vida, compartiría con ellas todo lo que poseía, me hacía feliz tenerlas en mi casa como si fuéramos una familia. La quería ganar poco a poco, sin asustarla, pero deseaba que ellas formaran parte de mi historia personal y entrelazásemos nuestras vidas para ir juntos de la mano.

Las lleve para que se quedasen a cenar, cosa que sabía que en el fondo lo estaban deseando, ya que se les veía de lo más cómodas.

Preparé unas deliciosas pizzas que hice a mi gusto y con las que las sorprendí porque no dejaron de decir todo el tiempo lo ricas que estaban.

Después de la cena nos fuimos hasta el coche, para llevarlas. La pequeña no dejaba de preguntar que cuándo nos veríamos de nuevo.

—Pues mañana si queréis. Tu mamá va a limpiar por las tardes durante estos días que son de fiesta y como no vas al cole... así te deja conmigo para que no la tengas que acompañar.

—No hace falta, Mateo —dijo Candy con tristeza.

—No hay nada que discutir. Hace frío y mejor que en mi sofá no estará en ningún lado.

—No sé cómo te lo voy a agradecer.

—Yo sí. Repetimos la jugada en Fin de Año y Año Nuevo. Un día en tu casa y otro en la mía.

—Encantada... —se agarró a mi brazo y lo acarició.

Las dejé en la puerta de casa quedando en vernos a las cuatro del día siguiente.

Regresé con la sensación más bonita que puede existir al tener planes para hacer cosas diferentes con personas tan increíbles como ellas. Estaba feliz, estaba teniendo eso que siempre había ansiado, las mejores fiestas de mi vida.

Le daba mi vida, compartiría con ellas todo lo que poseía, me hacía feliz tenerlas en mi casa como si fuéramos una familia. La quería ganar poco a poco, sin asustarla, pero deseaba que ellas formaran parte de mi historia personal y entrelazásemos nuestras vidas para ir juntos de la mano.

Las lle para que se quedasen a cenar, cosa que sabía que en el fondo lo estaban deseando, ya que se les veía de lo más cómodas.

Preparé unas deliciosas pizzas que hice a mi gusto y con las que las sorprendí porque no dejaron de decir todo el tiempo lo ricas que estaban.

Después de la cena nos fuimos hasta el coche, para llevarlas. La pequeña no dejaba de preguntar que cuándo nos veríamos de nuevo.

—Pues mañana si queréis. Tu mamá va a limpiar por las tardes durante estos días que son de fiesta y como no vas al cole... así te deja conmigo para que no la tengas que acompañar.

—No hace falta, Mateo —dijo Candy con tristeza.

—No hay nada que discutir. Hace frío y mejor que en mi sofá no estará en ningún lado.

—No sé cómo te lo voy a agradecer.

—Yo sí. Repetimos la jugada en Fin de Año y Año Nuevo. Un día en tu casa y otro en la mía.

—Encantada... —se agarró a mi brazo y lo acarició.

Las dejé en la puerta de casa quedando en vernos a las cuatro del día siguiente.

Regresé con la sensación más bonita que puede existir al tener planes para hacer cosas diferentes con personas tan increíbles como ellas. Estaba feliz, estaba teniendo eso que siempre había ansiado, las mejores fiestas de mi vida.

Capítulo 8: Candy



—¡No me lo puedo creer! —grité dándole a todos los botones.

—¿Qué pasa, mami? —apareció en la cocina Noa.

—Nada, cariño —dije con un suspiro—. Solo que acaba de romperse el microondas.

—¿Me he quedado sin la leche negra? —se puso a mi lado, mirando al aparato.

—Qué va —bajé la cabeza hacia ella, sonriendo—. Ahora te caliento la leche en un cazo. Menos mal que no lo utilizamos mucho ¿eh? —le revolví el pelo.

—Ya... pero el secador sí, y a noche lo rompí yo —hizo un puchero.

—Eso no es así. Se rompió cuando estabas acabando de secarte tú el pelo y dejó de funcionar porque las cosas se rompen sin más, tesoro. Anda, saca el Cola Cao, ya verás que rápido lo hago.

—¿Entonces por qué estás desde anoche triste? —hizo lo que le pedí.

—No lo estoy, solo es que... da igual, no pienses eso.

—Ahora te has puesto más triste —se sentó en un taburete mientras yo calentaba la leche.

—No, el microondas no me preocupa para nada, lo hace más el secador por ti —me puse delante de ella. Me mojé un dedo en la leche y lo metí dentro del polvo de cacao, dejándolo negro, dedo que dirigí hacia su nariz, manchándosela y haciéndola reír.

—Seguro que tendremos otro —dijo cuando se calmó.

—Claro, cariño —sonreí e interiormente pensé que cuándo sería.

Precisamente la tarde del día anterior había dejado la caja donde guardaba el dinerito que iba reservando vacía, bueno no, con la cantidad justa para las facturas que no tardarían en llegar, lo que era igual a vacía porque no lo podía tocar. Al menos ya tenía los regalos de Reyes, me aferré a eso y a que podría pagar las facturas, el resto, bueno, ya vería cómo lo haría.

—Mami, yo puedo darte un dinerito que me dio Margarita para chuches. Tengo —se quedó pensativa—, espera —se bajó de un salto.

—No hace falta, cariño —grité, pero no se paró.

La seguí hacia la habitación y me apoyé en el marco de la puerta. Sentada en la cama, dejó caer de un monedero varias monedas y respiré profundo, conteniendo las emociones.

—Mira, tengo esto mami —lo señaló.

—Vaya, eso es mucho dinero ¿eh? —sonreí acercándome a ella, sentándome a su lado.

—No es tanto —arrugó la nariz.

—Bueno, según para qué —le hice un guiño—. Pero... —le quité el monedero guardando los tres euros con cincuenta que había dejado caer— quiero que lo guardes para ti ¿vale?

—Pero quiero ayudarte.

—No sabes lo orgullosa que estoy porque así sea —la cogí de la cara, dándole varios besos—. ¿Sabes qué vamos a hacer? —negó— Vas a guardar este dinero por si algo más se rompe. El microondas no urge comprarlo, el secador sí, pero es mucho menos gasto y no tendré problema en hacerlo. A lo mejor tardo unos días, pero tendremos secador nuevo dentro de poco.

—Vale —bajó la mirada hacia el monedero, no muy conforme.

—Eh, olvídate de todo, ¿vale? Yo me encargo. Venga a desayunar, que se va a enfriar —me levanté haciéndole cosquillas para que cambiara la cara, lo que no tardó en suceder cuando empezó a reírse con ganas.

Salió de la habitación huyendo para que no la cogiera y aproveché para guardar el monedero en el cajón donde lo dejaba. Con un suspiro y dispuesta a cambiar la actitud a más positiva para que me viera mejor, salí hacia la cocina, donde desayunamos tranquilas las dos.

—¿Te apetece que nos abriguemos y demos un paseo por el pueblo? —le propuse cuando estábamos terminando — Después volvemos para comer y así me da tiempo a prepararme para ir a trabajar y salir con tiempo para dejarte antes en casa de Mateo ¿qué te parece?

—Sí —aplaudí.

—Pues venga, vístete y abrigate bien, que hace frío. Ah, si quieres hoy podemos dejarle la carta a los pajes, que estarán recogiendo.

—Sí, voy a escribir otra rápida, que la del árbol es muy bonita y quiero que la vean los Reyes.

De otro salto bajó del taburete dejando el vaso en la pica y salió corriendo cantarina, diciéndome que yo también me abrigara bien mientras se perdía por el pasillo. Me quedé mirando hacia la puerta, sonriendo, hasta que me activé recogiendo la bolsa de los bizcochos que había comido y terminé fregando las dos tazas que había dejado Papá Noel en casa de Mateo.

Tenía muchas ganas de verlo, no a Papá Noel lógicamente o sí, según se viera porque para nosotras él lo había sido. No tardaría en suceder, pero con el tiempo justo sin poderme entretener. Era lo que había, me tocaba trabajar y menos mal porque estaba esperando el dinero a final de semana, aunque sería mucho menos porque los días de fiesta no había tenido que ir.

A pesar del frío, el día estaba soleado y el ambiente festivo y navideño invitaba a perderte por las calles. Hasta las principales llegamos después de pararnos en un parque que había a mitad del camino, ya que vivíamos casi a las afueras del pueblo, en el que estuvimos un rato columpiándonos las dos. Disfrutamos yendo de un lado al otro en el centro, hasta que nos pusimos en la cola para entregar la carta. Noa se puso a hablar con otros niños que esperaban igual de impacientes que ella, comentándose entre todos lo que habían pedido, y yo desconecté un poco metida en mis pensamientos.

Me sentía rara, pero para bien. Las emociones que sentía y habían nacido dentro de mí me había pillado por sorpresa por lo inesperado que había sido. Solté un suspiro al pensar en Mateo, porque lo que he dicho era provocado por él. Recordé el contacto de sus labios, su cercanía, la forma en la que nos trataba y no pude evitar emocionarme más ante todos los recuerdos y pensamientos que me asaltaron.

No quería ir con prisa, necesitaba ir despacio y poner un poco de freno a mis ilusiones. A pesar de los calentamientos que tenía en el día a día, sumarle que algo pudiera salir mal entre nosotros para mí suponía un gran abismo porque sabía lo que era pasarlo realmente mal en una relación.

Ya, que no pensara negativamente ¿verdad? Es que hay cosas que son inevitables y mi mente iba por libre analizando todo, absolutamente todo para que mi vida y la de Noa se vieran lo menos afectadas posibles. Hasta el momento todo eran alegrías y mi pequeña más feliz y contenta no podía estar. La miré sonriendo al verla reír. No, todo nos iría bien. Cerré los ojos pidiendo ese único regalo, un regalo en forma de deseo que esperaba que alguien pudiera escuchar desde mis pensamientos para que siguiera siendo realidad y no se estropeará.

—Mami, ya mismo nos toca —sentí el tirón del abrigo y los abrí.

—Sí, parece que va rápido —la atraje hacia mí—. ¿Tienes frío?

—No —aseguró y reí tocándole la nariz, que más roja no la podía tener después de bajarle más el gorro.

Cuando llegó nuestro turno, Noa echó la carta en el buzón que le indicó el paje y la hizo sentarse en sus piernas para que le contara en persona qué quería. Ella, pizpireta, empezó a decírselo, no solo lo que pedía para ella, sino para mí, para Mateo y para Margarita, lo que me hizo sonreír emocionada y orgullosa.

—Yo creo que no me he dejado nada —dijo pensativa, agarrada de mi mando cuando nos alejábamos.

—Bueno, con todo lo que has dicho, si ha faltado algo no pasa nada —sonreí—. ¿Te he dicho que te quiero mucho? —La abracé.

—Pues claro igual que yo a ti, qué cosas tienes, mami —rio apretando mi brazo.

Entre bromas y risas llegamos a casa después de pararnos a comprar el pan. Noa se metió en su habitación para jugar el tiempo que tardara en estar lista la comida y yo aproveché para darme una ducha sin lavarme el pelo, eso estaba descartado hasta que no consiguiera un secador.

Me preparé para ir a trabajar y lo dejé todo listo saliendo hacia la cocina, donde saqué de la nevera un túper con sopa que había descongelado de la cena de Navidad y empecé a hacer las albóndigas con tomate.

Sobre las tres y media salimos con calma de casa. Le había tenido que quitar la idea de llevarse el maletín de maquillaje porque, según sus palabras, quería poner más guapo a Mateo. Lo dijo con una risilla pillina, sabiendo muy bien lo que decía, pero terminó aceptando mi propuesta de dejarlo para otro momento en el que viniera a nuestra casa. Al final eligió para llevarse un bloc de dibujo. Mejor, mucho mejor, pensé intentando no reír en ese instante imaginando cómo podría dejar su cara con el maquillaje, no tendría desperdicio.

Emocionada y contenta tiraba de mi mano, intentando que fuera más rápido, lo que hice dejándome guiar mientras me contagiaba su alegría sumando a la que yo ya tenía. Así llegamos al edificio, accediendo a él. La sensación a la que empezaba a acostumbrarme empezó a recorrerme por dentro, intensificándose ante la realidad de que solo estaba a unos pasos de volver a tener a Mateo a mi lado, aunque solo fuera por unos minutos.

Emocionada y contenta tiraba de mi mano, intentando que fuera más rápido, lo que hice dejándome guiar mientras me contagiaba su alegría sumando a la que yo ya tenía. Así llegamos al edificio, accediendo a él. La sensación a la que empezaba a acostumbrarme empezó a recorrerme por dentro, intensificándose ante la realidad de que solo estaba a unos pasos de volver a tener a Mateo a mi lado, aunque solo fuera por unos minutos.

Capítulo 9: Mateo



La mañana en el trabajo había sido divertida y creo que no me faltó ni un compañero al que contarle que el amor había llamado a mi puerta y venía por partida doble. Estaba que no cabía en mí de felicidad y es que esas Navidades se habían tornado de lo más mágicas.

Terminé de comer y recogí la cocina, ya que venía Candy a dejar a la pequeña para poder ir a trabajar. Aprovecharía para ir con Noa al super, ya que tenía que hacer una compra grande y la quería hacer relajado, de ahí que no la hubiera hecho a toda leche al salir del curro.

A las cuatro menos diez sonó el timbre y se me dibujó una sonrisa en la cara al ver a esas dos preciosidades juntas

—Buenas tardes, Mateo —dijo Candy con una sonrisa de lo más tierna.

—Buenas tardes, Mateo —repitió la pequeña rodeándome por la cintura con un abrazo y le besé la cabecita para darle luego un beso a su mamá en los labios.

—Buenas tardes, chicas, pasad.

—Yo me tengo que ir pitando. Espero que se porte bien, aunque ya sabes que ella más o menos sabe comportarse.

—De más o menos nada, es un amor de niña y por eso quédate tranquila. Además, tengo que ir a hacer la compra y aprovecharé para no ir solo.

—Perfecto, vais a estar entretenidos.

—Adiós, mami —se despidió con la mano.

—Se ve que tiene ganas de echarme —volteó los ojos causándome una risa—. Bueno, luego os veo —se acercó a darme otro beso y le dio otro a la pequeña.

Noe fue directa hacia el sofá, donde se sentó y abrió el bloc que había traído y, por lo que vi al acercarme, tenía empezados varios dibujos. Le encantaba dibujar y colorearlos, parecía que se le daba bien. Además, en los estudios sacaba unas notas increíbles y siempre iba por delante de todo. La verdad es que en ese sentido había salido de lo más aplicada.

Aproveché para darme una ducha rápida y cambiarme de ropa, aún seguía con el uniforme del supermercado.

La pequeña se levantó al verme listo y me dio su mano para que nos fuéramos, me hizo mucha gracia. La monté en el coche y me dirigí al polígono para hacer la compra.

—Estas están ricas —me dijo Noa señalando unas galletas rellenas de chocolate, las “Príncipe”.

—Pues las añadimos al carrito —las cogí sin dudarlo.

—Mi mami cuando tiene dinerito de más las compra y cuando no, las coge de otra clase que son más baratas.

—Claro, pero también están muy buenas —asintió—. Se les dice de marca blanca.

—No, no, son de chocolate también —dijo causándome una carcajada.

—Me refiero a que no se llaman “Príncipe”, son de otras marcas que las hacen lo más parecidas a ellas.

—Ah sí —se rio de lo más feliz andando a mi lado—. ¿Todos te saludan porque trabajas aquí?

—Así es —sonreí.

—Pero ¿quién es esta niña tan bonita? —preguntó Marisa, la chica de la zona de embutidos.

—La hija de la novia de mi padre —dijo haciéndose un lio y nos echamos a reír.

—Mis compañeros ya estaban al tanto de la historia, ya que no había dejado de hablar de Candy con ellos durante la mañana, en la que había estado trabajando en mi turno.

—Ah, muy bien —rio Marisa, afirmando—. Pues eres muy guapa.

—Me he pintado los labios con el maquillaje que me trajo Papá Noel.

—Te queda precioso el brillo rosita, sí señor, me voy a tener que comprar un labial así.

—Si quieres, un día te presto el mío.

—Eres un encanto, cielo —le dio un besito en la mejilla.

Proseguimos por los pasillos en los que fui cogiendo cosas que le sacaban muchas risitas nerviosas porque le gustaban.

—¿Y me vas a invitar a estos gusanitos?

—Todo lo que hay en el carro y en mi casa es para ti. Allí puedes comer todo lo que quieras y hasta llevarte a tu casa lo que te apetezca.

—Me mata mi mami —rio.

—Tu madre no te haría semejante cosa, te quiere muchísimo.

—Sí, es muy buena. Ayer estaba triste por la noche y esta mañana más, aunque ha disimulado delante de mí, yo me di cuenta.

—¿Y por qué crees que estaba así? —La miré de reojo queriendo saber más.

—Anoche, mientras me secaba el pelo, se me rompió el secador —arrugó la nariz—. Y esta mañana ha dejado de ir el microondas, y no tiene arreglo porque le ha dado a todos los botones y no iba.

—Las cosas se rompen de golpe, no es tu culpa —asegué al ver su expresión preocupada.

—Ya, eso me ha dicho mami, pero el secador lo tenía yo.

—¿Y por eso estaba triste?

—Sí. Me ha dicho que sin el microondas podemos estar, pero sé que lo utiliza y es más fácil. He intentado darle un dinerito que tengo, varias monedas —dijo pensativa y sonreí por el significado al escucharla—, pero no ha querido, me ha dicho que las guarde para mí o para cuando se rompa otra cosa. Comprará, cuando pueda, el secador lo primero porque es más importante para secarnos la cabeza y no resfriarnos.

—Es normal, si fuera verano... pero con estas temperaturas no podéis dejaros secar el pelo al aire.

—Yo cuando sea mayor quiero trabajar y ayudarle para que no lo pase tan mal, para tener dinerito para comer.

—Tu madre es una luchadora, pero seguro que todo irá a mejor.

—Sí, trabaja muchísimo.

—Lo sé, cariño.

Salimos del supermercado y me dirigí a una tienda de electrodomésticos que había por allí cerca. La pequeña sonrió al ver que pregunté por un buen secador de pelo con mucha potencia. Compré uno lacado en blanco que me daba mucha fiabilidad y estéticamente era bonito. La pequeña iba dando saltitos, feliz de ver la sorpresa que se iba a llevar su mamá. Luego me dirigí a la zona de los microondas y miré otro que fuera bueno, no se merecía menos.

Pagué las dos cosas y nos fuimos hacia el coche para regresar al piso a donde ella llegaría más tarde.

—¿De verdad le vas a regalar eso a mi mami?

—Claro, espero que no se enfade.

—Bueno, un poquito porque ella no quiere que nadie le dé nada. Le da apuro.

—Lo sé, pero ya veremos qué película le contamos para que no se lo tome a mal. Por cierto, ¿qué te parece cenar esta noche unas merluzas marinadas que me salen genial?

—¿No tiene espinas?

—Ni una, son filetitos limpios y rebozados de una manera que me quedan de lo más ricas.

—Vale, porque a mí me dan miedo las espinas.

—Claro, cariño, pero tranquila que lo tengo controlado. Igualmente, con el pescado nunca hay que confiarse y masticar con calma. Aparte, ahora haré una crema de verduras para acompañarla.

—¿Con sabor a zanahoria? Es que me encantan las zanahorias.

—Con sabor a zanahorias, sí señorita.

Me ayudó a sacar las cosas de las bolsas mientras yo las iba colocando en los muebles y en la nevera. Me resultaba una niña tan simpática que conseguía que se me hicieran las horas de lo más amenas, además, tenía cada cosa que era para reírse un buen rato y es que sacaba unas lógicas a todo increíble.

Me ayudó a preparar la verdura para la crema y hasta a empanar las merluzas, que dejamos listas para freírlas cuando su mamá llegara para que las comiéramos calentitas.

Candy llamó a la puerta y la pequeña salió corriendo a abrir.

—Mami, Mateo nos hizo una cena muy deliciosa.

—Hola, cariño. Mateo tiene el cielo ganado —le contestó entrando, abrazándola.

—Hola, preciosa —me acerqué a darle un beso.

—Pensé que habíamos quedado para comer aquí el primer día de enero —sonrió.

—Eso para la comida especial, pero hoy es una cena normalita en donde degustaremos unas merluzas marinadas y una crema de verduras con sabor a zanahorias a petición de Noa, y estás cansada de trabajar.

—Esta niña es una descarada —volteó los ojos y se quedó mirando debajo del árbol, donde había dejado el microondas que se veía en su caja y el secador igual.

2

1—Ah, eso lo dejó Papá Noel, parece ser que ayer en un despiste se olvidó de dejarlos.

—No, por favor, Mateo y tú —miró a Noa— no debiste decir nada —sabía que indudablemente había sido la pequeña.

—Ella solo comentó que en poco tiempo se rompieron las dos cosas y vi la oportunidad de comprarlos. Papá Noel me hizo el ingreso en la cuenta —le hice un guiño a Noa porque lo habíamos hablado.

—¿Ya te lo pagó? —preguntó la pequeña con inocencia.

—Efectivamente, ese señor es muy rápido.

—Mateo, de verdad, me siento súper mal, te devolveré el dinero poco a poco —murmuró en mi oído cuando me abrazó.

—Si me haces eso, me harías sentir mal a mí —la imité sin que Noa nos escuchara—. De verdad, son dos cositas sin importancia y la vida se trata de hacer las cosas hoy por ti y mañana por mí.

—Abrazame fuerte —me pidió y lo hice con ganas al sentir su tono de voz muy emocionado.

Después de la cena, las llevé en el coche a casa con los dos aparatos electrónicos, donde dejé colocado el nuevo microondas y me llevé el roto. No dejó de darme las gracias en ningún momento, hasta cuando nos despedimos me las volvió a dar con un beso de lo más tierno.

Quedamos en que al día siguiente volvía a dejarme la niña por la tarde, aunque le daba apuro, al ver mi insistencia, no dudó en aceptar.

Regresé al piso y me fui directo a la cama. Estaba cansado ese día y con un frío impresionante que notaba que me calaba en los huesos. Pero feliz, realmente feliz viviendo un comienzo que esperaba que se fuera afianzando con el paso del tiempo.

/

|

Quedamos en que al día siguiente volvía a dejarme la niña por la tarde, aunque le daba apuro, al ver mi insistencia, no dudó en aceptar.

Regresé al piso y me fui directo a la cama. Estaba cansado ese día y con un frío impresionante que notaba que me calaba en los huesos. Pero feliz, realmente feliz viviendo un comienzo que esperaba que se fuera afianzando con el paso del tiempo.

Capítulo 10: Candy



—Bueno y ¿cómo va todo? —quiso saber sonriente Margarita y en la forma en la que se mostró supe a qué exactamente se refería.

Nos había sorprendido esa mañana llegando a casa con una bolsa de dulces de la panadería y dos barras de pan. Según nos dijo, le había apetecido caminar un poco y qué mejor que hacerlo para darnos una sorpresa, la que nos había hecho mucha ilusión.

Sentada en el sofá con ella a mi lado y con Noa en la alfombra, mientras comía las últimas pastitas, así estábamos mientras nos tomábamos los cafés que había preparado.

—Muy bien —respondió rápido Noa.

—Ya te ha respondido —sonreí viendo cómo esperaba que dijera yo algo más—. Estamos viviendo unos días muy especiales.

—Y son tan especiales ¿por? —curvó los labios.

—Margarita ¡porque es Navidad! —aclaró la pequeña haciéndonos reír.

—Claro, cariño, esta cabeza se me va de vez en cuando —la movió de un lado al otro.

—Tranquila, ya estamos mamá y yo para ayudarte —asintió levantándose para darle un beso.

La emoción se reflejó en su expresión mientras la abrazaba, la de Margarita claro, Noa no supo interpretar el significado que le causaron a ella sus palabras. Estaba sola, no tenía más familia que nosotras, como nos había repetido varias veces. Le froté la espalda guiñándole un ojo cuando Noa se separó y salió corriendo hacia su habitación, diciéndonos que iba a jugar un rato.

—Es maravillosa, sois maravillosas —se secó varias lágrimas que se escaparon de sus ojos.

—Gracias —sonreí emocionándome también—. ¿Quieres quedarte a comer? No lo haremos muy tarde porque tengo que trabajar sobre las cuatro. Noa se quedará en casa de Mateo hasta que vaya a recogerla, con lo cual te acompañaremos a casa.

—Ya veo, ya veo... —sonrió— ese muchacho cada vez está más dispuesto.

—Ese muchacho es una bendición. ¿Sabes que ayer nos regaló un microondas y un secador? En cuestión de pocas horas hicieron “boom” —dije y gesticulé de forma exagerada, dándole más significado, por lo que se rio.

—Ay, hija, no sabes cuánto me alegro. No merecéis menos —me apretó la mano—. Y ¿qué? ¿Ya ha habido...? —lo dejó en el aire levantando las dos cejas.

—¡Margarita! —reí.

—Hija, es lo más normal —me acompañó—. Yo con mi Pepe desde que lo conocí no tardé ni dos horas en estar, ya sabes...

—¡¡Nooo...!! —exclamé sorprendida porque pensaba que en su época todo era, cómo decirlo... más tranquilo, más comedido...

—Lo vi, me vio y al poco le empujé —rio contagiándome—. Sé lo que has pensado, pero es que yo siempre he tenido las cosas muy claras, al igual que sabía que una vez que me faltara el hombre de mi vida no encontraría a nadie más porque yo no quiero —me sonrió.

Y lo hizo con melancolía, dejando ver el amor tan bonito que todavía guardaba su corazón para el que fue su compañero de viaje.

—Yo no quiero ir tan deprisa, ya lo ha hecho la situación por mí —dije pensativa.

—Pero ¿no te pica cada vez que estás con él? —se inclinó casi susurrando.

—¡Margarita! —solté una carcajada.

Y—Ay, cariño, has dicho más mi nombre que en todo un mes. Tienes miedo...

—No es eso —solté un suspiro dándole un sorbo al café—. Es que, todo es tan bonito y ha surgido de la nada... solo soy precavida, hay mucho en juego.

—Así suele ser cuando dos personas conectan a un nivel que sorprende, sí. Y más cuando os teníais muy vistos, lo que te hace pensar que ¿por qué en este momento? Aprovechalo, ha sido así. Las cosas y situaciones inexplicables suceden de la nada, esa es la magia que os envuelve. Sé precavida, pero no te retraigas en tus sentimientos. ¡Niña! —casi gritó y me sobresalté por el cambio de voz, haciéndole reír— ¡Coge a Mateo y dale un buen meneo! Hasta que lo dejes seco.

El café me salió por todos los lados y empecé a toser inclinada hacia delante mientras boqueaba intentando recomponerme.

—Ay, que no esperaba esta reacción —se preocupó dándome golpes en la espalda.

Me levanté rápido porque no podía ni hablar para decirle que no lo hiciera. Cuando me pasaba, lo de atragantarme, me ponía más nerviosa que estuvieran intentando calmarme.

—Tus consejos no tienen desperdicio —dije cogiendo aire cuando me recompuse y solté una carcajada.

—¿Verdad que sí? Son los mejores —me acompañó riendo.

Iba a responderle cuando el timbre sonó y me dirigí hacia la puerta, abriéndola. Sorprendida me quedé al ver quién había al otro lado, mi madre.

—Menuda alegría te da verme —bufó apartándose de mala manera para entrar.

Descolocada por unos segundos, me callé y tragué su comportamiento, hasta que la vi mirando a Margarita de una manera que no me gustó nada, absolutamente nada. Por ese motivo me puse al lado de ella, preparada.

—No te esperaba, ese es el motivo de mi alegría —dije como si nada, intentando no saltar encima de ella.

—¿Ahora tengo que avisarte para venir aquí?

—Yo no he dicho eso, solo he respondido a tu comentario fuera de lugar. Hace más de cinco meses que no sé de ti. Las dos últimas llamadas que no me cogiste ni me las respondiste, no pretenderás que me ponga a saltar al verte, porque sinceramente no formas parte de nuestra vida —apreté los puños, calentándome.

—He estado liada —desvió la mirada, con una expresión...

—¿A qué has venido? Porque dudo que haya sido para vernos a Noa y a mí —curvé los labios, remarcando el nombre de mi hija que para mí siempre iba por delante.

Su reacción no se hizo esperar al escucharlo, poniendo mala cara.

—Margarita, ¿me harías el favor de ir a la habitación de Noa y de quedarte con ella allí? —le pedí, mirándola.

Desconcertada estaba la mujer y no era para menos. Normalmente yo mantenía la compostura, pero ese día no supe lo que me pasó. Lo único que quería es que Noa no la viera y que se fuera rápido por la actitud que estaba mostrando.

—He venido porque se rumorea en todo el pueblo que mi hija está liada con un hombre y lo hace en cualquier esquina. Y yo, que soy tu madre, no sabía nada, me he tenido que enterar por la gente. ¡Avergonzada me he quedado! —casi chilló.

—¿Perdona? —reí enfadándola más— Me importa una mierda lo que se rumoree a mi espalda, lo que tendrías que saber ya. Aunque déjame que te diga que estoy segura de que los comentarios no han ido por ahí, eso es obra tuya. Puede que hayan comentado que me han visto con alguien, poco más, porque es la verdad. Y por supuesto, no tengo que dar explicaciones de mi vida. Si te has avergonzado, es tu problema —la señalé—, no el mío. Que seas mi madre no significa nada si no ocupas el puesto como tal.

—¡No tienes vergüenza! —Soltó un jadeo.

—Señora —se levantó Margarita cogiéndome de la mano al ver que iba a contestar—. Aquí la única que ha irrumpido en una casa que no es la suya para decir una sarta de estupideces es usted. ¿Vergüenza? Encuéntrala por el camino porque creo que se le ha perdido. A mí me la está dando usted por cómo trata a su hija y todas las barbaridades que está diciendo. ¿A caso ella le pide explicaciones de lo que hace por las tardes y noches? Y ¿sobre todo los fines de semana? —curvó los labios como si tuviera en su poder alguna información de la que yo no disponía. Y por lo visto así fue porque dejó a mi madre callada y con cara de susto—. Mire su vida y analícela, cuando la tenga ordenada y pueda pedir explicaciones, las que usted misma no da, entonces podrá sentarse con su hija con calma para hablar, aceptando arrepentida la forma en la que la trata. Repito, su hija, la que parió y tiene abandonada tratándola peor que a una de la calle. Ahora voy con la pequeña —se giró hacia mí sonriendo y satisfecha—. Pero, después de que se vaya —la señalé.

ⁿ Indignada y muy subida, mi madre levantó la cabeza y caminó rápido hasta la puerta por la que salió dando un portazo.

—Tesoro —me frotó la espalda Margarita.

No pude apartar los ojos de la puerta durante un buen rato, digiriendo la aparición estelar que había querido hacer y le había salido mal. Curvé los labios porque sabía que la rabia la consumiría durante un buen tiempo.

—Lo siento —me giré hacia ella.

—¿Qué vas a sentir, cariño? —me acarició la cara.

—Gracias —la bajé triste.

—No consientas que tu estado de ánimo cambie ¿me oyes? No lo mereces y no vale la pena. Vosotras dos valéis mucho y nada ni nadie puede tapar la luz que desprendéis, cariño —me dio un beso en la mejilla—. Voy a ver a la pequeña por si ha escuchado algo. Y sí, me quedo a comer con vosotras.

Asentí emocionada, viendo cómo se alejaba.

—Margarita.

—¿Sí?

—¡Me voy a comer a Mateo con esmero! —Grité.

—¡Sí! ¡Por fin! —gritó levantando los brazos y soltamos una carcajada—. Cómetelo como quieras, pero que no falten los meneos.

e

.

r

,

—Tesoro —me frotó la espalda Margarita.

No pude apartar los ojos de la puerta durante un buen rato, digiriendo la aparición estelar que había querido hacer y le había salido mal. Curvé los labios porque sabía que la rabia la consumiría durante un buen tiempo.

—Lo siento —me giré hacia ella.

—¿Qué vas a sentir, cariño? —me acarició la cara.

—Gracias —la bajé triste.

—No consientas que tu estado de ánimo cambie ¿me oyes? No lo mereces y no vale la pena. Vosotras dos valéis mucho y nada ni nadie puede tapar la luz que desprendéis, cariño —me dio un beso en la mejilla—. Voy a ver a la pequeña por si ha escuchado algo. Y sí, me quedo a comer con vosotras.

Asentí emocionada, viendo cómo se alejaba.

—Margarita.

—¿Sí?

—¡Me voy a comer a Mateo con esmero! —Grité.

—¡Sí! ¡Por fin! —gritó levantando los brazos y soltamos una carcajada—. Cómetelo como quieras, pero que no falten los meneos.

Capítulo 11: Mateo



Candy apareció con la pequeña con un poco más de tiempo y pasó a tomar un café, comentándome que mi vecina les había dado una sorpresa yendo a verlas y habían comido con ellas. Acababan de dejarla en su piso.

—Ya hemos estrenado el microondas y va genial. Gracias de nuevo por los regalos, de verdad.

—Me alegro —sonreí—. Pero deja de darme las gracias, que me voy a enfadar —carraspeé.

—No —rio—. Tú no te puedes enfadar conmigo —me abrazó intentándome hacer cosquillas.

—No, no puedo, sois lo mejor que me está pasando en la vida.

—Y tú a nosotras, Mateo, de todo corazón te lo digo.

Después de un café rápido se marchó y acto seguido sonó la puerta. Pensé que se le había olvidado algo, pero no, era el cartero que me traía una carta certificada. La firmé y me metí para dentro abriéndola intrigado porque no esperaba nada de nadie.

Me senté en la cocina después de prepararme otro café mientras Noa se quedaba en el salón tirada en el sofá viendo una serie en un canal infantil.

“Querido Mateo, me encantaría llamarte hijo, pero no me atrevo a hacerlo por el impacto que pueda causar en ti, aunque en cierta manera ya lo he hecho.

Hace poco me enteré de la pérdida que tuviste de tu padre, hasta entonces nunca me había atrevido a ponerme en contacto contigo por las consecuencias que pudiera tener.

No sé qué historia te contaron acerca de mí, miedo me da saberlo, pero siempre tuve claro que jamás sabrías la verdad de boca de nadie que no fuera yo.

Te he amado cada día de mi vida, he pasado el dolor más grande que puede pasar una persona y que no es otro que perder a un hijo teniéndolo en vida.

Ahora me atrevo a escribirte a sabiendas de que no habrá nadie que tome represalias ni en mi contra ni en la tuya.

En Granada, donde yo vivo, hay un abogado que se llama Ismael Belino, está al tanto de que me iba a poner en contacto contigo y tiene autorización para enseñarte cuantos documentos sean necesarios para esclarecerte unos hechos que desconoces por completo.

No fuiste un hijo deseado. Ya que estoy aquí es para contar mi verdad sin miedo a nada, pero la realidad es que desde que te llevé en mi barriga comencé a amarte por encima de todo, con todas mis fuerzas y mi corazón.

Conocí a tu padre directamente el día que me fui a vivir con él, así sin más, un pacto entre mis padres y tus abuelos paternos. Yo no quería, sentía horror y para colmo era mayor que yo por diez años. El pacto es que tu padre quería una mujer y en el pueblo lo tenía difícil. Mis padres necesitaron dinero y me obligaron a vivir una vida que ni deseaba ni había escogido.

Desde el primer día fui víctima de abusos sexuales y de palizas que no me merecía. Tenía que actuar siempre a la voluntad de él y de tus abuelos paternos, que no dudaron en hacerme la vida imposible y de echar más leña al fuego. Según ellos, yo estaba a falta de una buena mano.

Un día me escapé y lo denuncié en el cuartel de la Guardia Civil, pero en aquel entonces las víctimas de violencia de género no era bien vistas y ni siquiera lo tomaron en cuenta. A raíz de eso fueron varias veces las que denuncié para nada. Cuando naciste tú recibí una paliza, amenazándome con matarte a ti si no firmaba una renuncia como madre. Me puso de patitas en la calle en cuanto lo hice al verme sin salida, mientras seguía atemorizándome con hundirme más la vida.

Mis padres, que habían cobrado por el pacto, me repudiaron para siempre diciendo que era la vergüenza de la familia y que no me querían ni ver.

Acudí a la justicia, pero al no tener medios donde sustentarme me dijeron que no había nada que hacer y menos desde que renuncié a ti. Nadie entendió que fue desde la coacción, violencia y amenazas desorbitadas.

Todas esas denuncias las tiene el abogado que te he mencionado a disposición tuya, para que veas que cada una de mis palabras están basadas en hechos demostrables que fueron denunciados. Allí guarda hasta las veces que hice trámites para intentar recuperarte una vez que conseguí un empleo, pero nada, de nada me sirvió todo el empeño que puse. No había justicia en esos momentos para estos casos como hoy en día, que sí que la hay y con mano dura.

Pasé miedo, inclusive siete años después de tu nacimiento recibí una paliza en la puerta de mi casa que sabía que venía de parte de tu padre. También denuncié y por ese motivo estuve un mes en el hospital. Me rompieron tres costillas.

Sé que ahora mismo esto debe ser muy duro para ti. Leer, descubrir y asimilar algo así de golpe no debe ser plato de buen gusto, pero, como persona y madre me veo en la obligación de decir la verdad aun sabiendo que te puede hacer daño con ella.

Tengo sesenta años, aún soy joven, aunque lleve cicatrices en mi interior de haber vivido una vida un tanto dura : llena de dolor. Jamás pude rehacer mi vida, dado que mi corazón estaba roto en mil pedazos por tu pérdida, como te dije antes, no hay mayor dolor que perder a un hijo cuando aún está en vida.

Trabajo en Granada en el hospital principal. de celadora. Conseguí la plaza con cuarenta años después de hacer varios cursos y conseguir los puntos que pedían para entrar en bolsa. Vivo sola, no hay un solo día que no piense en ti, ni una sola hora. Siempre soñé con poderte abrazar y decirte cuánto te amo.

Siento mucho que tengas que saber de mí con una historia que puede que cambie el curso de la realidad que conocías hasta ahora, pero que no era real, era el fruto de unas personas que querían un heredero a costa de todo, sin importarles el sufrimiento de la persona que dio a luz y lo llevó en su vientre.

Solo te pido que te reúnas con el abogado y compruebes por ti mismo cada prueba legal que te lleve a entender

cada punto que te he contado.

Hagas lo que hagas lo respetaré, ya debes de ser un hombre con treinta años y con una vida hecha. No quiero desequilibrar nada. Solo que hoy encontré que la casa de tu padre estaba a tu nombre y por eso me he decidido a ponerme en contacto contigo por este medio. Sin estar él vivo sé que ninguno de los dos corremos peligro. Te sonará fuerte que me refiera a él de esta manera cuando tú seguramente tienes otra imagen de lo más idílica, pero ese hombre era capaz de cualquier cosa y yo no puedo elegir mejores palabras para nombrarlo.

Quiero que sepas que te voy a esperar cada día de mi vida por si un día decides reunirme conmigo, ya sea para darme un abrazo o para que te explique algo más. Estaré para ti siempre.

Aquí te dejo mi teléfono por si te quieres poner en contacto conmigo y el del abogado por si deseas ir a comprobar por ti mismo todo lo que te he contado en esta carta. Ojalá lo decidas, ojalá lo elijas y descubras que aquí en la Tierra todavía queda alguien que te ama con todo su corazón.

Te quiero, Mateo, te quiero con todo mi corazón hasta el día en que me muera.”

Sentí la falta de aire y un nudo en la garganta tremendo, dado que esa historia nada tenía que ver con la realidad que yo había vivido y que me habían contado. Incrédulo me quedé analizándola una y otra vez, sin salir del asombro.

Por un lado, fue inevitable que pensara que mi familia paterna siempre había sido muy fría y por ese motivo no vivían la Navidad ni hacían cosas normales en días especiales, ni en ninguno, para qué decir lo contrario. Si lo que había leído en esa carta era cierto, de ahí que ahora comprendiera que eran unos infelices y malas personas.

Pero no podía ser, no quería creerlo porque si lo hacía toda mi vida quedaría desmontada. Y lo peor de todo era que, cuanto más lo pensaba, más momentos me venían a la cabeza que no eran normales, los que respeté porque eran mis familiares. Sin preguntas, simplemente porque eran así y lo asumí.

El nudo en la garganta se acrecentó, sintiéndome agobiado al faltarme el aire, lo que fue a más ante la sensación de sentir que, si todo era verdad, mi vida había sido una absoluta mentira.

Necesitaba respuestas y me decidí a llamar al abogado del cual me había dejado el teléfono. Tuve la suerte de que me lo cogió al momento y sabía quién era porque esperaba mi llamada. Después de hablar un rato, no dudó en ofrecerse para enviarme la documentación por email, para que la revisara, comentándome que si quería podía ir a constatarla a los juzgados.

Me mandó todo y no me hacía falta ir a ningún sitio porque en lo que vi había hasta certificaciones de correos que coincidían con las fechas en las que ella recibía contestaciones a denuncias que puso, y que nunca llegaron a nada por la incompetencia judicial de esos momentos. Tuve delante un montón de pruebas que demostraban cómo ella denunciaba que había firmado mi renuncia bajo amenazas y coacción.

Se veía todo tan claro que mi corazón latía a mil por hora.

—Mateo ¿estás llorando? —Me sobresalté al escuchar la voz de Noa, al estar tan metido en mi mundo.

—No, cariño. Estoy emocionado leyendo un mensaje de un amigo que ha estado malo, pero ya se ha recuperado —mentí para no preocupar a la niña.

Candy llegó con una sonrisa y no le quise contar nada. Aún tenía que digerirlo todo y me sentía muy nervioso, intentando asimilar algo tan grande, sin saber si estaba preparado para poder superar algo así.

Después de la cena las llevé a casa y quedamos para vernos al día siguiente. Por la expresión que tuvo Candy durante todo el rato, supe que no había podido ocultar muy bien mi estado de ánimo ante ella y lamenté la preocupación que reflejó, pero no me vi con fuerzas de hablar en ese momento, necesitaba un poquito más de tiempo.

Después de la cena las llevé a casa y quedamos para vernos al día siguiente. Por la expresión que tuvo Candy durante todo el rato, supe que no había podido ocultar muy bien mi estado de ánimo ante ella y lamenté la preocupación que reflejó, pero no me vi con fuerzas de hablar en ese momento, necesitaba un poquito más de tiempo.

Capítulo 12: Candy



Tenía una sensación rara por todo el cuerpo, me sentía removida. Solté un suspiro jugando con la taza de café entre las manos. No sabía qué había sucedido en poco tiempo para notar el cambio en Mateo. ¿Qué digo poco tiempo? Unas horas nada más.

Así fue cuando llegué después de trabajar a su casa. Su actitud fue evidente y no podía dejar de preguntarme por qué. ¿Le habría superado la situación? ¿Se lo habría pensado mejor? Quizás se había dado cuenta que empezar una relación no era lo que quería o necesitaba y menos con una mujer que tenía una responsabilidad tan grande y que iba por delante de cualquier cosa.

Varias lágrimas se deslizaron por mis mejillas, lágrimas que arrastré con rabia con los dedos porque precisamente si había sido tan precavida, fue para no sentir lo que estaba sintiendo. Pero ya era tarde, daba igual cómo se hubiera dado todo y daba igual que hubiera querido ir despacio en cada paso que había dado.

¿Quién le dice al corazón que no se acelere? Nadie, imposible frenarlo cuando empieza a latir con fuerza hacia alguien. Me mordí el labio, no quería llorar, hasta me impuse sin hablar dejar de pensar. A la mierda, me grité mentalmente, levantándome con rabia del taburete.

Necesitaba respuestas, necesitaba una explicación para estar en paz. Daba igual lo que obtuviera cuando le preguntara, solo quería saber a lo que atenerme. Tuve claro que haría un último intento para saber qué le sucedía si era el caso, una última vez para preguntar si estaba bien. Según se diera después, iría directamente a saber qué le sucedía.

Si no quería nada con nosotras cerraría la puerta por completo sin mirar atrás, pero se merecía que estuviera para él en algún intento más. Siempre nos había puesto por delante y seguiría agradeciéndole todos los detalles que había tenido con nosotras.

Me costaba que me entrara en la cabeza que en cuestión de horas su comportamiento hubiera dado ese cambio. Pero su expresión, su melancolía, el esquivar mi mirada, su tristeza que fue más que evidente, aunque la quiso tapar... se mostró delante de mí de una manera totalmente diferente que me dejó preocupada y descolocada.

Quizás le sucedía algo que nada tenía que ver conmigo ni con Noa, quizás mi cabeza estaba pensando de más. Me quise aferrar a ello, a esa esperanza. Si era así, esperaba que contara conmigo para todo porque estaría para él con los ojos cerrados.

Solté un suspiro al escuchar la voz de Noa, haciendo un parón de todo para aparecer con la mejor cara delante de ella.

—Dime, cariño —sonreí apoyándome en el marco de la puerta.

—Mami, ¿tú crees que a Mateo le gustará? —levantó el bloc en el que estaba dibujando sentada en la cama.

El nudo que había empezado a formarse en mi garganta se hizo más intenso y tuve que tomarme unos minutos para responder de lo más feliz.

—Es precioso —sonreí sentándome a su lado—. Claro que le va a gustar, ya verás cuando lo vea —le acaricié la cara.

—Me estoy esforzando mucho —aplaudí.

—Se nota —lo cogí para verlo bien—. Es una casa muy bonita, no le falta detalle.

—Es la que imagino, en la que algún día viviremos los tres juntos.

Dejé caer las manos de golpe, igual que me levanté intentando contener la emoción.

—Nosotras ya vivimos aquí, cariño —susurré.

—Pero algún día lo haremos con Mateo, mami. Sois novios y los novios se quieren y viven juntos. Yo quiero que haga más de mi papá.

’ —Claro, tesoro —me incliné hacia ella, dándole un beso en la cabeza para que no me viera—. Termínalo igual de bonito, se emocionará mucho.

Me encerré en mi habitación durante un tiempo, el que necesité para recomponerme. Decidida a apartar los pensamientos malos hasta que no supiera a qué atenerme, me activé moviéndome por la casa mientras lo dejaba todo recogido.

Comimos más pronto de lo habitual porque Noa ese día parecía que no se saciaba con nada y aproveché para echarme un ratito en la cama. Quedaban dos horas para que Mateo nos abriera la puerta de su casa en la que Noa se quedaría. Pensé en si era buena opción o no, a lo mejor era mejor idea que se quedara con Margarita.

—No lo pienses, no se lo merece. Espera a hablarlo con él —murmuré tapándome bien con el nórdico o más bien escondiéndome dentro de él.

Cansada, así me desperté una hora después encontrándome a Noa a mi lado. Sonreí porque ni me había dado cuenta.

—Vamos señorita —la menceé dándole un beso en la cabeza—. Hora de prepararse.

—Un poquito más.

—¿No tenías tantas ganas de ver a Mateo y de darle su dibujo? —le hice cosquillas.

—Sí —pegó un salto haciéndome reír.

—Pues venga, vamos a vestirnos que no puedo llegar tarde.

—¡Mateo! ¡Ya vamos! —salió de la cama riendo y gritando como si estuviera en casa y la pudiera oír.

Negué con la cabeza sin querer pensar en nada y me vestí y preparé para el último día de trabajo hasta después de las fiestas. Sí, tendría unas minivacaciones y en ese punto ya no sabía si sería mejor o peor quedarme sin estar activa para que la cabeza tuviera más tiempo para pensar. Con las ganas que las había estado esperando, pensé.

Salimos de casa un poquito tarde y me lamenté por ello porque había tenido la intención de llegar antes para tomarme un café con Mateo y tantear un poco el terreno, pero no podría pararme, solo lo justo.

Delante del bloque me animé a mí misma, diciéndome que no pasaba nada mientras me centraba en hacerle bromas a Noa. Entramos riendo en el edificio, subiendo las escaleras divertidas mientras mi mente se preparaba para ver su reacción y expresión cuando abriera la puerta.

Negué con la cabeza sin querer pensar en nada y me vestí y preparé para el último día de trabajo hasta después de las fiestas. Sí, tendría unas minivacaciones y en ese punto ya no sabía si sería mejor o peor quedarme sin estar activa para que la cabeza tuviera más tiempo para pensar. Con las ganas que las había estado esperando, pensé.

Salimos de casa un poquito tarde y me lamenté por ello porque había tenido la intención de llegar antes para tomarme un café con Mateo y tantear un poco el terreno, pero no podría pararme, solo lo justo.

Delante del bloque me animé a mí misma, diciéndome que no pasaba nada mientras me centraba en hacerle bromas a Noa. Entramos riendo en el edificio, subiendo las escaleras divertidas mientras mi mente se preparaba para ver su reacción y expresión cuando abriera la puerta.

Capítulo: 13 Mateo



Estuve toda la mañana en el trabajo de lo más cabizbajo y no tenía ni ganas de comer. Intentar digerir algo para la que no estás preparado, y que cambia todo el rumbo de lo que era la historia que había conocido hasta ese momento, era un tanto chocante, motivo por el cual no salía del shock.

A las cuatro menos cinco aparecieron Noa y Candy, a ambas las recibí con un beso y un abrazo.

—Voy de nuevo tarde. ¿Estás bien, Mateo? —preguntó preocupada.

—Claro, estoy bien, tranquila.

—Luego nos vemos —susurró no muy convencida, fue evidente.

—Te espero —sonreí y lo remarqué, volviendo a darle un beso para que viera que era verdad, que la esperaba y con muchas ganas.

Estaba clara la incertidumbre que le había dejado mi malestar general y es que ¿cómo quitar de mi cara algo que me invadía por todo el cuerpo y me dejaba sin fuerzas y de lo más aturdido? No podía disimular el dolor que sentía, era imposible.

Que todo era verdad, no solo lo demostraban los documentos, también me corroboró la veracidad de ellos el abogado que me llevó el tema de la herencia de mi padre y al que se lo mandé a primera hora del día. Hizo algunas comprobaciones en el juzgado y a la una de la tarde me contestó de que todo estaba más que probado.

Tenía una madre a la que le habían arrebatado la vida y a su hijo, el que tanto amaba como reflejaba en el escrito por el que aún tenía frase por frase marcadas en mi corazón. Nos habían roto la vida injustamente a los dos, haciéndonos vivir algo que no era real. A mí privándome de una madre y viviendo de una manera que no se la deseaba a nadie y a ella, ella se llevó la peor parte lo que me provocaba una rabia e impotencia que me costaba asumir. Había leído la carta infinidad de veces, tantas que me la sabía de memoria.

Se me ocurrió grabar su número en mi teléfono y ver si tenía foto de WhatsApp y si era pública. Pronto pude comprobar que si...

Las lágrimas no tardaron en caer por mis mejillas, no solo era guapísima, sino que me veía reflejado en ella en muchas facciones. Eso sí, en su mirada se podía ver reflejado el dolor.

Lloré como un niño mirando esa imagen durante largos minutos. No me atreví a escribirle, aún sentía como si todo se me quedara grande, pero joder, tenía una madre y la tenía ante mí. Había luchado por recuperarme y había aguantado las vejaciones que ninguna persona debería de soportar en la vida. Me dolía muchísimo todo.

Fui junto a la pequeña a la que le llevé su leche negra como ella la llamaba, con un café para mí, aunque sabía que me pondría más nervioso, pero lo necesitaba. Admiramos el dibujo que me había hecho y dedicado con una frase en la que ponía “*espero que algún día vivamos así*”. Volví a agradecersele dándole besos que la hicieron reír y le dije muy seguro de lo que decía, que yo también esperaba que fuera así.

La tarde la pasé comiéndome el coco mientras intentaba que no se me notara ningún cambio frente a Noa, para que no presenciara mi nerviosismo y dolor.

Candy llegó a las diez de la noche con cara de cansada porque había tenido que hacer un bloque más para suplir a una compañera. La pequeña ya había cenado y se había quedado dormidita en el sofá con el pijama que traía para ponerse cómoda.

—Verás, Mateo, quería hablar contigo —murmuró cuando nos sentamos a cenar.

—¿Qué te pasa, preciosa?

—Te veo diferente desde ayer. Cabizbajo y agobiado, creo que, aunque estés a gusto con nosotras, todo esto ha sido quizás muy precipitado y puede que te haya ocasionado...

—Para —le pedí con la súplica en la mirada—. No tiene nada que ver con lo que estás pensando —me levanté y fui a por la carta. Ella conocía mi historia como yo creía que era antes de lo que había sucedido—. Esto me llegó ayer —la puse en sus manos.

La comenzó a leer y conforme avanzaba sus lágrimas comenzaron a aparecer y a caer por sus mejillas.

—Mateo, ¿esto es verdad?

—Sí, ya tengo todas las pruebas y esta mañana las corroboró el abogado que me llevó la gestión de la herencia.

—¿Y qué haces que todavía no has ido a su encuentro? ¿Sabes lo mucho que debió sufrir esa mujer y lo que seguirá sufriendo? Soy madre y solo de ponerme en su lugar me causa un dolor increíble. Es tu madre y nunca te abandonó, debes asumir que te mintieron y que hay una persona que lleva sufriendo treinta años.

—Estoy muy mal, Candy —rompí a llorar y se levantó para rodearme con los brazos.

—Lo sé, pero piensa en cómo estará ella, a la que le arrebataron un hijo. Tú llevas treinta años en una mentira que aunque te causaba dolor, tenías asumido que te abandonaron, pero tu madre lleva treinta años de calvario en los que hizo todo lo que pudo debido a las amenazas por parte de tu padre. Te recomiendo que no dejes pasar ni un día más y vayas a buscarla sin demora, con total rapidez ¿Qué te parece que mañana que tenemos libre los dos desayunemos en Granada? —carraspeó dejando claras sus intenciones.

—¿Me acompañarías?

—Claro, Mateo, estoy de tu mano. Quiero verte feliz y quiero que seas ese hombre que se enfrente a las vicisitudes de la vida.

—¿Y me cuelo por el hospital?

—Y le das la mayor sorpresa de su vida.

—Me pongo nervioso solo de pensarlo.

—Estaré ahí para ayudarte a calmarte, aunque sea solo un poquito, esos nervios.

—Quédate esta noche conmigo, la niña ya está dormidita y no cogerá frío.

—Claro, eso sí, me tendrás que dejar un pijama —me besó y abrazó con todas sus fuerzas.

Se fue un momento a hablar con Margarita, mi vecina, una mujer que la quería mucho. Le pidió que a la mañana siguiente se quedara con Noa. Vino diciendo que todo arreglado. Quería que fuéramos tranquilos y sin la niña, ya que el asunto era un tanto delicado para que estuviera ella delante, más que nada por la precipitación de tenerle que contar las cosas y sin saber cómo se darían.

Acostamos a Noa en una habitación y nos fuimos a la mía donde nos abrazamos y rompí a llorar de nuevo.

—Calma, Mateo, todo saldrá bien y estoy segura de que a partir de ahora tendrás el amor de esa madre que será para ti como la mayor de las bendiciones. Confía en el destino, solo pon de tu parte.

—En el fondo estoy deseando abrazarla.

—Pues mañana lo haces, verás qué bonito será el reencuentro, del que estoy convencida que os llevará a vivir una relación de lo más linda.

—Gracias, preciosa —la besé con todo mi cariño—. No sabes lo importante que es para mí contar contigo.

—Tenlo claro, siempre que me quieras a tu lado, contarás conmigo para todo —me besó en los labios, un beso que me calmó y que me hubiera gustado alargar, pero no fue el momento.

—Me pongo nervioso solo de pensarlo.

—Estaré ahí para ayudarte a calmarte, aunque sea solo un poquito, esos nervios.

—Quédate esta noche conmigo, la niña ya está dormidita y no cogerá frío.

—Claro, eso sí, me tendrás que dejar un pijama —me besó y abrazó con todas sus fuerzas.

Se fue un momento a hablar con Margarita, mi vecina, una mujer que la quería mucho. Le pidió que a la mañana siguiente se quedara con Noa. Vino diciendo que todo arreglado. Quería que fuéramos tranquilos y sin la niña, ya que el asunto era un tanto delicado para que estuviera ella delante, más que nada por la precipitación de tenerle que contar las cosas y sin saber cómo se darían.

Acostamos a Noa en una habitación y nos fuimos a la mía donde nos abrazamos y rompí a llorar de nuevo.

—Calma, Mateo, todo saldrá bien y estoy segura de que a partir de ahora tendrás el amor de esa madre que será para ti como la mayor de las bendiciones. Confía en el destino, solo pon de tu parte.

—En el fondo estoy deseando abrazarla.

—Pues mañana lo haces, verás qué bonito será el reencuentro, del que estoy convencida que os llevará a vivir una relación de lo más linda.

—Gracias, preciosa —la besé con todo mi cariño—. No sabes lo importante que es para mí contar contigo.

—Tenlo claro, siempre que me quieras a tu lado, contarás conmigo para todo —me besó en los labios, un beso que me calmó y que me hubiera gustado alargar, pero no fue el momento.

Capítulo 14: Candy



—¿Preparado para uno de los cambios más importantes de tu vida? —Sonreí apretándole el muslo por encima del pantalón.

—Puedes ir un poco más arriba —dijo curvando los labios.

—¿Cómo? —no lo pillé, una que estaba alelada.

—Que puedes subir un poco más la mano y hacer lo mismo —rio cuando la separé de golpe para darle varios golpecitos en el brazo.

—Margarita dice que te dé un buen meneo —tosió a propósito.

—¿Eso dice mi vecina? —se giró hacia mí.

—Sí y que no pare hasta dejarte seco —reí.

—Ya veo, me gusta cómo piensa. A ver si le haces caso, me encanta —se contagió.

Íbamos en el coche dirección a Granada. Hacía poco que habíamos dejado a Noa en casa de Margarita, las que se habían quedado más que contentas por estar juntas. Casi una hora teníamos más o menos hasta que llegáramos al hospital donde trabajaba su madre.

El giro que había dado la situación para mí supuso un gran alivio, tanto que a pesar del dolor que sentía Mateo, de consolarlo y de animarlo, por dentro estaba eufórica saltando y bailando desde que me contó lo que le sucedía. Imposible imaginarme antes de que me dejara leer la carta que le había llegado, qué era lo que le pasaba.

Pude respirar tranquila en cierta manera, porque en ese instante eran él y su situación los que me preocupaban, pero no dudaba de que saldría todo bien, no podía ser de otra manera. Sí, era para estar feliz porque la relación que habíamos iniciado seguía hacia delante y bien y, porque el descubrimiento que le habían hecho llegar había dado un giro en su vida para mejor.

Habíamos dormido abrazados, sin separarnos en ningún momento de la noche y la sensación más gratificante no había podido ser. Ilusionada, así estaba, una ilusión que se había visto un poquito enturbiada y ya se había esclarecido.

—Quería comentarte algo —habló al cabo de un rato en el que nos habíamos quedado callados.

—Dime —me giré hacia él.

—Había pensado, como ya no tienes que trabajar en unos días, que sería una buena oportunidad para que os vinierais a mi piso a pasar el resto de las fiestas ¿qué te parece? ¿Te gustaría?

—Pero, la cena de Nochevieja la iba a hacer yo.

—¿Qué más da? Lo importante es que estemos juntos, el lugar da lo mismo y me gustaría mucho pasar todo ese tiempo junto a vosotras. Si te empeñas en querer hacerla, toda tuya mi cocina —rió.

—Mateo... Sí —acepté con ilusión, provocando que me mirara con intensidad.

—Pues cuando volvamos primero que nada pasamos por tu casa para recoger lo que necesitéis y nos vamos a la mía. Estoy deseándolo —cogió mi mano y la apreté.

—Si supieras lo que llegué a pensar al verte raro... —dije con un suspiro.

—No lo vuelvas a hacer. Me refiero a pensar y a comerte la cabeza sin hablar antes conmigo. No voy a hacerte daño Candy, lo que estamos viviendo es muy importante para mí, me has devuelto la ilusión. Cualquier duda que tengas házmela saber, que te la quitaré rápido.

—Lo sé —dije emocionada—, pero hay cosas que no se pueden controlar. Tampoco iba a alargar mucho el hablarlo contigo. Cuanto antes mejor para recibir la estocada final —negué.

—Estocada te voy a dar yo a ti —dijo divertido.

—Con una estocadita ya me conformo ¿eh? Una que es muy sencilla —reí.

—No, nosotros lo hacemos todo a lo grande —hizo un guiño y sonreí ruborizada.

—¿Estás más tranquilo?

—No —respondió serio—. Llevo cagándome en los pantalones desde hace un rato —me miró de reojo y soltamos una carcajada.

—Mateo...

—¿Sí?

—¿Te importaría que invitara a cenar el treinta y uno a Margarita? Mejor no se dará la situación porque estaremos en el mismo edificio. No le gusta moverse a partir de ciertas horas. Me da pena que la pase sola, ya se negó a venir a casa para Nochebuena.

—No tienes que preguntármelo —asintió conforme—. Sé lo importante que es para vosotras y yo estaré encantada de incluirme en el paquete. Por supuesto que la vas a invitar, no puede decir que no por lo mismo que acabas de decir —me hizo un guiño.

—Pues cuando pasemos a recoger a Noa se lo decimos —dije contenta.

Un tiempo después estábamos accediendo al aparcamiento del hospital, entre suspiros involuntarios de Mateo. Imaginé que dándose él mismo la fuerza para lo que estaba a punto de ocurrir y para quitarse un poco los nervios que fueron más que evidentes.

—¿Estará? —dije quitándome el cinturón de seguridad.

—Joder, pues espero que sí —agrandó los ojos.

—¿No te has informado? —me sorprendí— Bueno, que no cunda el pánico. Si no es así esperaremos el tiempo que haga falta, no pasa nada —comenté moviendo las manos delante de él.

—Sí que está —rio cogiéndomelas—. Era broma, me he asegurado de informarme de que está en el turno de mañana.

—Te veo muy gracioso —lo miré de reojo.

—Es eso o ponerme a llorar —rio acercándome a él, agarrándome de la nuca—. Dame un beso, necesito toda la motivación habida y por haber —susurró.

—Los besos no se piden, los besos se dan —me mordí el labio inferior.

—Correcto, pero te lo acabo de pedir y me estás haciendo una cobra de campeonato con palabras —levantó una ceja.

—Yo no te he hecho nada —reí—. Si te hago la cobra es así.

Tal y como lo dije hice un giro perdiendo el contacto con él, bajándome rápido del coche, riendo. Refunfuñando, así se bajó él haciéndome reír más al saber que estaba exagerando y divertido.

Llegué a su lado y apoyé el pecho contra el suyo, dejándolo contra el coche mientras me lanzaba a sus labios. Sus brazos me rodearon, pegándome más a él mientras yo pasaba los míos rodeándole el cuello. Un beso que tuvo la intención de calmarlo y tuvo la reacción contraria por la intensidad que nuestras bocas se movieron buscándonos, notando su excitación por encima del pantalón.

—Esto no puede ser —me apretó contra él, apoyando la frente contra la mía—. Joder, hay que ponerle solución.

—¿No querrás hacerlo ahora? —sonreí pícaro— A ver si con eso de que estás nervioso quieres...

—No me des ideas, mierda —resopló—. Estoy a nada de lanzarte dentro del coche ¿aquí hay cámaras? —levantó la cabeza para comprobarlo.

—Ni lo pienses —reí—. Lo mismo te dejo que me lances.

r

—Créeme, te lanzarías tú solita —curvó los labios.

o—Vamos porque se me está yendo la cabeza —me separé tirando de su mano al empezar a pensar en esa posibilidad.

Riendo al pedirme que le diera un tiempo para que se le bajara la erección mientras no podíamos parar de reír, lo que mejoró que fuera más rápido, paseamos durante un rato por el *aparcamiento* como si estuviéramos haciéndolo por la calle.

—Venga, ánimo —apreté su mano mientras nos dirigíamos al mostrador.

—¿Qué digo? Mierda, he pensado en todo menos en eso. ¿Cómo me presento? ¿Cómo hago para que la avisen o me digan dónde está sin decir quién soy? —soltó varios bufidos.

—Mira y aprende pequeño saltamontes —lo adelanté dándole un cachete en el culo.

—¿Qué vas a decir? —Caminó más rápido.

—Ni puñetera idea —giré la cabeza hacia él y reí al ver su expresión—. Lo que me salga —me encogí de hombros—. Buenos días —saludé al pararnos frente al mostrador.

—Buenos días —respondió la mujer que estaba sentada con un tono de voz que dejó mucho que desear, la que no miró de una manera...

—Joder, bien empezamos —refunfuñó Mateo y levanté el pie hacia atrás que era donde estaba él, consiguiendo lo que quería, que se callara al empezar a quejarse por la patada que le di.

—Necesitamos hablar con Lola, trabaja de celadora en el hospital —continué con una gran sonrisa a ver si se le contagiaba algo porque falta le hacía.

—No puedo hacer eso y no sé quién es esa mujer. No conozco a todos los que trabajan aquí.

—Lo entiendo, pero es que es un tema muy importante. Verá —me incliné hacia delante apoyando los brazos en el mostrador—, resulta que somos vecinos de ella y no tenemos su teléfono para avisarla del desastre que hay en su piso.

—¿Qué desastre? —prestó toda la atención a partir de ahí y pensé que menuda cotilla estaba hecha, pero oye, qué bien me vino, lo que provocó que le pusiera más misterio y empeño en mi relato.

—No se lo va a creer. Estábamos saliendo de nuestro piso, el mismo que el de Lola —nos señalé— y resulta que parados en la puerta de nuestra queridísima vecina había tres bomberos buenorros —susurré la última palabra haciéndole un guiño—. Y es que salía agua por debajo de la puerta. ¡Se le está inundando el piso! Y como teníamos que venir para una revisión de mi prometido para su cosita... —la mujer miró detrás de mí hacia Mateo al que no le vi la cara, pero debía tenerla de todos los colores. Un poco descarada, una cosa más para anotar a las virtudes de la mujer— pues les hemos dicho a los bomberos que nosotros la avisábamos rápido al tener que venir aquí que es donde trabaja. Es un tema de máxima importancia y venimos por orden de los cuerpos de seguridad —asentí conforme al ver su expresión porque noté que lo había conseguido.

—Vaya.

—Exacto. ¿Sería tan amable de avisarla? Nosotros la esperamos aquí.

—Intentaré hacerlo.

—Seguro que lo conseguiré —le hice otro guiño y sonrió de medio lado.

Nos alejamos del mostrador viendo cómo descolgaba el teléfono para poco tiempo después levantarse con un gesto de la mano indicándonos que en nada volvía.

—Mi cosita ¿en serio?

—¿Solo te has quedado con eso? —reí al verlo de brazos cruzados delante de mí.

—Ha sido lo más chocante e increíble de todo lo que has dicho —levantó una ceja y más me reí.

—Pero ha servido ¿no? Y por el repaso que te ha dado —puse morros.

—Tú lo has provocado —negó.

—¿Sabes algo? ¿Lo mejor de todo? —me acerqué a él, acariciándole el pecho— Que soy la única que lo disfrutará y meneará —susurré poniéndome de puntillas.

s—Mierda, Candy, que estoy a punto de conocer a mi madre y me estás poniendo cachondo —se lamentó apartándose.

—Pues más contentillo lo harás —reí viéndolo caminar delante de mí, de un lado al otro.

Sus pasos se frenaron en cuanto escuchamos una voz dirigirse a nosotros. Él estaba de espaldas a la mujer que apareció, su madre. Yo la vi bien de frente y una sonrisa apareció en mi cara al distinguir el parecido tan grande que tenía con Mateo, o más bien a la inversa.

—Hola, ¿me buscabais? Han venido a avisarme de que lo hacíais, contándome no sé qué de mi piso y os han señalado porque por lo visto es urgente. ¿Qué ha pasado?

Me centré unos segundos en Mateo antes de contestarle, apretándole el brazo al verlo con los ojos cerrados tragando saliva, nervioso.

—Hola, Lola —la miré sonriendo con cariño y más desconcertada la dejé—. Tenemos que hablar contigo, bueno, tenéis que hablar.

—¿Cómo? No os conozco, no vivís en mi bloque como me han dicho —dijo sin entenderlo.

—A mí sí que me conoces —se giró Mateo lentamente, con voz entrecortada, quedando frente a ella—, desde hace mucho, aunque haga muchísimos años de ello. Me reconoces ¿mamá?

—No puede ser —reaccionó con un jadeo ella, llevándose la mano al pecho mientras los ojos se le inundaban de lágrimas y daba varios pasos hacia atrás por la impresión—. Mateo, ¿eres mi Mateo? —habló casi sin que se le entendiera.

—Lo soy, estoy aquí —dio un paso hacia ella, emocionado.

Afectada no supo o no pudo reaccionar mientras su respiración alterada se aceleraba más sin poder dejar de llorar. Mateo se acercó más a ella y la abrazó, apretándola fuerte contra él mientras las lágrimas también caían por su cara.

Yo no estaba mucho mejor, igual que ellos, al presenciar en primera persona el encuentro de una madre con su hijo después de tanto sufrimiento y dolor. Cuando Lola pudo reaccionar se aferró a él, desesperada mientras decía palabras rápidas y nerviosas que yo no supe entender.

—Has venido, me has buscado —dijo sin creérselo, sin poder soltarlo.

—Lo lamento tanto, si lo hubiera sabido antes.

—No digas eso mi niño —se separó acariciándole la cara, descubriéndolo por segunda vez en su vida—. Tú no tuviste la culpa de nada ni podías saberlo. Tampoco quise durante un tiempo para no hacerte sufrir. Temía tanto que me odiaras porque pensabas que te había abandonado, tenía tanto miedo porque no pudiera verte nunca más..
—dijo desconsolada.

—Tenemos que hablar con calma —le sonrió triste.

—Cuando quieras —asintió varias veces retirándose las lágrimas.

—Mi nombre es Candy —me acerqué a ellos.

—Mamá, te presento a mi novia —me agarró de la mano—. Es la mujer de mi vida, el motor que la mueve —dijo con convicción y lo miré afectada, intentando tragar saliva sin conseguirlo.

—Dios mío, es un placer —dijo Lola y me acerqué a ella, abrazándola.

—Enhorabuena por haber sido tan valiente, por haber tenido las agallas de aguantar todos los palos que te ha dado la vida, por no haber desistido en el empeño de un acercamiento con tu hijo, por haber sobrevivido. Siento una pena muy grande por todo lo que tuviste que vivir y te admiro por ello, tienes todos mis respetos —la apreté contra mí.

—Hija —murmuró deshaciéndose en lágrimas.

Cuando nos separamos Mateo nos miraba emocionado, centrado en mí, transmitiéndome tanto con los ojos...

—Todavía no puedo creérmelo —murmuró Lola.

—Pues empieza a hacerlo, esto solo es el principio, mamá —sonrió él remarcando la última palabra—. Un nuevo año nos espera y este lo vamos a cerrar de la mejor manera y de la única forma en la que puede ser, juntos.

Con esas palabras le dio a entender que quería estar con ella para celebrar la salida y entrada de año y la emoción se hizo mucho más presente entre los tres. Asintió llorando más, tapándose la cara todavía fuera de lugar por haber sido todo tan precipitado e inesperado. Pero la felicidad era evidente, solo había que verla, al igual que Mateo, una felicidad que nos envolvió.

—No digas eso mi niño —se separó acariciándole la cara, descubriéndolo por segunda vez en su vida—. Tú no tuviste la culpa de nada ni podías saberlo. Tampoco quise durante un tiempo para no hacerte sufrir. Temía tanto que me odiaras porque pensabas que te había abandonado, tenía tanto miedo porque no pudiera verte nunca más... —dijo desconsolada.

—Tenemos que hablar con calma —le sonrió triste.

—Cuando quieras —asintió varias veces retirándose las lágrimas.

—Mi nombre es Candy —me acerqué a ellos.

—Mamá, te presento a mi novia —me agarró de la mano—. Es la mujer de mi vida, el motor que la mueve —dijo con convicción y lo miré afectada, intentando tragar saliva sin conseguirlo.

—Dios mío, es un placer —dijo Lola y me acerqué a ella, abrazándola.

—Enhorabuena por haber sido tan valiente, por haber tenido las agallas de aguantar todos los palos que te ha dado la vida, por no haber desistido en el empeño de un acercamiento con tu hijo, por haber sobrevivido. Siento una pena muy grande por todo lo que tuviste que vivir y te admiro por ello, tienes todos mis respetos —la apreté contra mí.

—Hija —murmuró deshaciéndose en lágrimas.

Cuando nos separamos Mateo nos miraba emocionado, centrado en mí, transmitiéndome tanto con los ojos...

—Todavía no puedo creérmelo —murmuró Lola.

—Pues empieza a hacerlo, esto solo es el principio, mamá —sonrió él remarcando la última palabra—. Un nuevo año nos espera y este lo vamos a cerrar de la mejor manera y de la única forma en la que puede ser, juntos.

Con esas palabras le dio a entender que quería estar con ella para celebrar la salida y entrada de año y la emoción se hizo mucho más presente entre los tres. Asintió llorando más, tapándose la cara todavía fuera de lugar por haber sido todo tan precipitado e inesperado. Pero la felicidad era evidente, solo había que verla, al igual que Mateo, una felicidad que nos envolvió.

Capítulo 15



—Mateo, que te veo —salió corriendo Noa, haciéndole la broma.

Se alejó de nosotros directa hacia unos puestos navideños y es que faltaba un día para el último del año, y habíamos aprovechado para visitar un mercado navideño que decoraban muy bonito a dos pueblos de distancia de nuestro.

Íbamos a pasar buena parte del día fuera. Comeríamos en un restaurante que él conocía porque Mateo se había empeñado en invitarnos. Cuando me lo propuso no pude reírme más al escuchar su explicación. Según él era para celebrar el año que habíamos pasado y solo llevábamos unos días juntos.

¿Quién lo iba a decir? ¿Verdad? Yo no, os lo aseguro porque en mi vida no entraba nada relacionado con el amor de pareja. Pero habíamos podido comprobar que los planes se desbarajustan en un segundo, y el nuestro fue cuando se animó a invitarme amablemente a desayunar churros con chocolate en su piso, una mañana cualquiera.

Después de pasar buena parte del día en ese pueblo, ya que el restaurante estaba en él, iríamos al supermercado donde trabajaba Mateo, para hacer las últimas compras de las cositas que nos habían faltado para preparar la cena y la comida en la que estaríamos acompañados por su madre y Margarita. Según me dijo ilusionado, tenía muchas ganas de llevarme y presentarme a sus compañeros porque a Noa ya la conocían, y yo no pude aceptar más feliz a ver su cara emocionada por el significado.

—¡Qué bonito! —se quedó prendada Noa de un tren en movimiento, con música.

Lo era, precioso. Se movía por encima de una vía ovalada que en ese caso quedaba por fuera del belén que habían montado y las luces le daban un toque muy bonito.

—Sí que lo es, cariño —sonreí.

—Nos lo llevamos —habló Mateo, convencido.

—No estás hablando en serio —me giré hacia él negando.

—¿Cuándo no lo hago? —levantó una ceja y rio.

—Ni se te ocurra —lo señalé.

—Mami, es que...

—Noa, cariño, no se puede comprar por comprar. Ya sé que es precioso, pero tenemos adornadas las dos casas —

remarqué porque la nuestra seguía como la dejamos—. No se puede derrochar de esta manera —negué sin dar mi brazo a torcer.

Esa era la realidad que pensaba, aparte de remarcar lo que siempre le había enseñado a Noa. A pesar de las dificultades económicas que habíamos tenido, nunca nos había faltado lo esencial e incluso algún caprichito cuando se había podido, pero ella sabía de sobra lo que costaba tener un dinero extra y quería que siguiera así. Para mí era inculcarle unos valores primordiales.

—Entiendo lo que dices —se puso a mi espalda Mateo, abrazándome y apoyando la barbilla en mi hombro—. Yo tampoco soy de tirar el dinero Candy, pero estoy feliz. Para mí estos días, desde que estáis conmigo o más bien desde que me decidí por primera vez a adornar mi piso porque a partir de ahí mi vida como la conocía cambió, soy muy, pero que muy especiales. Te prometo que no se malgastará más a no ser que sea en ocasiones especiales —carraspeó mientras Noa asentía varias veces, apoyándolo y entendiéndolo—. Déjame darnos este capricho, te lo digo de corazón, no me supone nada. Sabes que tengo bastantes ahorros, nunca he gastado porque llevo una vida tranquila, pero ahora me apetece. ¿Para qué está el dinero si no es para gastarlo en las cosas que nos hacen felices? Y si con eso consigo ver una sonrisa preciosa en vuestras caras...

¹ —Jolines —solté un bufido y me besó el cuello risueño porque le di a entender que lo había conseguido.

—Sí —aplaudí Noa, saltando delante de ambos—. Mami, yo te prometo que no pido nada más.

—Esto no va bien ¿eh?

—¿Qué no va bien? —pasó un brazo por encima de mis hombros Mateo.

—Que antes éramos una contra una, ahora sois dos contra mí —puse los ojos en blanco haciéndolos reír.

Como no podía ser de otra forma, el tren pasó a nuestras manos en cuanto el vendedor sacó una caja de dentro del puesto, dándoselo a Noa directamente, la que lo recibió con cara de felicidad.

¹ A veces iba bien dejar un poco el reparo, sí. A mí era la primera a la que le hacía ilusión verlos felices y riendo como hacían en ese instante Noa y Mateo, ¿qué os voy a decir? Sí, bien merecía la pena sentirlo.

Caminamos felices hacia el restaurante con tren incluido, donde comimos y disfrutamos de todo lo que pedimos. El ambiente no pudo ser más perfecto rodeados por la lumbre de una gran chimenea, sintiendo el calor de ella, ya que ocupamos una mesa bastante cerca.

La comida estuvo espectacular y saciados nos montamos en el coche para ir hacia el supermercado. Paradas, saludos, sonrisas, risas, comentarios divertidos y entrañables, eso fue lo que nos esperaba en el trabajo de Mateo. Sus compañeros dejaron claro el cariño y la amistad que le tenían.

El pecho se me fue llenando de orgullo cada vez más por cada comentario que hacía refiriéndose a Noa como su niña y a mí como su pareja, la mujer de su vida. Así tal cual lo decía provocándome muchas sonrisas emocionadas. Me parecía mentira haber encontrado a un hombre como él, yo que ya había perdido la ilusión de conocer el amor debido a los programas de citas que estaban tan de moda en televisión.

Ganas de llorar muchas veces, eso es lo que daban, o por reír, porque había para todos los gustos. Pero vamos, que cuando me había dado por verlos algunas veces, mi pensamiento siempre era el mismo, que menudo cómo estaba el mercado fuera. Hasta depresión me entraba y eso que no tenía ningún pensamiento de buscar nada ni aspiraba a ello.

Pero las cosas por mucho que se busquen si no es el momento de encontrarlas no se dan, esa es la realidad.

Contentos recorrimos todos los pasillos del supermercado llenando el carro con todo lo que creímos que podíamos necesitar para las celebraciones. A media tarde estábamos entrando por la puerta del piso de Mateo, cargados con bolsas e incluso haciendo varios viajes porque habíamos sido un poco exagerados, pero también lo merecía esa ocasión por lo importante que era para Mateo, el que tampoco escatimó en nada, ilusionado por tenernos con él y sobre todo por su madre.

Caímos agotados en el sofá después de cenar, donde nos quedamos en la intimidad en cuanto Noa se fue a la cama feliz y emocionada porque al día siguiente vendrían Margarita y su nueva abuela. Así se refirió a la madre de nMateo cuando le contamos la alegría que sentíamos al haberla encontrado, solo explicándole por encima los detalles bonitos del reencuentro y una verdad muy disfrazada.

Esa noche Mateo y yo nos fundimos entre las sábanas de su cama. Y cuando digo que nos fundimos es porque nos abrasamos entre las llamas de la pasión, descubriéndonos aún más en la intimidad. Nos dormimos agotados después de dos sesiones de sexo, en las que descubrí a un hombre muy sensual, ardiente, detallista y apasionado.

Pero las cosas por mucho que se busquen si no es el momento de encontrarlas no se dan, esa es la realidad.

Contentos recorrimos todos los pasillos del supermercado llenando el carro con todo lo que creímos que podíamos necesitar para las celebraciones. A media tarde estábamos entrando por la puerta del piso de Mateo, cargados con bolsas e incluso haciendo varios viajes porque habíamos sido un poco exagerados, pero también lo merecía esa ocasión por lo importante que era para Mateo, el que tampoco escatimó en nada, ilusionado por tenernos con él y sobre todo por su madre.

Caímos agotados en el sofá después de cenar, donde nos quedamos en la intimidad en cuanto Noa se fue a la cama feliz y emocionada porque al día siguiente vendrían Margarita y su nueva abuela. Así se refirió a la madre de Mateo cuando le contamos la alegría que sentíamos al haberla encontrado, solo explicándole por encima los detalles bonitos del reencuentro y una verdad muy disfrazada.

Esa noche Mateo y yo nos fundimos entre las sábanas de su cama. Y cuando digo que nos fundimos es porque nos abrasamos entre las llamas de la pasión, descubriéndonos aún más en la intimidad. Nos dormimos agotados después de dos sesiones de sexo, en las que descubrí a un hombre muy sensual, ardiente, detallista y apasionado.

Capítulo 16: Mateo



Iba a terminar y comenzar el año con mi madre en casa ¿Quién me lo iba a decir? La de vueltas que puede llegar a dar la vida sin que nos percatemos de lo que pasa a nuestro alrededor, dando por hecho cosas que luego nada tienen que ver con la realidad.

Estaba muy emocionado por saber que, por primera vez, siendo consciente, iba a poder estar con ella en esas fechas. Parece ser que el primer árbol que me animé a comprar para vivir las primeras fiestas de manera diferente se había vuelto como mi amuleto de la suerte.

Noa decía que iba a tener otra abuelita porque se lo habíamos explicado de la mejor y más bonita manera. Estaba de lo más entusiasmada hablándole de eso a su nueva muñeca que le había traído Papá Noel.

Estuve mandándome mensajes con mi madre y sabía que iba a venir Margarita, cosa que le pareció genial, como todo lo que le decía. Se notaba que ella venía para dar amor a mi vida y no ser un obstáculo en nada, todo lo contrario, estaba predispuesta para todo.

Era el último día del año y me había levantado nervioso. Candy no dejaba de sonreír y abrazarme. Era una mujer con la que, a cada momento que disfrutábamos juntos, sentía que la conexión entre nosotros superaba todos los límites.

Mi madre trabajaba por la mañana, con lo cual habíamos quedado en que llegaría sobre las seis de la tarde, momento en el que Candy y yo queríamos tener preparada la cena y la comida del día siguiente, al menos dejarlo lo más avanzado posible, para poder disfrutar como necesitábamos todos.

Nos pusimos manos a la obra mientras tomábamos el primer café en la cocina y a Noa ya le habíamos puesto su desayuno en el salón.

La besé en innumerables ocasiones como no podía ser de otra manera. Candy era más que un apoyo, era esa persona que encendía todas mis bombillitas internas para hacerme brillar en cada momento que estaba viviendo junto a ella.

—Creo que somos un poco exagerados, nos hemos pasado un poco con la comida —murmuró aguantando la risa.

—No, entre esta noche y mañana seguro que no dejamos ni las mijitas de pan —de nuevo la besé y seguí preparándolo.

—Estoy muy feliz, Mateo —me rodeó con los brazos captando de nuevo mi atención.

—¿Sí? ¿De verdad?

—¿Crees que puedo mentir?

—No, tus ojos brillan cuando me miras, pero me da miedo no hacerte feliz.

—Me amas y demuestras querer a mi hija de corazón, jamás te he visto una mala cara hacia ella.

—No podría hacer algo así y menos con ella. Me tiene ganado por completo. La quiero de verdad.

—Lo sé —sonrió.

A la una de la tarde teníamos el marisco preparado en las bandejas dentro de la nevera, la carne y sus salsas también listas, por no hablar del paté de cabracho que no solo nos había salido delicioso, sino que conseguimos que la forma nos saliera tan perfecta que iba a quedar presentado en el plato que daba gusto.

La pequeña no se había quitado el pijama en toda la mañana, decía que después se duchaba por la tarde para ponerse guapa para la fiesta.

—¿Sabes que tengo un regalito para ti? —le dije acariciando su cabeza.

—¿Para mí? ¿Sí? ¿De verdad? ¿En serio?

—Para Noa, creo que eres tú, sí —le dijo la madre riendo—. Me estás poniendo nerviosa.

—Mami, que Mateo tiene un regalito para mí —se puso las manos en el pecho mientras sonreía impaciente para que se lo diera.

—Yo no sé de dónde saca el tiempo este hombre para ir a comprar las cosas —le comentó Candy, pero mirándome a mí.

—Para ti también hay algo —le hice un guiño.

—No, Mateo, ya hemos tenido más que suficiente. Lo de los electrodomésticos y la Navidad ya ha sido demasiado —murmuró con tristeza.

—Uno para ti —le puse en las manos de Noa una caja de cartón de estrellitas y nubes con el fondo rosa—, y otro para la mamá más guapa del mundo —le coloqué otra cajita de cartón blanca y llena de corazones en rojo en las suyas.

—Mami, mira —dijo cuando la abrió. Se quedó con la boca abierta de la impresión—. Es una falda corta de princesa —era de tul rosa, su color favorito—. Y la camiseta es blanca y trae hasta los zapatitos de bailarina en blanco. Me muero, esto me lo pongo esta noche, voy a parecer un hada madrina.

—Qué bonito es todo, cariño, qué guapa vas a estar. Gracias, Mateo —me dijo emocionada.

—Os lo merecéis. Ahora te toca a ti —señalé la suya que estaba todavía sin abrir en sus manos.

—¿En serio? —preguntó con los ojos brillantes conteniendo la emoción mientras extendía un mono negro de tirantes que era de lo más elegante. Lo vi en dos ocasiones, las mismas que pasamos por delante del escaparate donde estaba expuesto, con el que se le fueron los ojos cada vez que lo vio— ¿Sabías que me gustaba?

—Claro, voy conociéndote e interpretando tus gestos y te vi mirarlo en dos ocasiones. Vamos. que poco faltó para que los ojos se te salieran cuando pasábamos cerca —reí.

—¡Tampoco fue para tanto! —rio, estaba preciosa y ese gesto le quedaba perfecto—. Quizás un poquito —indicó también con los dedos contagiándome las risas—. Es que es precioso, una monería.

—A mí no me la das, ¿ves? Empiezas diciendo que no fue para tanto y acto seguido ya empiezas a aceptar que si lo fue —negué divertido—. Tus gestos de indiferencia también los conozco muy bien —le hice un guiño.

—No sé qué decir ya, pero me encanta, yo también me lo pondré esta noche —me abrazó—. Pero te digo de corazón que el mejor regalo que nos puedes dar es tu cariño. No tienes necesidad de comprarnos tantas cosas.

—No es nada de lujo ni de valor, son prendas accesibles que no me cuesta nada comprar y me alegra el corazón veros disfrutarlas. Para mí sois mi motor y me habéis enseñado a ver la vida de un color que no conocía hasta ahora, Candy. Quiero veros sonreír siempre.

—Pero lo hacemos sin necesidad de regalos y solo por el simple hecho de disfrutar de tu compañía. Gracias, Mateo, eres lo mejor que nos ha pasado en la vida. Y si algún día te cansas de mí en el amor, no dejes de ser mi amigo, no lo hagas nunca —se le escaparon varias lágrimas y me abrazó fuerte apoyada en mi pecho.

—Te amo, mi Candy, te amo. Este burro que no salió de la provincia te ama con todo su corazón.

—No eres ningún burro, y yo tampoco he salido de la provincia —rio.

—Vamos a tener que organizar un viaje en verano para ir a Sevilla o a Cádiz.

—Hombre, si es verano mejor que sea a Cádiz, que tiene playas.

—¿Sevilla no? —pregunté bromeando.

—¡No! —se puso la mano en la cara y negó riendo.

o

—Pues iremos a Cádiz o a otro lugar de Andalucía con playas. Pero este año nos damos el viaje de nuestras vidas.

—Jo, qué ilusión, voy a ver si pillo más casas estos meses para ahorrar todo lo que pueda.

—No vas a limpiar nada más, lo primero porque el viaje lo voy a pagar yo que tengo ahorros y lo segundo porque no quiero que corras y te canses más de lo que ya lo haces trabajando y criando una niña... He estado pensando que os podríais venir a vivir aquí y así te ahorras el tener que pagar la casa. A mí me alegraríais la vida más de lo que ya lo estáis haciendo y así te puedo ayudar con el día a día de Noa, me da mucha vida eso.

—¿Venirnos aquí?

—Bueno, a otro sitio lo tenemos más difícil —me reí.

—Pero si solo han pasado cinco días desde que estamos juntos —rio nerviosa, pero se le veía la emoción en sus ojos.

—¿Y cuántos se supone que tienen que pasar? No sabía yo que había reglas en esto del amor —carraspeé levantando la ceja.

—No sé, pero no lo digo porque yo necesite más tiempo, no es eso. Lo digo porque no sé, me he puesto nerviosa —volvió a reír tapándose la cara con la mano—. Si eso lo estás diciendo de corazón, lo haré encantada. Aunque sé que es una locura —asintió emocionada.

—Hay muchas locuras que llevaron al éxito.

—Y otras al precipicio —nos reímos—, pero algo me dice que tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida porque eres diferente. Tus ojos no mienten y ellos hablan por sí solos del corazón tan grande que tienes y de la forma de ser tan bonita que es el claro ejemplo de tu bondad.

—Me estás ruborizando —carraspeé y la besé con ganas.

—Te amo, Mateo, te amo de corazón.

—Y yo a ti, mi vida, y yo a ti...

—No sé, pero no lo digo porque yo necesite más tiempo, no es eso. Lo digo porque no sé, me he puesto nerviosa —volvió a reír tapándose la cara con la mano—. Si eso lo estás diciendo de corazón, lo haré encantada. Aunque sé que es una locura —asintió emocionada.

—Hay muchas locuras que llevaron al éxito.

—Y otras al precipicio —nos reímos—, pero algo me dice que tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida porque eres diferente. Tus ojos no mienten y ellos hablan por sí solos del corazón tan grande que tienes y de la forma de ser tan bonita que es el claro ejemplo de tu bondad.

—Me estás ruborizando —carraspeé y la besé con ganas.

—Te amo, Mateo, te amo de corazón.

—Y yo a ti, mi vida, y yo a ti...

Capítulo 17



Mi madre me mandó un mensaje diciendo que estaba en el portal y que por favor saliese a ayudarla porque traía algunas bolsas y no podía subirlas sola de un solo viaje.

Fui a darle el encuentro y tras darnos un abrazo fuerte y varios besos donde la emoción de los dos fue evidente, la ayudé con un montón de bolsas que no sabía lo que contenían. Como sea más comida, pensé divertido, pero me lo callé en cierta manera...

—Mamá ¿qué es todo esto? ¿Te vienes aquí a vivir? —bromeé.

—Vuelvo a esta casa por ti, pero ni loca me quedo entre esas paredes que tanto dolor me ocasionaron —sonrió.

—No lo había pensado —me paré de golpe, maldiciendo por lo que podía suponer para ella. No había caído en ello—. Pero tranquila —murmuré—, está tan reformada que ni la reconocerás.

—No te preocupes —me sonrió con cariño—. Solo me importas tú y las personas que estén, lo demás me da igual. No me afecta, te tengo conmigo, es todo lo que necesito —asintió—. pero no viene mal saber eso de las reformas... —lo último lo dijo en un tono y con una expresión que me hizo reír.

Metimos todo en el ascensor y cuando llegamos a la planta un chillido nos recibió.

—¡¡¡Abuela!!! —gritó la pequeña causándonos una risa.

—Ay, mi niña Noa, qué ganas tenía de conocerte, cariño. Me hace muy feliz que me llames así —la abrazó después de dejar las bolsas en el suelo.

—Abuela —repitió con una sonrisilla— ¿trabajas en un hospital? —le preguntó cogiendo alguna bolsa para ayudarnos.

—Hola, Lola —se acercó Candy a saludarla y a quitarle el resto de las bolsas—. ¿Qué tal estás?

—Bien, cariño, feliz de estar con vosotros —sonrió siguiéndola—. Pues sí que está cambiada la casa, sí. No tiene nada que ver con lo que dejé aquí.

—Te lo he dicho mamá —sonreí más tranquilo.

—A ver, poned todas las bolsas ahí —señaló la mesa del salón—. Voy ordenando un poco.

—¿Te vienes a vivir con nosotros? —me reí por la pregunta de Noa, la misma que yo le había hecho.

—No, cariño, pero se ve que Papá Noel dejó cosas en mi casa para vosotros —carraspeó mirándola.

—¿Para mí? —preguntó sorprendida.

—Para ti la que más.

—No debías... —empezó susurrando Candy a su lado sin que la pequeña la escuchara porque ya estaba emocionada y nerviosa.

—Schhh, que yo soy muy mayor para que me digan lo que debo hacer —le cortó mi madre en plan broma y ella hizo un gesto de que ya no decía nada más.

Comenzó a poner sacar cosas haciendo montañitas de paquetitos.

—Mi preciosa nieta, esto es lo tuyo.

—¿¿¿Mío??? —gritó Noa abriendo la boca al ver el montón de paquetes que le señalaba mientras Candy me miraba apurada, yo solo pude sonreír encogiéndome de hombros.

—Y esto, de tu mamá —le dio un regalito, pero lo cogió como si fuera una reliquia.

—Gracias, Lola —se dispuso a abrirlo emocionada—. No, por favor, no me hagas esto —la cara se le volvió un poema al descubrir una cadena con un colgante de cisne y unos pendientes de bola, todo en oro de primera.

—Por eso lo tuyo es más pequeñito, pero quería que tuvieras algo bueno de regalo —le dijo acariciándole la cara.

—Esto es mucho para mí.

—La felicidad que le das a mi hijo vale más que todo esto, solo hay que veros.

—Dios mío, mami, mira qué de cosas —dijo Noa pasando de una cosa a otra, concentrada.

Le había traído un montón de ropita y unas botas chulísimas, además de juegos de mesa.

—Y para ti, hijo —me dio una cajita envuelta que contenía un reloj de una marca conocida. Era una preciosidad, con la correa de aluminio y la esfera en blanca—. Y esto para que os compréis lo que queráis, es para los tres por lo que puso en una nota Papá Noel —dejó en mis manos seiscientos euros.

—No, mamá, de verdad, no me hace falta. Llévatelo y lo dejas guardado hasta que se lo puedas devolver a Papá Noel.

—Hijo, a ver si te piensas que ese señor es como las tiendas o los sitios de internet que ahora están tan de moda para comprar —rio haciendo gestos para no cogerlo—. Por favor —susurró y por su mirada entendí que necesitaba que lo aceptara—. Lo repartís entre los tres y os compráis lo que queráis, esa fue la petición de Papá Noel.

—Lola, ya me disculparé con él, pero yo no puedo...

—... tú sí puedes. Es un regalo y los regalos no se niegan —volvió a cortar a Candy y ella suspiró.

—Bueno, muchas gracias —murmuró abrazándola.

—Abuela, nosotros también tenemos un regalito para ti —le dijo Noa impaciente.

—¿Para mí?

—Sí —dijimos los tres al unísono y aplaudimos por lo que se le escapó una carcajada.

Y es que le habíamos comprado un álbum de fotos y le habíamos hecho copias a todas las que yo tenía, en las que salía de pequeño y solo. Lo que lloró viendo cada página nos hizo a todos encoger el corazón.

—Ni aunque me regalasen todo el oro del mundo lo cambiaría por esto que para mí tiene mucho más valor que cualquier cosa —me abrazó emocionada y luego a ellas.

Margarita no tardó en aparecer, a la que le presentamos a mi madre y se pusieron sentadas en el salón a hablar animadamente. Les habíamos puesto unas copas de vino y se las veía felices, además, con Noa se reían mucho y l seguían el juego en todo. Parecían tres crías.

Tanto Candy como yo comenzamos a preparar todo, a pesar de que lo teníamos casi listo, pero algunas cosas las teníamos que calentar y otras que montar en los canapés.

Nos tomábamos un vino mientras ella sonreía feliz a sabiendas de que, desde esta mañana, habíamos prometido no separarnos un solo día de nuestras vidas.

Acaba un año en el que hacía unos días no tenía nada más que cosas materiales y, de repente, me encontraba rodeado de amor y no solo eso, con una madre que siempre pensé que nunca me había querido, nada que ver con la realidad. Todo era tan bonito que me daba miedo encontrarme con que solo fuese un sueño del que podía despertar en cualquier momento. Muchas fueron las veces a lo largo de esos días en que sin que nadie me viera, me pellizcaba para saber si estaba despierto.

La mesa terminada quedó perfecta y de lo más bonita. La aplaudieron emocionadas porque nos habíamos esmerado en que cada plato llevara una presentación de lo más cuidadosa.

—Qué bueno todo, no sé por cuál decidirme, hay mucho —murmuró Noa mirando todo y cayéndosele la baba.

—Come todo lo que quieras que ese cuerpo tan bonito lo tienes que alimentar —le dijo mi madre y Margarita afirmó sonriente.

—Lo mejor de todo es que come bien y no engorda lo más mínimo —comenté provocando una risita en ella.

—Qué alegría y una siempre cuidándose —contestó mi madre que por cierto estaba muy rejuvenecida.

Pasamos una cena de lo más animada y divertida en la que brindamos por todo y todos. Era motivo de celebración sin duda, una noche única y la primera de muchas.

A la hora de las uvas lo vivimos de una manera tan bonita, con la emoción y la ilusión reflejada en cada uno de nosotros. Me eché a llorar con mi madre abrazados después de las campanadas. No solo por el año que empezaba, sino porque lo hacíamos juntos.

También abracé a Candy y Noa con mucha felicidad. Una nueva vida para todo, eso era lo que nos esperaba y

empezábamos.

Por cierto, mis dos chicas estaban preciosas con la ropa que les regalé, la que lucieron para la cena y más de una vez me había quedado embobado mirando a Candy, embobado y planeando la manera en la que la desvestiría.

Y cómo no, con mi vecina Margarita acorté distancias, pasando a ser una más de la familia como le dejé claro. Candy me había explicado cómo la defendió cuando apareció su madre por sorpresa en casa, solo para malmeter. Me hirvió la sangre cuando detalló el motivo por el que lo hizo, queriendo ofenderla. No podía estar más orgulloso de cómo lo habían solucionado y la intervención de Margarita para mí supuso un gran alivio y me llenó de admiración hacia ella.

Un ratito después ella se marchó y mi madre se fue a la cama después de que acostáramos a Noa, que se quedó dormida en el sofá. Candy aprovechó para ponerse cómoda y cambiarse.

Cuando apareció en el salón nos quedamos un rato en el sofá, tomando la última copa mientras nos besábamos apasionadamente. Nos teníamos ganas y eso se podía notar en el lenguaje no verbal.

e —Aquí no —murmuró riendo nerviosa cuando le metí la mano por debajo de la camiseta.

—Pues —le quité la copa de la mano y la puse sobre la mesa— nos vamos ahora mismito a la cama y que sepas que no te he dicho nada porque te he visto cansada y lo necesitabas, pero me has dejado las ganas de quitarte el vestido a bocados —curvé los labios—. Mañana por la noche te lo vuelves a poner solo para hacerlo —me levanté rápido tirando de ella, provocando que riera en tono bajo.

Estaba ansioso por tenerla desnuda y pegada a mí y por eso aceleré.

—Si no fuera porque tú estás más bueno que la copa, pondría objeción —amortiguó su risa contra mi espalda cuando la cogí y me la eché al hombro, con tan mala suerte que al doblar para la habitación choqué con el quicio de la puerta y su cuerpo con él—. ¡Me has matado! —murmuró en alto, con los ojos abiertos de par en par.

—Perdón, mi niña, perdón —la bajé y miré su cara para ver si tenía alguna señal del golpe—. ¿Estás bien?

—No sé por qué me miras la cara si me has dado en el hombro, hasta calambres me han entrado —nos echamos a reír poniendo los dedos sobre los labios, por lo que más reímos.

Teníamos el puntito del alcohol y parecíamos dos niños pequeños.

—No iba mirando hacia atrás, no puedo saber dónde te di —levanté su codo y lo froté.

—Es en el otro.

—Perdón, perdón —me reí dirigiéndome al otro lado.

1 —Me estoy quedando contigo, le di con la palma de mi mano —se dobló de la risa.

—Vale —le cogí las dos porque no sabía cuál era y me las llevé a los labios—. Dime ahora que ha sido en el culo —murmuré levantando una ceja.

—Vale, pero en la habitación, ahí puedes darme todos los besos que quieras, donde tú elijas —se acercó a mí sugerente—. Le di queriendo para hacer la broma —se rio.

—Entonces tengo vía libre para besarte por cada rincón que se me antoje —curvé los labios—. ¿Alguno en especial?

—Por donde pise, tienes que besar por donde yo piso —bromeó echándose en mi pecho a reír.

—Eso ya lo hago, amor, eso ya lo hago —la abracé.

No tardamos en estar en la habitación a puerta cerrada y pestillo echado, dejándonos caer a plomo en la cama, donde le quité la ropa y comencé a lamer cada recodo de su piel. Disfruté un buen rato de su cuerpo hasta que le llevé a un orgasmo en el que tuvo que ponerse la almohada en la cara para que no la escucharan.

Me tiró hacia atrás y se subió sobre mí. Me faltaba hasta el aire de la excitación que me producía Candy y más en estos momentos mientras galopaba encima de mí y sonreía mientras su cara se vestía de placer.

Cayó sobre mí cuando alcanzamos el orgasmo. Me mordisqueó el hombro mientras yo la apretaba muy fuerte contra mí.

Esa era mi Candy, mi dulce y sensual chica...

—Entonces tengo vía libre para besarte por cada rincón que se me antoje —curvé los labios—. ¿Alguno en especial?

—Por donde pise, tienes que besar por donde yo piso —bromeó echándose en mi pecho a reír.

—Eso ya lo hago, amor, eso ya lo hago —la abracé.

No tardamos en estar en la habitación a puerta cerrada y pestillo echado, dejándonos caer a plomo en la cama, donde le quité la ropa y comencé a lamer cada recodo de su piel. Disfruté un buen rato de su cuerpo hasta que le llevé a un orgasmo en el que tuvo que ponerse la almohada en la cara para que no la escucharan.

Me tiró hacia atrás y se subió sobre mí. Me faltaba hasta el aire de la excitación que me producía Candy y más en estos momentos mientras galopaba encima de mí y sonreía mientras su cara se vestía de placer.

Cayó sobre mí cuando alcanzamos el orgasmo. Me mordisqueó el hombro mientras yo la apretaba muy fuerte contra mí.

Esa era mi Candy, mi dulce y sensual chica...

Capítulo 18: Mateo



Abrimos los ojos sin saber en qué mundo estábamos. Era el primer día de un año nuevo y maravilloso que no podríamos haber imaginado apenas unas semanas atrás.

—¿Cómo está lo más bonito del universo? —le pregunté a Candy mientras se hacía la remolona.

—Muy bien, papá, he dormido estupendamente —me respondió la pequeña Noa, que apareció en ese momento por la puerta y que, sin demasiada cautela por su parte, entró directamente.

Su madre y yo nos miramos y, como no podía ser de otra manera, emitimos un par de sonoras risas. Era increíble esa niña.

—No sé cómo tenéis tantas ganas de reiros de buena mañana, porque yo de lo que tengo ganas es de churros —nos confesó y, cómo no, entonces sí que tuvimos que reírnos más.

—Hoy no hay churros, cariño, que el churrero también tiene derecho a descansar —le explicó su madre eso en lo que no había caído y que pareció incluso hasta causar su indignación, de las ganas que tenía.

—Vaya, que hoy descansa hasta el palo —refunfuñó.

—¿Qué palo, Mateo? ¿Qué dice esta niña? —rio Candy y su risa me sonó como la mejor de las músicas, una que yo quería escuchar una y otra vez todos los días de mi vida.

—Pues habla del palo del churrero —reí—, que no parece hacerle mucha gracia que descanse. De todos modos, lo tengo todo previsto —le comenté arqueando una ceja y causando la total intriga de la peque, algo que vi en sus ojos.

—Ni idea de lo que me estás contando, papá.

—Pues que, aunque no sean exactamente iguales, tengo churros en el congelador y ahora tú y yo los vamos a preparar mientras tu mamá descansa un poquito más.

—¡Yupi! —saltó sobre la cama— ¡Eres el mejor papá del mundo!

Yo no sé qué sería, pero sí que se me metió algo en el ojo, porque en ese momento comencé a lagrimear y no lo hice hasta con hipo de milagro, más que nada porque apareció mi madre por el quicio de la puerta.

—Entra, Lola, total, si la niña ya ha asaltado el dormitorio. Siéntate aquí con nosotros —le ofreció Candy, que hacía honor a su nombre y que no podía ser más dulce, como significa.

—Qué alegría de levantarme con este ambientito. Siempre soñé con recuperar un hijo, pero no podría haber soñado con toparme de golpe con una familia entera así de bonita.

—Y de churrera, abuelita, porque papá y yo vamos a preparar churros, ¿te apuntas? —le preguntó nuestra niña.

—No le echas morro, hija, deja a tu abuela que se despierte tranquila —le pidió su madre, que a prudente tampoco le ganaba nadie.

—No, no, yo preparo el chocolate. No es por nada, pero mi chocolate calentito tiene fama y no quiero irme sin que lo probéis.

—Mamá, ¿de verdad te tienes que ir ya hoy? —le pregunté porque nos daba penita que la suya fuese una visita relámpago. Teníamos mucho tiempo que recuperar.

—Sí, hijo, pero no te preocupes, que me tendréis de vuelta el día de Reyes. Eso sí, para el almuerzo, porque por la mañana tengo un compromiso.

—¿Un compromiso, mamá? ¿Hay algo que no nos hayas contado? —quise curiosear a placer, ¿tendría mi madre un rollete o algo?

—No pongas esa cara porque no se trata de ningún chisme jugoso, Mateo —me contestó ella.

—¿Y entonces, abuelita? ¿Por qué no te vienes un día antes y ves la cabalgata con nosotros? Aquí es muy bonita e igual repite uno de los Reyes Magos del año pasado, que mamá opinó que era más bruto que un arado, porque lanzaba los caramelos que no veas. El tío es que estaba muy fuerte, ¿sabes? Mamá se fijó y me lo dijo.

—¿Tú te fijaste en ese fortachón? —me dirigí a Candy haciéndole cosquillas directamente.

—Pero solo un poco, casi nada —murmuró mientras trataba de zafarse de las cosquillas, cosas que logró enseguida porque las otras dos le ayudaron.

—¿Tú de qué parte estás, mamá? —me quejé.

—Yo voy en el equipo de las chicas, Mateo, se siente.

—Mateo, que te veo y te estás poniendo un poquito enfadadito —me provocaba esa adorable pitufa a quien tampoco pude evitar hacerle cosquillas, lo mismo que a mi madre, de forma que hubo para todas. En cuanto a mí, también hubo algo, porque entre las tres cogieron la almohada y me dieron para el pelo. Yo no podía imaginar un despertar más dulce y tampoco más accidentado, puesto que salí corriendo y claro, pasa lo que pasa... El golpe que me di en el dedo meñique del pie con el quicio de la puerta me hizo cantar hasta por peteneras.

—¿Qué es eso que cantas, papá? —me siguió provocando Noa, a quien le gustaba más una juerguecilla que a un tono un lápiz.

—Nada, cariño, esto es parte de un ritual para que comencemos bien el año —le respondí sintiendo tales calambres en el dedo meñique que me asombraron, ¿cómo podía doler tanto una cosita tan pequeña?

A la pata coja llegué hasta la cocina y comenzamos a preparar varias raciones generosas de churros Noa y yo...

—Papá, a los míos les voy a añadir sirope de caramelo antes de mojarlos en el chocolate, que una amiga lo hace y

dice que están muy buenos —observó la peque.

—Claro que sí, cariño, tú no te cortes. Desayuno *light* —le indicó su madre, quien se unió también al equipo churrero mientras que la mía preparaba un chocolate calentito que, de bueno que debía estar, seguro que tenía hasta propiedades curativas y era capaz de resucitar a un muerto.

Justo cuando lo íbamos colocando todo en la mesa, le pedí a Noa que fuese a llamar a Margarita, esa entrañable mujer que tampoco podía faltar en nuestra mesa en una mañana tan familiar. Además, que había hecho unas migas excelentes con mi madre y seguro que desearía despedirse de ella.

e

—Buenos días y besitos a todos —nos dijo al entrar por la puerta de lo más emocionada. Me vais a malacostumbrar, si yo no suelo tener compañía y menos tan buena —agradeció.

—Pues eso se ha acabado porque tú en esta casa eres una más, Margarita, que lo sepas —le comenté mientras le daba un beso y Noa le servía también a ella una generosa ración de churros.

l

—Jesusito de mi vida, ¿todo esto es para mí? Si aquí hay churros para un regimiento...

—Y ahora viene el chocolate —le informó Noa mientras mi madre comenzaba a servirlo en unas preciosas tazas navideñas que yo había comprado para la ocasión.

A las mujeres de mi vida, que eso eran todas ellas, no quería que les faltase un detalle y mucho menos que las rozase ni el viento. Eran “mi tesoro”, aunque cuando yo lo decía Noa se iba directa al árbol de Navidad y traía una bola en la que salía Gollum, ese esperpéntico personaje, más feo que Picio.

—Papá, menos mal que tú, aunque digas lo mismo que este, eres mucho más guapo —me decía en semejantes ocasiones.

—Sí, hija, quita eso de mi vista, que me dan hasta retorcijones de barriga —le contestaba su madre, que no podía tener más arte y ella sí que era bonita para mis ojos y para los del mundo entero.

dice que están muy buenos —observó la peque.

—Claro que sí, cariño, tú no te cortes. Desayuno *light* —le indicó su madre, quien se unió también al equipo churrero mientras que la mía preparaba un chocolate calentito que, de bueno que debía estar, seguro que tenía hasta propiedades curativas y era capaz de resucitar a un muerto.

Justo cuando lo íbamos colocando todo en la mesa, le pedí a Noa que fuese a llamar a Margarita, esa entrañable mujer que tampoco podía faltar en nuestra mesa en una mañana tan familiar. Además, que había hecho unas migas excelentes con mi madre y seguro que desearía despedirse de ella.

—Buenos días y besitos a todos —nos dijo al entrar por la puerta de lo más emocionada. Me vais a malacostumbrar, si yo no suelo tener compañía y menos tan buena —agradeció.

—Pues eso se ha acabado porque tú en esta casa eres una más, Margarita, que lo sepas —le comenté mientras le daba un beso y Noa le servía también a ella una generosa ración de churros.

—Jesusito de mi vida, ¿todo esto es para mí? Si aquí hay churros para un regimiento...

—Y ahora viene el chocolate —le informó Noa mientras mi madre comenzaba a servirlo en unas preciosas tazas navideñas que yo había comprado para la ocasión.

A las mujeres de mi vida, que eso eran todas ellas, no quería que les faltase un detalle y mucho menos que las rozase ni el viento. Eran “mi tesoro”, aunque cuando yo lo decía Noa se iba directa al árbol de Navidad y traía una bola en la que salía Gollum, ese esperpéntico personaje, más feo que Picio.

—Papá, menos mal que tú, aunque digas lo mismo que este, eres mucho más guapo —me decía en semejantes ocasiones.

—Sí, hija, quita eso de mi vista, que me dan hasta retorcijones de barriga —le contestaba su madre, que no podía tener más arte y ella sí que era bonita para mis ojos y para los del mundo entero.

Capítulo 19: Mateo



El pueblo estaba realmente bonito en una mañana en la que no debíamos cocinar, puesto que sobró una cantidad de comida del día anterior que, bien racionada, nos podría haber servido para comer un mes.

Dado que el día acompañaba y el sol alumbraba que daba gusto, decidimos salir juntos a dar un paseíto. Bueno, lo decidimos casi todos.

—Margarita, que también tienes que venir —insistía Noa ante su inicial reticencia.

—Cariño, si tú sabes que yo no salgo mucho. Me quedo en casa y, si luego me queréis subir un platito de algo, pues tan agradecida, así no cocino.

—Eso no te lo has creído ni tú —la voz de Candy sonó impetuosa. Si ella supiese cómo me ponía cada vez que la escuchaba así...

—Tesoro, mandas más que un general —rio Margarita.

—Claro que sí, mujer, porque tienen razón. Tú cógete de mi brazo y te vienes de paseo. Y ya luego, pues comes aquí con nosotros —le hizo el plan mi madre.

—Ya veo que lo tenéis todo pensado. Pues nada, vamos de paseo —asintió la mujer, dado que otra no le quedaba.

—*“En un auto feo (¡pi, pi, pi!)
Pero no me importa (¡pi, pi, pi!)
Porque llevo torta (¡pi, pi, pi!)”*

Lo que nos pudimos reír con la salida que tuvo la cría, aprovechando la frase que pronunció Margarita para enlazar con la famosa canción de Miliki.

—Anda, pero si yo creí que los niños de hoy en día no se sabían esas canciones —comenté asombrado.

—Mi niña sí, ¿o creías que le he puesto reguetón ya desde la cuna? —rio su madre—. Por encima de mi cadáver.

—No, mami, eso ya lo escucharé yo cuando tenga un móvil, ¿por mi Primera Comunión puede ser? —le preguntó con cara de pillina.

—Buen intento, pero no ha colado. Va a ser que no, que cada vez queréis los móviles antes y los padres del cole nos hemos plantado todos juntos, Hasta que no seáis mayorcitos, nada.

—Pero si yo ya soy mayorcita —refunfuñó.

—No quieras crecer tan rápido, tesoro, que la vida luego se va en un soplo —añadió Margarita.

—Tiene toda la razón. Disfruta de tu niñez, es una etapa mágica, yo se lo digo a todos los niños del hospital, Noa, a esos que no tienen tanta suerte —le hizo ver mi madre—. Ellos deben recibir a los Reyes allí.

—¿En el hospital? ¿Y eso cómo va a ser? —Noa frunció el ceño dado que tal posibilidad nunca había pasado por su infantil cabecita.

—Porque están malitos y no hay más remedio, cariño mío. Ese es el motivo de que el día de Reyes quiera pasar allí la mañana, porque les hacemos una preciosa fiesta y se lo decoramos todo para que no parezca un hospital, como si los Reyes de Oriente, a su paso, les dejasen un mágico entorno de ilusión, aparte de los regalos.

Escuchando hablar a mi madre, no me cabía duda de la pasta que estaba hecha esa mujer que en nada se parecía al ser egoísta y maligno que me hicieron creer durante años. Por el contrario, se trataba de una persona que no tenía un pan suyo y que iba repartiendo amor por allí por donde pasaba.

—Abuelita, eso es muy bonito —Noa entendió a la perfección en ese momento la suerte que tenía—. Te prometo que no me volveré a quejar por no tener un móvil cuando hay niños a quienes les falta lo más importante: la salud

Al escucharla, a su madre se le hizo un nudo en la garganta y a mí otro.

—Qué bien la has criado —le comenté con entusiasmo.

—Gracias, y a partir de ahora será más fácil teniéndote al lado. Muchas veces me las vi y me las deseé y ahora, mírame, me considero la mujer con más suerte del mundo porque estoy rodeada de amor —me confesó emocionada y con las emociones a flor de piel.

—Sí, preciosa, yo te voy a dar mucho amor... Y de múltiples formas —le aclaré por lo bajini mientras atraía su cuerpo hacia el mío.

—Ay, por favor, no me hagas eso que desprendes más calor que la sopa de tomate y me voy a fundir —me respondió sofocada, porque eso era lo que nos provocábamos mutuamente: tremendos sofocos.

—Dios mío, si es que eres irresistible. Yo no sé lo que me has dado, pero me pones, me pones...

—Te pongo taquicárdico, igual que tú a mí —reía ella—. Y ahora aprieta el paso que se van a dar cuenta de que estamos pelando la pava y se reirán tela —me decía mientras me costaba despegarme de ese cuerpo que me volvía literalmente loco, tan loco que hubiera hecho cualquier cosa por ella.

Permanecimos en la calle hasta la hora del almuerzo. El solecito invitaba a tomar algo en una terraza que abrieron pasadas las doce del mediodía y en la que se estaba de escándalo. Nos sirvieron unas olivas junto con la cervecita y los refrescos.

—Esto es ya comer por vicio —opinaba mi madre mientras degustaba las olivas.

—Suegra, es que algún vicio hay que tener, ¿o no? —le buscaba la lengua Candy, quien utilizaba el término de “suegra” de vez en cuando en el tono más cariñoso del mundo, porque ellas también se habían caído fantásticamente y yo no podía imaginar más amor concentrado en una sola familia. Cuando tenía ese tipo de pensamientos y se los comentaba a mi chica, ella me provocaba diciendo que era “un pasteloso” y yo me moría de

la risa, como con todo lo que me decía quien había entrado en mi corazón por la puerta grande.

l

.

.

1

,

la risa, como con todo lo que me decía quien había entrado en mi corazón por la puerta grande.

Capítulo 20: Candy



No podía tener más suerte por haberle encontrado y por ese ofrecimiento que me hizo de entrar en su vida sin reservas, trasladándonos directamente a su casa. Era todo un lujo, vivir con él lo sería y ese día de Año Nuevo, mientras tomábamos algo en aquella terraza los cinco juntos se me caía la baba.

Nos marchamos para casa a almorzar. Lola se volvía a la suya tras el almuerzo y queríamos aprovechar al máximo esas últimas y alegres horas, aunque los Reyes Magos ya estaban a la vuelta de la esquina y yo, como buena reina ya tenía que ir pensando con qué agasajar a los míos.

Me sentía mucho más liberada sin la presión de tener que pagar el alquiler del mes siguiente, sobra decirlo. Eso me permitiría poder hacerles mejores regalos, aparte de tener la sensación, por primera vez en la vida, de que la suerte estaba de mi lado.

Nada más llegar a casa, y mientras Noa se frotaba las manos porque se le habían olvidado los guantes y las traía muy rojitas, Mateo y yo fuimos calentando la sopa mientras las dos mujeres charlaban de sus cosas.

—Al final es como si tuviéramos dos madrazas, porque yo he recuperado a la mía y a ti te ha salido una sustituta de la tuya —me comentaba mientras notaba su aliento detrás de mi nuca, una sensación que no podía gustarme más.

—Ya te digo que sí. La mía, como madre, no servía ni para estar escondida. Y Margarita es la más detallista del globo. Yo no me voy a olvidar nunca de que ella fue la única que me cuidó cuando peor lo pasé, la que me entregó ese sobrecito con dinero para que no fuese tan a trancas y barrancas esta Navidad. Fíjate, con lo que el destino me deparaba —suspiré.

—Te noto especialmente contenta hoy...

—Es que cada día lo estoy más —le dije cogiendo un poquito de mahonesa y poniéndosela en la punta de la nariz un gesto que él repitió para luego darme un lametón en ella.

—Os he visto —estiró Noa su brazo, muerta de la risa—. No solo os dais besos, sino que también hacéis otras cositas, a lo mejor al final hacéis hasta un bebé —rio mi niña hasta que se le vio la campanilla—. A mí me gustaría...

—Noa, hija, ¿qué estás diciendo? —negué con la cabeza.

—Lo que has oído, que a ella le gustaría y a mí también —intervino Mateo que ese se volvía loquito con todo lo que le decía Noa.

—Anda, anda, que Dios os lo manda —reí porque eran tal para cual, dos loquillos.

Después del almuerzo, llegó el momento de que Lola se marchase. Nos daba cierta penita, pero sabíamos que ella estaba increíblemente contenta por tenernos en su vida y que tan solo nos despediríamos por unos días.

—Nos vemos en nada, Lola —le di un fuerte abrazo—. Cuidate mucho.

—Y tú también. Y cuida a mi hijo, por favor, que no puedo estar más satisfecha con que esté contigo.

—Abuela, ¿me dejarán algún regalito los Reyes en tu casa? —le preguntó Noa.

—Seguro que sí, aunque me dijiste que me ibas a dar una carta con tus deseos y yo no la he visto por ninguna parte, pequeña.

—Eso es porque la acabo de escribir, aquí la tienes —la miró con una amplia sonrisa mientras se la entregaba la mar de diligente—. No se te olvide echarla al buzón de los Reyes, ¿eh?

• —Suegra, a mí esta niña va a hacer que me explote la cara, mira lo roja que me estoy poniendo —le señalé —. Con todo lo que le dejarán aquí, va que chuta.

—De eso nada, hija. Si de pronto tengo una nieta, será para mimarla a placer, ¿qué te crees? Para eso estamos los abuelos.

Margarita se fue para su casa a la par que ella, por lo que nos quedamos los tres solos toda la tarde. El tiempo, de pronto, dio un giro, y si algo apetecía era eso de mantita y sofá. Cielos, cómo apetecía...

—Quiero una peli del canal de Disney —le faltó el tiempo para pedir a mi hija—. Es el mejor canal del mundo, mami, y papi lo ha puesto para mí —me recordó con orgullo.

—Ya lo sé, cariño, tú dices que no y él también lo niega, pero le sacas los ojos.

• —¿Por contratar una plataforma? Cariño, que eso no me supone nada y mira su carita de felicidad, ¿qué me dices de eso?

—Pues qué te voy a decir si ella es una pequeña chantajista y a ti te encanta ceder a sus chantajes —reí y ellos conmigo—. Vaya par que estáis hechos.

La tarde fue realmente dulce y la noche picante. Cada vez sentíamos más complicidad en la cama. Con Mateo todo era muy fácil y extremadamente placentero.

La “función” comenzó en el sofá una vez más, cuando acostó a Noa tras caer rendida sobre los cojines. Entonces vino hacia mí y yo, sin más, ya estaba mordisqueándome el labio inferior, deseando que diera rienda suelta a esa virilidad que me hacía rozar el cielo con la yema de los dedos noche tras noche.

—Ven aquí, ya eres mía —me agarró mientras me cubría de besos.

—Yo creo que ya era tuya desde hace mucho, solo que no lo sabía —le confesé mientras mi corazón comenzaba a latir a toda velocidad y las partes más íntimas de mi cuerpo rezumaban esa humedad que solo él podía provocarme.

—¡Cuidado! —le advertí al pasar por el quicio de la puerta, solo que ese día no habíamos bebido y lo esquivó

perfectamente. Lo que yo no esquivé, ni tenía la más mínima intención de hacerlo, fue cada una de las certeras estocadas que él me dio sobre una cama que cada día derrochaba más pasión.

perfectamente. Lo que yo no esquivé, ni tenía la más mínima intención de hacerlo, fue cada una de las certeras estocadas que él me dio sobre una cama que cada día derrochaba más pasión.

Capítulo 21: Mateo



Me pasé por el supermercado para ver si me podían dar un día libre para ayudar a Candy con la mudanza. Ella decía que no era necesario, porque lo último que deseaba era “molestarme”. Yo no sé cómo podía resistir sin comérmela, aunque es un decir, porque en cierta forma la degustaba lentamente cada noche, como si fuera el mejor de los manjares.

Entre en el supermercado y casi todos mis compañeros me dieron la enhorabuena por haberme emparejado con ella. Les cayó fenomenal cuando fuimos juntos a hacer la compra, algo que no era de extrañar, puesto que tenía un carácter precioso, solo comparable con su cara.

Encontré a Marisa, mi compi de la zona de embutidos, hablando con Almudena, la chica de perfumería.

—¿Y ha sido así, de la noche a la mañana? Chica, pues vaya cambio... De vivir aquí a hacerlo en Madrid va un abismo, aunque si es por vuestro bien, te acostumbrarás enseguida.

—¿Te vas, Marisa? No tenía ni idea —le comenté.

—Mira este, ni yo. Resulta que trasladan a Santi, a mi marido, a Madrid. Es una buena oportunidad para él y, la verdad, yo podría buscar algo por allí, porque aquí no me quedo, que hay mucha lagarta suelta y a un marido te lo descuida cualquiera —me soltó entre risas.

—Oye, que si te lo descuidan será porque él se deje, ¿no? —le respondí—, porque esas cosas son de dos.

—Mira lo contento que está él, como ha ligado. La verdad es que la chica lo vale, ¿eh? Oye, que lo podrías hablar con Rafa —se refirió al jefe —, porque me dijiste que ella limpiaba e igual le puede convenir más, aquí no se gana un mal sueldo.

Se me encendió la bombillita. Yo no se lo había comentado a Candy porque más orgullosa no la había y no era fácil que se dejase ayudar, pero tenía en mente que dejase de limpiar, dado que el suyo era un trabajo muy duro y quería hacerle la vida más fácil.

—Pues mira no es mala idea...

—Claro que sí, que no hace falta ser astronauta para ocupar mi puesto. Si quieres te acompaño y le digo que la chica parece un encanto, tú sabes que lo principal es ponerle buena cara al público —me ofreció.

—¿Harías eso por mí? Venga, vamos...

No me lo pensé dos veces. Hablamos con Rafa y, aunque me dijo que tendría que consultarlo y demás, no le

pareció mala idea y más cuando la marcha de Marisa era inminente y podría quedarse colgado. Aparte, no puso objeción a lo de darme el día, por lo que la jugada me salió redonda.

Salí de allí dando saltos. Candy me esperaba en casa con Noa para ir a dar una vueltecita y yo no dudé en pasar antes por la floristería para que me preparasen un buen ramo de flores con el que sorprender a mi chica.

Noa escuchó el tintineo de las llaves y vino volando hacia la puerta. Cuando me vio llegar con ellas, su carita de ilusión no tuvo precio.

—¿Son para mamá? Pues llegan en el mejor momento, porque la pillas un poco triste —me comentó rauda y veloz.

—¿Triste? Eso yo no lo pienso consentir, por supuesto que no —le dije mientras entraba corriendo a buscarla.

—Mi amor son para ti —se las entregué a salvo de una, que cogí del ramo para ponérsela en la manita a Noa, quien la olió y dio saltos de alegría.

—Pero bueno, ¿es que tú no paras? —se me abrazó del tirón—. Son preciosas, pero no deberías... Y menos ahora que me ha fallado una de las escaleras que limpio. Me da coraje porque me ahorro el alquiler, sí, pero yo quería arrimar el hombro más y de momento no sé cuándo me saldrá la siguiente. Y todo para meter a la sobrina del presidente de la comunidad, que el tío está ahí vitalicio como Juan Cuesta, qué coraje me da —resopló—. No sé lo que haría sin ti, parece que tienes un radar, ¿por eso me has traído las flores? ¿Te has figurado que me pasaba algo?

—No, ¿y sabes por qué? Porque no hará ninguna falta que te pase algo para que yo te traiga flores, mi amor. Y otra cosa te voy a decir, que igual esa chica no es la única enchufada...

—Y que lo digas, anda que no he visto yo enchufes en mi vida, aunque a mí no me habrá tocado, qué va. A mí me ha tocado dar el callo, pero bueno, ahora te tengo a ti y eso lo compensa todo. Por favor, qué ramo más bonito, te tienes que cortar ¿eh? Que esto debe haber cortado una fortuna.

—Calla, calla... Oye, y hablando de cortar, ¿a ti cómo se te da? —le pregunté.

—¿Cómo se me da cortar? ¿Cortar qué?

—Embutido, cortar embutido...

a

—Anda, pues si traes hambre, ahora mismo te preparo un bocata, pero que está todo loncheado. Menudas manos tiene tu compi, ¿no se llama Marisa?

—Esa, esa misma, Marisa, ¿y si te digo que la vas a sustituir?

—¿En qué? Mateo, ¿tú estás bien? Porque fumar no fumas, eso ya lo sé, de manera que a ver si te han dado a probar unas setas alucinógenas o algo en el supermercado.

—No, preciosa, no. Que sepas y entiendas que a mí las únicas alucinaciones me las provocas tú...

—Ay, mami, qué bonito eso que te ha dicho —se quedó embobada Noa, que era un amor de cría—. Cuando yo sea mayor, quiero un novio que me diga las mismas cosas que papi te dice a ti.

—Pues entonces ya sabes, cariño, búscate a uno que no escuche reguetón, porque esos tienen una boquita que da

miedo —le respondió su madre entre risas y llantos, porque la noticia que le di no pudo hacerla más feliz.

Había quedado con Rafa en que él nos llamaría en cuanto tuviese un huequito, si bien yo contaba con la absoluta certeza de que el resultado sería estupendo y de que ella lo haría genial.

l,

o

o

miedo —le respondió su madre entre risas y llantos, porque la noticia que le di no pudo hacerla más feliz.

Había quedado con Rafa en que él nos llamaría en cuanto tuviese un huequito, si bien yo contaba con la absoluta certeza de que el resultado sería estupendo y de que ella lo haría genial.

Capítulo 22: Candy



No podía levantarme más contenta. Estaba en el tercer día del año y ya andábamos de mudanza, ¿se podía pedir más?

El señor Estefan, quien en su momento me hizo un precio especial para echarme un cable, no me puso pega ninguna a la hora de marcharme.

—Vete tranquila, cariño, si el piso está bien y tú me lo has dejado mejor que cuando te lo entregué. Le saldrán muchos novios enseguida, no sufras por eso—me dijo cuando le llamé por teléfono.

Tenía razón ese hombre en decir que yo era un poquito sufridora, y eso sabía muy bien que pretendía remediarlo Mateo, que estaba allí como un campeón, feliz cual perdiz de ayudarme a embalar todas las cosas de mi niña y mías.

—No quiero convertir tu casa en un mercadillo, hay muchas de las que me puedo deshacer —murmuraba yo viendo que aquello era el lío del Monte Pío. Al menos, eso sí, solo se trataba de transportar nuestras pertenencias, puesto que el mobiliario del piso pertenecía a su dueño.

—Lo primero es que te deshagas solo de alguna cosa que de verdad no quieras, a todo lo demás le haremos sitio sin ningún problema. Y lo segundo es que me gustaría que comenzaras a hablar de la casa como nuestra y no como mía.

—Anda, pues si es mía, esta misma tarde le pongo un cartel de venta. Tú no sabes quién soy yo, he hecho negocios en Wallapop que deben haber sido para meterme en la cárcel —reí.

—Eres adorable, Candy, eres realmente adorable —me dijo mientras comenzaba a mirar mis labios. Ya sabía yo que algo caería en mi cama antes de dejar el piso definitivamente, porque cuando él posó así de deseosos sus ojos en mí, yo no soy de piedra y sucumbí de inmediato a esos besos que deseaba darme.

De adorable pasé a deseable, y de ahí... de ahí directamente a “follable”, para qué vamos a andar con paños calientes. Toda esa emoción que le poníamos a nuestros juegos de cama se vio reflejada en una mañana en la que entre besos, pellizcos, bromas y sexo del bueno hicimos mucho más amena la recogida de los bártulos y su posterior traslado al que sería nuestro nuevo hogar.

—Vamos a tener que espabilar o nos darán aquí las uvas del año que viene, y el señor Estefan viene esta tarde a por las llaves.

—Vale, entonces quiere decir que este siguiente es el último, ¿no? —me preguntó mientras comenzaba otra vez con la faena, pues más entregado, ardiente, chispeante y abnegado amante no lo había. Lo que podía disfrutar con

él en la cama, a ese paso yo pondría de moda la “Mateoadicción”.

Una vez lo hubimos recogido todo (y hecho el amor varias veces, que el día dio mucho de sí), vi que él miraba no demasiado convencido a lo que eran mis bolsas de ropa en sí.

—¿Eso es todo? —me preguntó arqueando una ceja.

—Pues sí, eso es todo —le contesté sin dilación.

—Es que me resulta llamativo que tengas tan poquita ropa. La de la niña abulta el doble.

—Bueno —suspiré—, es verdad que cuando he podido comprar trapitos le han caído a Noa, que además está creciendo y los necesita más. No han sido años fáciles, cariño.

—Tú sabes que las penurias económicas ya se han acabado, ¿no? —me preguntó mientras pegaba su cuerpo al mío en un gesto peligroso, porque cuando los uníamos tanto solíamos terminar enganchados.

—Lo sé, pero que tú sepas que no me pienso comer nada que sea tuyo —le contesté sin pensar.

—Vaya, qué lástima —me respondió pícaro.

—Tonto, que no me refería a eso —le tiré con un cojín.

—Ven aquí, que yo sí que te voy a comer algo tuyo, que ya en parte es también mío...

Era verme así de guerrillera y encenderse. Se le notaba a leguas y a mí... A mí me flipaba verle así. Lo había dudado al principio, lo había dudado porque en el fondo no sabía que existiesen hombres como Mateo y, de haberlo sabido, supongo que no habría creído en tener la suerte de que uno me tocara a mí. Mateo era como una lotería, pero mucho mejor todavía, porque una lotería no te abraza y te hace otras cositas que mejor no comento, porque es pensarlas y ponerme a sudar la gota gorda.

Sobra decir que nos pasamos más tiempo en la cama o en el sofá, y hasta en el suelo lo hicimos, que embaland. De hecho, cuando por la tarde llegó el casero nos pilló en pleno asalto y le hicimos esperar.

—Perdone, pero es que vi a última hora que no iban bien las tuberías y le dije a mi novio si les podía echar un vistacito para que me la desatascara, y esto estaba haciendo —le conté sin pensar y, viendo la cara de Mateo, a punto de explotar de la risa, casi exploto yo también.

Una vez en el coche, con todos los bártulos, él estalló.

—¿Tú crees que el hombre no sabía que te estaba desatascando las tuberías? Ni que se chupase el dedo —reía él a más no poder.

—Que me estás dejando cortada, hombre. Mira que eres, cielo santo si es que no paramos. Mira que me costó darte el primer meneo, ¿eh? Pero desde entonces no hemos parado, qué manera de...

—Qué manera de desearnos, cielo. Y ahora vamos a casa, a nuestra casa —remarcó el “nuestra” para que me entrara bien en la sesera — y a por nuestra niña —volvió a hacer lo mismo con ese otro “nuestra” y entonces sentí un golpe súbito de amor que me hizo desear comérmelo de nuevo en el interior de ese coche que encontramos fríos pero donde sentí un inmenso sofoco debido a mis calenturientos pensamientos, que me ha salido una rima y todo.

1

1

),

Capítulo 23: Mateo



Silbaba feliz subiendo las cajas con sus pertenencias a esa casa que hacía tanto tiempo que no compartía con nadie y a la que tanto Candy como Noa le habían dado el más mágico y navideño toque de color.

Cuando por fin las dejamos todas, nos dirigimos a la de Margarita a recoger a la niña, a quien llevaba todo el día cuidando.

—Es que ella ya es como otra abuela para mí —nos decía Noa.

—Esta niña tiene un pico de oro, Candy, yo me la como, te digo de verdad que a mí me está dando vida. Y hablando de comer, os he preparado una bandeja de pestiños para que merendéis. No es por nada, pero de siempre me han salido muy ricos. Me acuerdo de que mi Pepe siempre decía que después de Reyes, todos los años teníamos que atrasar la báscula unos cuantos kilos por culpa de mis pestiños. Claro, solo por eso y no porque él tuviese muy bien comer —recordó con cariño.

—Margarita, pero si es que estos pestiños tienen una pinta que no veas —le dije tomando uno. Nunca los había comido caseros, jamás tuve el gusto porque en mi casa, como ya comenté, la Navidad siempre pasó por debajo de la puerta, algo que no permitiría que sucediera jamás con esa otra familia que estaba creando, con ese adorable matriarcado junto al que me sentía el más feliz de los mortales.

—Pues coge unos cuantos, muchacho, que seguro que has trabajado mucho hoy, en todos los sentidos —me hizo ella la broma.

—No los he probado más ricos en la vida. No me extraña que a Pepe le encantasen, si es que tienes unas manos de oro —hasta se las besé porque así me pareció —. Y ahora, si me lo permitís, tengo que ir a hacer una cosita, pero enseguida vuelvo.

—¿Dónde vas? —me preguntó Candy extrañada al ver que salía como alma que lleva el diablo.

Yo sabía muy bien adonde iba, y ese no era otro lugar que la juguetería en la que le encargué el patinete a Noa para el día de Reyes. Resulta que la cría le había visto uno a nuestra vecinita Luna días atrás y se emperró en uno parecido.

Si algo me gustaba de Candy es que más sencilla no la había y en ningún momento quería que Noa se convirtiese en una caprichosa, en una especie de “culo veo, culo quiero”, como ella decía. Yo tampoco quería que la niña perdiese ninguno de los bonitos valores que su madre le había inculcado, pero que me aspen si era capaz de escuchar que soltase un deseo por la boca y no cumplírselo.

—Aquí lo tienes, flamante, un último modelo que le va a encantar a la cría —me lo enseñó Germán el juguetero y

yo afirmé porque era uno idéntico al de Luna, el que Noa quería justamente.

—Muy bien. Oye, y te iba a pedir un favor. Verás, ¿habría alguna posibilidad de que...?

—¿De que lo dejaras aquí hasta la noche de Reyes? ¿Es eso lo que me vas a preguntar?

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Será porque llevo cuarenta años en el oficio? Esa noche no cierro hasta casi la madrugada. Casi todos los padres dejan algunos juguetes aquí, esos que no desean que sus hijos puedan descubrir de antemano, poniendo en jaque a la magia de la Navidad. Bien se nota que eres primerizo —me dio una palmadita en el hombro—. Se te nota la ilusión en la cara y eso es lo único que se necesita para ser buen padre, te lo digo yo que junto con mi Teresa hemos criado siete y ya vamos por dos docenas de nietos, con eso te lo digo todo.

A Germán le conocía de siempre y el hombre era uno de los muchos vecinos que se alegraban de mi historia con Candy, hasta el punto de que se emocionó días atrás cuando fui a encargarle el patinete y se la conté.

Salí con gran satisfacción de la juguetería. Me sentía muy feliz y orgulloso del papel que Candy me había dejado desempeñar en la vida de ella y de su hija. Era como la culminación de un sueño, como si se tratase de un bonito cuento navideño con final feliz, un espléndido cuento que tenía mucho de real y que dibujaba una continua sonrisa en mi rostro.

Ella no sabía nada de que le hubiese encargado el patinete a Noa y sería para escucharle el piquito cuando me viera aparecer con él en un par de noches, deseoso de que aquella Navidad fuese la más increíble que la cría pudiese recordar y, por supuesto, que no sería solo por los regalos, por mucho que estos ayudaran a sacarle la más bonita de todas las sonrisas, esa que parecía una réplica exacta de la de su mami.

Las encontré a ambas dando buena cuenta de los pestiños de Margarita, que yo volví a degustar también, y de allí nos fuimos para casa, para organizarlo todo.

Noa estuvo ordenando su dormitorio y yo le hice la sugerencia a su madre de que podríamos comprarle uno nuevo.

—¿Qué parte de que no quiero que gastes ni un céntimo más de tu dinero es la que no has entendido? —me respondió con un suspiro, porque decía que en ese sentido no podía conmigo.

—Pero es que te prometo que...

—Que detrás de ese gasto ya no vendrá ninguno más. Hasta que llegue el siguiente, claro. A otro perro con ese hueso, Mateo, que yo ya no te creo.

—Mira, eso también rima —me hice el gracioso mientras buscaba su aprobación—, ¿se lo preguntamos a ella?

—¡Ni se te ocurra! ¡Es que te lo prohíbo! —me advirtió mientras, eso sí que lo agradecí, sellaba mis labios con uno de esos revitalizantes besos suyos... Con unos besos que me daban vida y que jamás pensé que pudieran endulzarme tanto.

A la hora de la cena allí no había pasado nada. Quiero decir que todo estaba perfectamente ordenado, dando así el pistoletazo de salida a una nueva vida; una vida que a todos nos entusiasmaba y que tenía la absoluta certeza de que nos depararía innumerables alegrías.

Capítulo 24: Candy



Mateo trabajaba esa mañana y yo quise aportar mi granito de arena en la casa, ya que las ventanas contaban con manchitas de esas de las que deja la lluvia cuando, en vez de caer a cántaros, cae en forma de ligero chispeo y lo termina por ensuciar todo.

—Yo te ayudo, mami —se ofreció mi niña en cuanto me vio con los guantes puestos y la bayeta limpiacristales. Si a algo estaba yo acostumbrada en el mundo era a limpiar y, aun así, siempre me gustó proteger mis manos, porque una cosa no quita la otra y yo, aun en mis peores momentos, fui coqueta.

Si me viera Mateo diría que mejor que saliera a dar un paseo con la niña, pero para mí no suponía ningún esfuerzo y qué diantres, que no sabía cómo agradecerle todo lo que estaba haciendo por nosotras.

Llevaba un ratito con mi niña, friega que te friega, como si fuéramos el señor Miyagi y el pequeño saltamontes, dando cera y puliendo cera, cuando la madre de Luna, la nueva amigueta de Noa, llamó a la puerta.

—Candy, te aviso a ti porque no sé a quién decírselo, pero Margarita se ha caído en la puerta de la panadería —me informó.

No un calambre, sino una especie de mortal descarga eléctrica recorrió mi cuerpo al completo. Sin llevar ni a quitarme los guantes, tomé a Noa de la mano y salí corriendo con ella, cerrando el portón de un golpe.

En otra ocasión, mi niña habría hecho una broma sobre que corriésemos como dos liebres, pero no fue el caso. Noa entendió que el horno no estaba para bollos y menos cuando ella misma se llevó un enorme disgusto al escuchar a esa mujer.

Llegamos y un par de personas estaban a su lado. La habían sentado en la panadería y Margarita estaba amarillita como la cera.

—No hemos visto nada, solo que la mujer se ha caído y...

Nadie supo darme ninguna explicación a eso que tanto me preocupaba. No pudo hacerlo ni siquiera la pobre Margarita, quien parecía confundida.

—El asunto es que ya estoy mejor, hija, si me quieres ayudar, llévame a casa.

—De ninguna manera hasta que no te vea un médico, Margarita. Tú ya tienes tus añitos y yo no pienso admitir que...

—Hija, no me acomplejes, que tampoco iba yo de azafata en el Arca de Noé —me dijo y sacó la risa de mi niña,

esa misma que estaba callada como en misa hasta ese justo instante, y eso que a ella no había quien la callase.

—Ya está mejor, mami, te está diciendo la verdad —opinó.

—Y lo sé, cariño, pero aun así insisto en que la vea un médico. Una caída así tan tonta no la entiendo, porque además es que parece desorientada.

—No le echés más cuenta, por favor, Candy, que estoy bien —insistió.

—Lo siento mucho, pero esto no se puede quedar así. Voy a llamar a una ambulancia y...

—Cariño, ya —me cogió de la mano y me desconcertó—. No quiero que llames a ningún lado porque si me he caído ha sido al llevarme un disgusto, de la pataleta que me ha entrado, vaya —me confesó.

Me quedé muerta en la piedra, como se suele decir, ¿quién había sido el malnacido que la había disgustado así? Me costó que soltase prenda, pero ante mi negativa a dejar las cosas como estaban, Margarita terminó por vomitar no literalmente, sino por decir el nombre de la susodicha malnacida, porque era mujer y, para colmo de males, mi madre.

Sí, ella, rabiosa porque aquel día Margarita le cantase las cuarenta bien cantadas, había tenido los santos ovarios de formarle una buena zapatista al cruzársela, cuando mi querida vecina salía de la panadería.

Yo ignoraba por completo a qué había venido, porque a vernos a nosotras no sería, pero el encuentro se produjo y el resultado pudo ser fatal.

Margarita, conociéndome, me pidió que me olvidase del tema. Por supuesto que recurrí a una mentirijilla piadosa y le aseguré que correría un tupido velo sobre tan feo asunto, uno que no pensaba correr ni en broma, porque estaba harta de que a esa tiparraca se le llenase la boca diciendo que era mi madre cuando por mí no hizo jamás ni el huevo. Vaya, que eso se iba a terminar y punto redondo.

Con todo el cuidado y el mimo del mundo, logré al menos pasar con ella por el centro de salud. Le tomaron la tensión y resultó tenerla muy alta a consecuencia de lo soliviantada que estaba, de manera que respiré más tranquila cuando me dijeron que solo se trataba de eso y que una pastillita regularía tal situación.

Me la llevé a casa, qué duda cabe, y la dejé al cargo de Noa mientras yo preparaba un delicioso puchero para que lo almorzáramos todos.

—Esto quita las tapaderas del sentido, Margarita, te va a sentar divinamente —disimulaba yo el berrinche interno que tenía y que me llevaba a querer dar botes.

—Huele que alimenta, hija.

—Pues ya verás cuando le eche sus taquitos de jamón ibérico y sus huevos duros. Un plato de estos, cada pocos días, es un seguro de vida, Margarita, te lo digo yo.

Pocas veces me alteré tanto en la vida como ese día en el que además comprendí que no podía perder los estribos, sobre todo por no causarle un mayor perjuicio a esa buena señora. Por lo visto, mi madre se despachó a gusto con ella, aunque no sabía los detalles porque no quiso dármelos.

Mi niña la cuidaba con primor mientras yo le daba cháchara. No podía hacer más hasta la hora de la siesta, en la que aprovecharía para dejarla descansando al cuidado de Mateo y Noa mientras yo le ajustaba las cuentas a la

p  cora de mi madre.

;

pécora de mi madre.

Capítulo 25: Candy



Mateo no estuvo en absoluto de acuerdo con que fuese sola, pero terminó por respetar mi decisión.

—Es algo que debe hacer mi menda lerenda —le comenté—. Si mi madre me ve aparecer contigo pensará que le tengo miedo y que necesito refuerzos, y va a ser que no. Además, que necesito que te quedes con Margarita y con la niña —le decía por lo bajini porque ella se había quedado dormidita.

—Está bien, cariño, lo entiendo, aunque no me haga ni pizca de gracia. Al menos, eso sí, te agradezco mucho que no me lo ocultes.

—Es que ya quedamos en que no nos ocultaríamos nada, que después llegan las preocupaciones innecesarias —le hice ver.

—Eso es verdad, amor, pero ten cuidado.

—Tranquilo, que solo voy a leerle la cartilla a mi madre, no a una velada de esas de boxeo de las que organiza Ibai Llanos —le guiñé el ojo—. De veras que estaré bien.

Mis zancadas eran tremendas, lo que pude correr hasta llegar a la casa de mi madre fue propio de un entrenamiento para las olimpiadas. Cuando alcancé su timbre, lo pulsé hasta casi quemarlo.

—Ya va, ya va, qué barbaridad —se quejó ella sin saber quién estaba al otro lado.

—¿Tú quién te has creído que eres para emprenderla así contra Margarita? —le pregunté a modo de buenas tardes dado que no las merecía.

—Anda, si es la renegada de mi hija. No aparece para ver a su madre en todas las Navidades y viene ahora, a formarme una zapatista. Cría cuervos para esto, para que te saquen los ojos.

—Tú no has criado un cuervo, tú has criado una hija que nunca ha podido contar contigo, lo mismo que tu nieta —le aclaré de inmediato.

—Es que yo no tengo la culpa de que tú fueras tan ligerita de cascos y te quedases embarazada a la primera de cambio. Lo que está claro es que yo no tenía por qué hipotecar mi vida por eso, soy joven y tengo...

—Tus planes, ya lo sé mamá. Y lo sé más que nada porque me lo llevas refregando toda la vida por la cara. Si alguna vez me has hecho un favor con la niña, te lo has cobrado con creces, soltándome eso como un disco rayado. Yo no digo que no tengas derecho a hacerlos, solo digo que, cuando una es buena persona, hay tiempo para todo. Y es evidente que, si tú no lo has tenido, es porque Noa y yo te importamos un pimiento.

—Eso lo estás diciendo tú, no yo...

—Eso lo saben hasta los hebreos porque se deduce de tu actitud, mamá. Llevo muchos años tragándome sapos y ya no me trago ni uno más...

—La tía esa te ha puesto en mí contra, eso es lo que ha pasado...

—Se llama Margarita y, para tu información, no me ha puesto en tu contra porque es una señora, algo que tú no tienes ni idea de lo que significa...

—No, si ahora tendrá más mérito ella que yo, que te he parido.

—Parir es algo inevitable. Una lo hace o revienta, pero ser madre es algo muy distinto...

—Ya, ahora venís a darme lecciones: ella que no tiene hijos y tú, que eres una niñata.

—Sin tener hijos, Margarita es mucho más madre que tú porque tiene el instinto maternal que a ti te falta. En cuanto a mí, no soy ni he sido nunca una niñata. Y no te voy a dar carrete, mamá, porque tú quieres generar una enorme polémica y no te dará el gusto. No sé qué le habrás dicho a Margarita para ponerla así de mal, pero sí te advierto que es la última vez en tu vida que te diriges a ella o...

—¿O qué? ¿Es que acaso me vas a pegar? Solo faltaría.

—No, yo no soy como tú, mamá. Yo solo te advierto de que si vuelves a acercarte a ella denunciaré el acoso ante las autoridades. De esta, te metes en un lío, te lo prometo.

—¿Me estás amenazando? ¿La prefieres a ella que a mí? Porque si es así, ya te puedes ir olvidando de que...

—¿De que tengo una madre? No me hagas reír, porque eso no lo he tenido nunca. Eres tú quien desde hoy debe hacerse a la idea de que no tiene ni hija ni nieta, y quien sale perdiendo, de paso, puesto que tú sí que las tenías —le aseguré dando tal portazo que resonó en todo el bloque.

Me marché de su casa tan campante. La última vez que la vi no le planté cara como debía y fue Margarita quien le puso a caldo, lo cual me pesó. Y encima mi madre aprovechó para atacarla.

,

A los míos, lo tenía muy claro, no me los tocaba nadie. Eso iba pensando con una sonrisa en los labios mientras andaba hacia nuestra casa. Como le aseguré, nada había perdido porque yo a ella no la tenía. Sin embargo, últimamente había hecho unos fichajes en mi vida que me llenaban de orgullo y satisfacción, como diría el rey emérito.

A la desastrosa relación con mi madre, a esa penosa historia, le puse aquel día punto final. Mateo lo supo en cuanto abrí la puerta y me eché en sus brazos.

—¿Todo bien, mi niña? —me preguntó mientras me acariciaba el rostro.

—Todo genial, cariño. Todo mejor que nunca, ahora sí que las cosas irán sobre raíles —le confesé con las lágrimas de emoción a punto de rodar por mis mejillas.

—Te voy a cuidar tanto que cualquier mal recuerdo desaparecerá de esta cabecita tuya, te lo prometo —me la besó—. Te doy mi palabra de honor.

—Te vuelvo a preguntar, Mateo, ¿tú eres de verdad? —le ofrecí la más espléndida de mis sonrisas al hombre que me hacía dichosa 24/7, al que dio el más romántico e impresionante giro a mi vida.

—Te vuelvo a preguntar, Mateo, ¿tú eres de verdad? —le ofrecí la más espléndida de mis sonrisas al hombre que me hacía dichosa 24/7, al que dio el más romántico e impresionante giro a mi vida.

Capítulo 26: Candy



Me levanté contenta porque había cerrado el día anterior un episodio de mi vida de lo más complicado y también porque Margarita, a la que insistimos a tope para que se quedase a dormir en la cama de Noa, pasó una noche apacible.

—Hija, si no hace ninguna falta que me tomen la tensión ya hoy, me encuentro divinamente —me decía.

—Y yo lo sé, pero hasta Lola, a quien se lo hemos comentado, nos ha dicho que te llevemos a la farmacia para tomártela. Venga, a desayunar y vamos dando un paseo —le pedí.

Por suerte, la tensión la tenía genial, no se equivocó, y un ratito después ya estábamos de vuelta.

—¿Te has convencido ya? Pues deja que vaya a mi casa y haz tus cosas.

—Vale, pero ante cualquier cosita...

—Te llamo de inmediato, no te preocupes.

No había pasado ni media hora, cuando ya estaba yo de nuevo inmersa en la faena de tratar de limpiar los cristales con Noa, y entonces Mateo me llamó.

—Cariño, que dice Rafa que te vengas, que te quiere ver ahora mismo.

—¿Ahora? Ay, Dios mío, si no estoy preparada, ¡y tengo unos pelos!

—Si el puesto no es para un anuncio de champú—me tranquilizó—. Que se te va a dar genial. Tú solo tienes que mostrarle el agrado con el que tratas a la gente y él comprenderá que eres un mirlo blanco. Venga, que te espero aquí.

Me suponía una enorme responsabilidad porque Mateo me había propuesto para el puesto de charcutera y no quería defraudarle. Se me partiría el alma cuando él me lo daba todo, pero es que para cortar nada estaba yo... ¡si las manos me temblaban como dos hojas! Vaya mala pata.

Subí a Noa con Margarita, quien se puso tan contenta por todo.

—Me encanta que me dejes a la cría, ya lo sabes, y me encanta también que sea por ese motivo. Ay, qué emoción, ya sé yo quién me va a cortar el jamoncito del bueno cuando vaya a comprarlo —me decía con esa sonrisa que tenía el poder de serenarme.

—Margarita, eso será si sobrevivo, porque voy atacada de los nervios.

—¿Atacada tú? Atacados pondrás a los clientes con lo guapísima que eres. Venga, tesoro, confía en ti, que en peores plazas has toreado y, a partir de ahora, todo te saldrá a pedir de boca.

La boca la llevaba yo seca por el camino con esas manos que me temblaban sin remedio, parecía que tenía cuatro en vez de dos. Mateo me esperaba en la puerta y me las besó.

—Tranquila, amor, que Rafa es muy buena gente y ya está prácticamente convencido —me animó.

—Eso será hasta que vea el temblor que traigo, que me hará no apta para el puesto.

—Ven aquí, que te las vuelvo a besar y se quedarán quietas.

—Sí, claro, me estás vacilando —le indiqué hasta que comprobé con mis propios ojos que tenía razón, que ya no temblaban.

Entré y, para mayor tranquilidad, Rafa lo que hizo fue entrevistarme, nada de pruebas.

—Aquí lo importante es el talante de la gente, porque lo demás todo se aprende, pero si eres una de esas personas con cara de haber ingerido un bote de pepinillos podridos, pues la cosa se complica por muy habilidosa que seas. Veo que no es tu caso, la charcutería se va a llenar a partir de ahora, estoy seguro.

—¿Eso es un sí? ¿El puesto es mío? —le pregunté hecha un manojito de nervios.

—Pues claro que sí, mujer, ¿tú cuándo puedes empezar?

—¿Yo? Ayer —bromeé.

—Pues disfruta de lo que te traigan los Reyes y ya nos vemos después.

—¿De lo que me traigan los Reyes? Si es una pasada, me han traído hasta un puesto de trabajo por adelantado. Yo estoy que no me lo creo.

—Pues será porque te lo mereces. Y ahora ve y díselo a Mateo, que también se merecía ya que le pasara alguna cosita buena. Es más, voy a descorchar una botella de champán para que brindemos todos por tu incorporación.

No podía haber entrado con mejor pie. Mateo ya me había contado que él siempre trabajo allí muy a gusto, algo que comprobé con mis propios ojos. Cada vez estaba más contenta y pensando que ese sí que era un cuento de Navidad con final feliz y que esas fechas tan entrañables pasarían a ser, a partir de ese año, mis favoritas.

—Te dije que el puesto sería tuyo, si es que vales un potosí —me decía él mientras agarraba mi cintura, de lo más orgulloso. Mateo presumía de mí y yo... Yo es que me lo quería comer a cualquier hora del día, tuviese apetito o no.

Esa noche fuimos a celebrarlo con Margarita. Yo preparé un asado para el que compramos la carne en el supermercado y lo llevé humeante, todavía en la bandeja del horno, con sus patatas panaderas.

—Yo ya tengo muchos años, hija, pero si os empeñáis en cuidarme así, voy a vivir unos cuantos siglos —me decía ella agradecida, porque era una de sus comidas favoritas y porque a mí no me costaba nada darle ese gusto a la mujer que tanto y tanto había hecho por nosotras.

La cita con los Reyes Magos estaba al caer, aunque a mí ya no me quedaba nada por pedirles. Todos mis sueños se iban cumpliendo de antemano y no podía sentirme más feliz. Yo, que nunca creí demasiado en que la vida me deparase algo bueno, estaba comprobando que no era algo bueno, sino superior, lo que me ofrecía en bandeja de plata. Y solo podía agradecer, agradecer y agradecer más todavía.

Capítulo 27: Candy

Y por fin llegó la mañana del día cinco, víspera de esa cita ineludible para niños y mayores, esa en la que los Reyes Magos se dejan caer casa por casa en una madrugada mágica en la que reparten una generosa porción de ilusión en cada uno de sus regalos.

La niña estaba que daba botes de alegría y no era para menos porque la vida nos había dado un giro de ciento ochenta grados. Puedo prometer que siempre procuré que a Noa no le faltase de nada y que, en lo esencial, lo conseguí, aunque no podía llegar a todo y ciertas carencias eran inevitables. Hasta que llegó Mateo, ese Mateo que me enamoró desde el minuto cero y que lo estaba apostando todo por nosotras. De hecho, una nueva demostración estaba en marcha.

Le dábamos los últimos toques a los cristales, que esa mañana sí que me empeñé en dejarlos como los chorros del oro (no esperaba ya ninguna interrupción) cuando de pronto picaron a la puerta.

—Voy yo—se ofreció Noa, que estaba ayudándome.

—No, cariño, que puede ser un desconocido, tú quédate aquí—le dije mientras me quitaba los guantes para ir a abrir.

No hace falta que diga que, cuando vi aquella cantidad de cajas y un par de montadores que las portaban, pensé que se trataba de una equivocación.

—Lo siento, aquí no es. No esperamos nada.

—Sí, sí que es. Mateo ya nos dijo que te sorprendería, pero que se trata de un dormitorio para la niña, ¿podemos entrar?

Me quedé con las patas hechas trancas, no puedo decir lo contrario. Cierto que los muebles que Alba tenía en su dormitorio no eran infantiles, pero aun así no podía entender la jugada. Agarré el teléfono y él descolgó también sobre la marcha, estaba esperando mi llamada.

—Preciosa, ¿han llegado ya? —me preguntó entre risas.

—Pero bueno, ¿es que estás loco? —le pregunté contagiándome de su risa.

—Por supuesto, loco por ti, ¿aún no te lo había dicho? Pues no tengo perdón de Dios, porque me tienes que me va a dar algo—rio más.

—A mí sí que me dará algo, ¿tú crees que esto es normal?

—Normal no, yo lo he visto en la tienda de muebles y es una maravilla. Dile a Noa que se trata del mismo que tiene Luna.

a
—¿Te lo ha pedido ella? A mí me da, te prometo que me da.

—Pobre mía, Dios la libre, ella solo me dijo que el de su amiguita era el dormitorio más bonito del mundo, y yo le pregunté a su madre dónde lo había comprado, fin de la historia.

Tenía activado el modo manos libres para que Noa lo escuchase, y la vi ponerse más roja que un tomate.

—¿Seguro que esta renacuaja no dijo nada más? Porque la conozco como si la hubiera parido —ironicé—, y aquí me huele a chamusquina.

—Pues si te huele mal, luego te llevo un ambientador que dicen mis compis que es gloria, que está causando furor entre los clientes —bromeó.

—¿Furor? No sé lo que os hago, ¿eh? A los dos, a ti y a la niña...

^e—Pues dado que te veo con ganas y si fueras tan amable, yo moriría porque nos hicieras esa pasta a la carbonara ¹que dices que te sale exquisita —me pidió mientras colgaba, el muy tunante de él.

Los montadores me miraban con cara de que no tenían todo el día.

—Va, va, montadlo, ¿qué se va a hacer? —me encogí de hombros mientras mi niña, que estaba como agazapada hasta ese momento, comenzó a dar saltos.

—Menos saltos, mona, ¿seguro que tú no le dijiste nada más sobre el dormitorio? —le pregunté porque si algo no sabía hacer Noa en el mundo era mentirme.

—Bueno, mami —se giraba nerviosa de un lado a otro—, puede que yo le dijese que en un dormitorio como ese me sentiría la niña más feliz del mundo, pero no lo hice mal, porque tú siempre me dices que lo importante es no mentir y yo se lo dije de verdad —me confesó.

No podía ser, aquellos dos se habían aliado contra mí y yo tenía que rendirme a la evidencia. Por el amor del cielo si es que todo aquello no podía estar pasando. Cada día llegaba una sorpresa buena, yo no estaba acostumbrada a tanto.

Para ver la carita de Noa cuando los montadores fueron avanzando y ultimaron los muebles de aquel precioso dormitorio lacado en blanco con motivos de unicornios que hacían las delicias de mi niña. Ciertamente que esos muebles, entre los que no faltaba un precioso tocador con su espejo y todo para que ella diera el toque a sus estilismos, era como de cuento, por lo que encajaba a la perfección con ese que estábamos viviendo aquella Navidad tan especial.

—Mamá, ¿no es el más bonito del mundo? —me preguntaba ella hasta con lágrimas de felicidad en los ojos cuando por fin se marcharon y todo estuvo colocado.

ⁱ —Es un sueño, cariño mío, es un sueño. Eso sí, a partir de ahora pico de cera, ¿me oyes Noa?

—¿Qué significa eso, mami?

—Pues que la boquita callada y no se pide más, ¿me oyes? Que al pobre Mateo le vamos a arruinar a este paso —la abracé fuerte—. Ven aquí, mona.

De nuevo otra sorpresa más. Qué poquito tenía que ver ese dormitorio con nada de lo que mi niña tuviese hasta el momento, ¿cómo no iba a estar Noa feliz? Y lo mejor de todo es que en aquella casa, donde estaba descubriendo un mundo mucho más bonito, se respiraba amor por todos los rincones, y eso era lo más importante de todo.

2

Al mediodía llegó Mateo y mi hija se fundió con él en un inmenso abrazo.

—¡Eres el mejor papi del mundo! —exclamó.

—Espera anda, que voy por los pañuelos de papel, que veo que ya se te ha metido otra vez algo en un ojo —le decía yo en tono burlón, sobre todo para que no se notara que a mí me estaba sucediendo lo mismo. Mateo tenía el poder de conmoverme y lo utilizaba día sí y día también.

:

),

Al mediodía llegó Mateo y mi hija se fundió con él en un inmenso abrazo.

—¡Eres el mejor papi del mundo! —exclamó.

—Espera anda, que voy por los pañuelos de papel, que veo que ya se te ha metido otra vez algo en un ojo —le decía yo en tono burlón, sobre todo para que no se notara que a mí me estaba sucediendo lo mismo. Mateo tenía el poder de conmoverme y lo utilizaba día sí y día también.

Capítulo 28: Mateo



Nunca, jamás en la vida había experimentado mayor emoción que aquella que me producía ver la cabalgata de Reyes Magos con mis dos chicas preferidas, con esas que me tenían enamorado hasta el tuétano.

—Antes cayeron unas gotitas, corazón, cuando venía hacia acá. Espero que no vuelva a llover, pero os podríais llevar los chubasqueros por si acaso —le advertí a Candy.

—No creo, ¿no? Supongo que habrán sido cuatro gotas, porque apenas han manchado los cristales. Y menos mal, porque suena a broma...

—Bueno, pero por si acaso —le repetí porque nada en el mundo me gustaba más que mimarlas y protegerlas.

—Vale, pues para la cría, porque yo chubasquero no tengo —me comentó mientras la iba preparando.

—¿No?

—No, y te advierto que como se te ocurra comprarme uno, la vamos a tener tú y yo... Aquí la página de Amazon no se abre más en estos días —me soltó sin pensarlo demasiado.

—¿Y quién la ha abierto? Porque yo no he sido —le pregunté con la sonrisilla en los labios.

—Ah, pues ni idea —se hizo la tonta.

Yo no quería ni pensarlo, no quería pensar en que me hubiese comprado ese reloj que vi días atrás y que le comenté que era chulo, puesto que, sin llegar a valer un pastizal, sí costaba un dinerito y no quería que ella se gastase lo poquito que tenía. Yo es que los coleccionaba y tenía bastantes... Respiré hondo porque, si ya estaba hecho, hecho estaba. Menos mal que a Candy no le faltaría nada mientras yo pudiese evitarlo, lo mismo que a la niña, aparte de que ya comenzaba a trabajar en el supermercado y soñaba con la primera nómina en condiciones de su vida.

Salimos de la casa y nos encontramos con los padres de Luna, que también iban con su hija en la misma dirección ¿en qué otra dirección podrían ir en una tarde mágica como aquella para los pequeños de la casa?

Nos llevábamos bien con ellos, razón por la cual no nos importó en absoluto ir a ver la cabalgata juntos, con las niñas de la mano como se cogieron de inmediato.

—Luna lleva su paraguas para coger más caramelos —nos comentó su madre—. No ha habido manera de que lo dejase en casa, y eso que le hemos dicho que no se puede comer tanto dulce, que luego son los dolores de tripa.

Retorcijones de vientre me entraron a mí en el momento de escucharlo, puesto que me había dejado un pastizal en la tienda de chuches del pueblo, para esa noche dibujar un camino de chuches y chocolates desde la camita de Noa hasta el árbol de Navidad. En fin, que su madre se los racionaría mientras me vistiese a mí de limpio, pero es que no pude resistirme. Conforme iba y venía del trabajo en aquellos días, les fui comprando diversos regalos con los que les obsequiaría en una mañana mágica como la de Reyes.

Según avanzábamos hasta el centro del pueblo, nos íbamos uniendo a más y más padres que iban con sus hijos. Nuestro ayuntamiento ponía toda la carne en el asador para que la cabalgata fuese un éxito. Tenía fama de no haberla más bonita en los alrededores, de manera que también venía gente de fuera y la plaza estaba de bote en bote, dado que era el lugar del que partía.

—Hay que tener mucho cuidado con las niñas, no se nos vayan a perder —me comentó Candy, siempre atenta.

—Ni en broma, cariño, yo les estoy echando un ojo en todo momento.

—Es que aquí no cabe un alfiler, qué barbaridad, cada año viene más gente —me comentaba ella.

—Eso es porque nuestra cabalgata es preciosa, así que tú solo disfruta.

Ya estaba en marcha y las niñas comenzaron a dar saltitos, totalmente nerviosas.

—Mamá, ¿y si me compráis a mí otro paraguas? El mío se partió y por eso no lo hemos traído —le preguntó la chiquitina.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho? ¡Ahora mismo voy a por uno! —me ofrecí.

—No, cariño, que no merece la pena. Si Luna va a coger mogollón en el suyo, su madre dice que los repartan.

—Ya, pero Noa quiere el suyo propio, es normal. Vuelvo en un periquete —le dije mientras le daba un beso en la frente y ella negaba con la cabeza porque, en lo referente a darles un gusto, no me paraba nadie.

Salí disparado a una tiendecita de toda la vida que había en la esquina de la plaza y la amable tendera, Mercedes, una señora mayor, me ofreció varios.

—Este vale más porque es más cuco, mira tiene dibujos de unicornios —me convenció del tirón porque yo sabía que esos animalitos mitológicos tan coloridos le fascinaban a Noa, de ahí que estuviese tan encantada con su dormitorio.

—Ese, ese, me da igual lo que cueste —le pedí mientras sacaba la cartera.

—Pues si te da igual, me pagas un millón de euros por él, Mateo, y en paz.

—Ya me gustaría y así te retirabas, Mercedes —le aseguré porque ya peinaba muchas canas y no le tocaba trabajar.

—Ya lo sé, cariño, siempre has sido muy buen niño. Te he visto pasar ante con ellas, por fin has encontrado el amor.

—Y el paraguas, Mercedes, me voy o me cortan el cuello —le hice el gesto y ella sonrió—. Que se porten muy bien Sus Majestades de Oriente contigo —me despedí.

¡Paraguas en manos, llegué corriendo hasta donde estaba mi chica y, contra todo pronóstico, me la encontré achillando.

—¡No está, Noa no está! —me agarró por la pechera histérica— ¡Alguien se la ha llevado!

El paraguas se me cayó al suelo en un momento angustioso en el que el mundo se paró a mis pies.

—¿Se la han llevado? Eso no puede ser —murmuré atónito.

—Es que Noa llevaba un chubasquero amarillo como el de Amaya —añadió Luna y yo me quedé a cuadros.

—¿Quién es Amaya? —le pregunté a la pequeña.

—Anda, por favor, no le hagas caso a mi niña, que tiene muchos pajaritos en la cabeza, es la niña de la serie esa, la de *“La chica de nieve”*.

—¡Es verdad! ¡Ay, Dios mío! Yo no había caído, he atraído la desgracia yo solita —opinó Candy.

—No digas eso, cariño, que no tiene ningún sentido —traté de tranquilizarla, pues estaba al borde del síncope.

—Que sí, que yo soy un poquillo supersticiosa y tenía que haber tirado el chubasquero cuando vi la serie, que a la niña la secuestraban viendo la cabalgata de Reyes. Ay, ¡mi madre! —soltó ella.

—Cariño, tranquilízate que la vamos a encontrar ya mismo —le decía yo abriéndome paso entre la gente.

—Espera, espera, he dicho mi madre, ¿no? —se paró ella aterrorizada.

—Sí, amor, es un decir...

—No, no lo es. Me da, estoy hiperventilando ¿y si se la ha llevado mi madre? —me preguntó sin aliento con una total angustia recorriendo su cuerpo.

—Eso no tiene ningún sentido. Con todos mis respetos, tu madre no se ha preocupado jamás de Noa, ¿para qué habría querido llevársela?

—Por venganza. Yo piqué a su puerta y la puse tibia. Le dije que hasta ahí habíamos llegado y ella sabe que es verdad. Igual ha hecho esto para castigarme, para darme donde más me duela. Yo ya no la reconozco, no desde que abordó a Margarita y a la mujer hasta se le subió la tensión. Mi madre está fuera de sí y yo... Yo no sé lo que le hago si...

—Cálmate, mi amor. Pase lo que pase, seguro que la vamos a encontrar, te lo prometo —la abracé.

—No puedes saberlo, Mateo, tú no puedes saberlo —comenzó a llorar con ganas—, ojalá pudieras, pero yo siento una presión en el pecho y tengo un mal palpito.

—No es un palpito, es miedo, y no es real, ¡vamos a buscarla!

Sin más, corrí hacia el principio de la cabalgata y, tras hablar un momento con la policía, me dejaron subirme a ella. Yo no me había visto en otra en la vida, y menos en el momento en el que se hizo el silencio, porque todo el mundo se calló y yo grité con todas mis fuerzas.

—¿Se ha perdido una niña con un chubasquero amarillo! ¿Alguien la ha visto?

—¿Es una broma? —me preguntó un chico—. Ahora solo falta que digas que se llama Amaya y que lleva una careta de conejo.

La serie había hecho furor y mucha gente la conocía, pero vaya, que había que tener poco talento para pensar que yo no iba en serio.

—¡No! ¡Se llama Noa! ¡Por favor, ayudadnos a buscarla! ¡Estamos desesperados! —les chillé.

No hubo nadie que no se movilizara y más cuando vieron que la policía comenzaba a hacerlo.

—Mateo, eso que has hecho es muy grande —me abrazó Candy, tan asustada como estaba.

—Eso no es nada para lo que haré hasta que aparezca, el pueblo lo pienso poner patas arriba, palabrita.

Para ver el plan, porque hasta los Reyes Magos se bajaron de sus carrozas y, sujetándose sus coronas mientras trataban de no pisarse túnicas y capas, corrían de un lado para otro como el resto.

—¡La niña está aquí! —se escuchó de repente en la plaza y todos nos paramos.

Quien así hablaba era Mercedes, la tendera, que salió con Noa de la mano, la cual corrió hacia su madre con lágrimas en los ojos al ver la que se había liado.

—¡Ha aparecido! ¡Mateo, ha aparecido! —chillaba feliz Candy mientras la cogía en brazos y se la comía a besos.

—Mami, ¿estás asustada? —le preguntó ella.

—Cariño, digamos que problemas de estreñimiento no pienso tener en los próximos días, ¿alguien te hizo algo? ¡Creí que te habían secuestrado!

—Que no, mamá, ¿cómo me van a secuestrar? —rió—. Es que quise ir a ver qué paraguas me compraba papá, porque tardaba un poquito, y cuando llegué a la tienda ya se había ido. Mercedes me dio caramelos y me dijo que llamaría a la policía, pero no le dio tiempo porque vimos a papá subido a una carroza, ¡ha sido una pasada! ¡Papá es un Rey Mago!

—A papá casi se le sale el corazón del pecho, mi niña, lo mismo que a mí. Nunca, nunca, nos vuelvas a dar un susto así, porque no lo cuento —le decía su madre mientras yo las abrazaba a ambas.

Lo más bonito de todos fue que, cuando los Reyes Magos recuperaron el aliento, invitaron a Noa a subir con ellos en la carroza y los ojos de la niña brillaron de ilusión... Si algo le faltaba en aquella Navidad era convertirse en la protagonista de la cabalgata de Reyes Magos.

—Mírala, tirando caramelos como una loca y yo con un pellizco en el estómago todavía que me muero. Tú dirás lo que quieras, pero el chubasquero ese lo quemo cuando lleguemos a casa —me decía Candy que estaba de los nervios y yo la comprendía muy bien... Un susto más así y acababa también con una pastillita debajo de la lengua. Por un corto espacio de tiempo sentí el pánico de poder perder a una de mis chicas y casi tengo que echar mano del seguro médico.

Impresionante para Noa la aventura que vivió aquella tarde de Reyes e impresionante también la cara de Margarit

cuando se lo contó al llegar, entrando en su piso.

—Madre del amor hermoso, llego yo a estar allí y, del susto, salgo con los pies por delante, hija —le indicó a Candy.

—Yo casi palmo también, Margarita, todavía tengo el corazón acelerado...

—Sí, es que ha sido muy emocionante —le decía Noa, quien estaba adquiriendo una impresionante soltura esos días. Era como otra niña, mucho más espabilada, aunque sin perder esa maravillosa esencia suya que hacía que se me cayese la baba cada vez que abría la boca.

cuando se lo contó al llegar, entrando en su piso.

—Madre del amor hermoso, llego yo a estar allí y, del susto, salgo con los pies por delante, hija —le indicó a Candy.

—Yo casi palmo también, Margarita, todavía tengo el corazón acelerado...

—Sí, es que ha sido muy emocionante —le decía Noa, quien estaba adquiriendo una impresionante soltura esos días. Era como otra niña, mucho más espabilada, aunque sin perder esa maravillosa esencia suya que hacía que se me cayese la baba cada vez que abría la boca.

Capítulo 29: Mateo



Noa ya dormía desde hacía rato. Después de una tarde de tantas emociones, la cría estaba planchando la oreja. Su madre y yo nos disponíamos a disfrutar de esa noche mágica en la que dejaríamos los regalos colocados bajo el árbol antes de acostarnos.

Por cierto, que la cría se había encargado un ratito antes de dejarles también provisiones a Sus Majestades Melchor, Gaspar y Baltasar, a los camellos y a toda su generación, porque allí había vasos de leche, copas de vino mantecados y un sinfín de exquisiteces que sirvió con primor mientras sus ojitos chispeaban.

—Ahora mismo vengo —le comenté a su madre con la intención de dirigirme a la juguetería de Germán a por el patinete.

—¿Y ahora qué tienes que recoger? Porque la basura la has bajado ya, a mí no me engañas —me decía ella.

—Anda, pues es verdad, va a ser que igual tengo algo que recoger, preciosa.

—Vas a provocar que hiperventile, ¿no le habrás comprado alguna otra cosa a la niña?

—Igual una, pero un detallito de nada, ahora vengo —me escabullí antes de comenzar a escuchar lo que tuviera que decirme—. Chao, amor.

Para mí que me esperaría detrás de la puerta con la escoba para arrearme un palo, porque lo único que me reprochaba (en el mejor sentido de la palabra) mi chica era que las colmase de atenciones de la forma en que lo hacía.

Si algo me gustó de esa salida nocturna, una que hice a toda velocidad porque deseaba volver junto a Candy lo antes posible, fue descubrir el verdadero espíritu de los Reyes Magos, de esos padres corriendo de un lado para otro portando los juguetes de sus hijos, los que habían tenido a buen recaudo hasta esa noche. Lo comenté con Germán al llegar...

—Es verdad, Mateo, ese es el verdadero espíritu de estas fiestas en las que hoy en día muchos padres tienen que hacer verdadera magia para que sus hijos reciban regalos en una noche como esta, con la que está cayendo.

—Seguro que tú le has echado una manita a más de uno que esté en verdaderos apuros, si te conoceré yo.

—Se hace lo que se puede. Ahí tengo una lista con juguetes fiados que algunos me irán pagando poquito a poco, y otros, los más desfavorecidos, se han llevado algunos gratis, porque mientras yo tenga esta juguetería abierta ningún niño de este barrio se quedará sin un juguete el día de Reyes.

—Germán, me voy ya, que al final me harás llorar...

Pensaba en ello y en el mucho valor que tiene un negocio de barrio en el que los clientes son personas y no números, cuando llegué a la puerta del bloque y escuché un ruidito que no supe cómo interpretar.

Me agaché al lado de un coche, y allí me encontré un pequeño cachorrito, solo y asustado, una verdadera monería de color blanco salpicado con manchitas negras. Ni mucho menos era un dálmata, ¿eh? Su minúsculo tamaño apuntaba a que debía ser de una raza muy pequeñita. El pobre no se sabía cómo llegó hasta allí, igual estaba con su madre y hermanos y algún gamberro se lo arrebató o igual a su madre le pasó algo, al saber...

Sin pensármelo dos veces, lo subí a casa con una mano mientras con la otra subía el patinete.

—¿Qué traes ahí? —me preguntó Candy cuando vio el enorme paquete.

—Pues mira, un regalito para Noa, y no me digas nada hasta ver lo que traiga en esta otra mano —se lo enseñé y, en lugar de decirme dos o tres cositas, vi que murió de amor.

—Por favor, pero ¿de dónde has sacado esto? —me preguntó.

—Me lo he encontrado en la puerta, para mí que a este nos lo han dejado los Reyes Magos para que lo cuidemos, ¿no es una lástima?

—Sí, sí que lo es, qué cosa más rica, madre —decía ella feliz como una perdiz.

—¿Nos lo podemos quedar entonces? Está desvalido, sucio y seguro que hambriento. No sobrevivirá si no lo hacemos —le puse carita de cordero degollado.

—Sí, sí que nos lo quedamos. Noa va a morir de amor, si hay algo que desea en el mundo es un perrito.

—No me digas, pues eso no me lo había dicho.

—Porque le advertí que ni se le ocurriera. Eres como un Rey Midas, Mateo, ya está bien. Sabía que te dio el sablazo con el patinete, solo faltaba...

—¿Estabas al tanto? Y yo que lo guardaba como un secreto de Estado, ven aquí...

—No, me temo que esta noche no hay faena que valga. A este hay que limpiarlo, alimentarlo y hacer que se duerma. Y luego tenemos que preparar todo el salón, ¿de verdad tú te lo has pensado bien? Antes vivías muy tranquilo y ahora...

—Ahora no sabría vivir sin vosotras, fin de la historia —le aseguré.

Se lo dije de todo corazón, nada me hacía más feliz que dejarlo todo listo para el amanecer en el que sería un día mágico para Noa.

Me tocó buscar la farmacia de guardia para comprar una jeringuilla con la que poder alimentarle, ya que no podía ser más pequeñito, y una leche de fórmula que nos sirviera hasta que pudiésemos encontrar una específica para cachorros.

Quién me iba a decir que me vería en esas, me reía al pensarlo por el camino, aunque cuando más me reí fue al volver a casa y encontrar que el cachorro ya no estaba salpicado de las manchitas negras.

—¿Qué te parece? Blanco entero, para comérselo, las manchas debían ser de al saber qué, han desaparecido al limpiarlo.

—Ay, por favor, pero si ahora es una esponjosa bolita de pelo, qué cosa más bonita.

—Sí que lo es, le va a robar el corazón a Noa —entrecerró Candy los ojos—. Siempre quiso uno, pero no nos lo podíamos permitir porque una mascota genera gastos y yo estaba sin blanca.

—Pues nuevo deseo concedido, estoy pensando en que podríamos dejar que duerma en un cojincito al lado de nuestra cama y, por la mañana, dárselo en una cajita con una enorme lazada.

—A ver si se asfixia el pobre...

—Qué va, yo le hago los agujeros, déjalo de mi mano, aparte de que solo será un momentito. Ni se enterará, este no hace más que dormir...

—¿Qué te parece? Blanco entero, para comérselo, las manchas debían ser de al saber qué, han desaparecido al limpiarlo.

—Ay, por favor, pero si ahora es una esponjosa bolita de pelo, qué cosa más bonita.

—Sí que lo es, le va a robar el corazón a Noa —entrecerró Candy los ojos—. Siempre quiso uno, pero no nos lo podíamos permitir porque una mascota genera gastos y yo estaba sin blanca.

—Pues nuevo deseo concedido, estoy pensando en que podríamos dejar que duerma en un cojincito al lado de nuestra cama y, por la mañana, dárselo en una cajita con una enorme lazada.

—A ver si se asfixia el pobre...

—Qué va, yo le hago los agujeros, déjalo de mi mano, aparte de que solo será un momentito. Ni se enterará, este no hace más que dormir...

Capítulo 30: Candy



No, Mateo no tenía razón en eso de que el cachorro no hacía más que dormir.

—¡Una rata! ¡Ha entrado una rata en mi cuarto! Mamá, corre, ¡trae un palo! —me chilló Noa a eso de las siete de la mañana, momento en el que el cachorrito debió desorientarse y, con un andar tambaleante, llegar hasta su cama.

Mi hija les tenía fobia a las ratas y, de sentirse amenazada por una de ellas, era más que probable que se liase a palos y se quedase sola. Yo no entendía muy bien lo que me decía, pero de pronto abrí los ojos y caí en la cuenta.

—¡El cachorrito! —chillé al ver que no estaba al lado de la cama.

Mateo también se levantó de un salto y juntos llegamos a su dormitorio. Noa saltaba como si la suya fuese una cama elástica, con gesto de terror y los ojos enormemente grandes, buscando “al bicho” en cuestión.

—Mamá, se ha metido debajo de mi cama, se ha metido, ahora mismo voy por el palo —saltó y corrió hacia la cocina, viniendo a renglón seguido con la escoba.

—Hija que no, estate quieta, que no es una...

—Que sí, mamá. Ay, ¡que está ahí! ¡Que le va a morder a papá! De eso nada...

No se lo pensó dos veces porque Noa es muy visceral y a mí no me dio tiempo a agarrarla. Mateo cogió al cachorrito y lo protegió con su cuerpo, si bien no contó con que Noa movía el palo, asustadísima, y antes de que é pudiera articular palabra, le dio en toda la cabeza. Vaya, que un poco más y se la abre como una sandía.

Mateo cayó de espaldas y del golpe soltó al cachorrito.

—Si no lo cuento, dile que la quise mucho. Y a ti también, mi vida —me dijo mientras se le cerraban los ojos.

—¡Mamá! ¡He matado a papá! Ha sido un *papicidio* y yo no quería...

—Que no, cariño, que tu padre solo está un poco mareado, lo que pasa es que los hombres son así. Trae un abanico y ten cuidado con el cachorro, por el amor del cielo.

—¿Con el cachorro? ¿No es una rata? —me preguntó ella mientras el animalito le mostraba sus azules ojos, enamorándola al instante.

—No, no lo es.

—¡Mamá! ¡Que si es un cachorro! —exclamó llevándose sus manitas la pecho.

—Lo es, cariño, pero tu padre necesita que le eche viento, ¡corre!

Noa lo hizo sin contar con que el suelo estaba repleto de caramelos y dulces, ya que le habíamos formado un precioso camino por toda la casa la noche anterior, el mismo que estrenó cayendo también de espaldas, justo al lado de su padre, al patinar con una chocolatina.

—Otra que se ha matado —acertó a decir antes de que yo no pudiese más y tuviera que correr a buscar sendos abanicos para abanicarlos a los dos al mismo tiempo.

—Ya papá vuelve en sí, pregúntale cuántos dedos tengo en la mano, mamá...

—En la mano lo que tienes es una fuerza que ni Sansón, hija, qué palo me he llevado —murmuraba Mateo, quien no podía ser más salado, qué ilusión me hizo ver que por fin contestaba.

—¡Papá, estás vivo! ¡Qué miedo he pasado! Y mira, no es una rata...

—Ya lo sé, mi amor, es un cachorro. Casi me cuesta la vida —le sonreía él, todavía un poco mareado.

—Cariño, piensa en positivo... Has caído bocarriba, si llegas a hacerlo bocabajo igual tendríamos que pedirles a los Reyes que volviesen y te dejasen un abono para piños nuevos —reía yo tratándole de hacer reír a él también.

—Pues es verdad, mi amor, siempre hay que verle la parte positiva a todo. Oye, ¿tú no tendrás un paracetamol por ahí? Porque tengo la azotea peor que tras una resaca.

—Papá, míralo, es precioso, me lo han traído los Reyes, ¿cómo lo vamos a llamar? —acariciaba Noa al cachorrito —. Es muy bonito, hay que buscarle un nombre que le pegue.

—De pegar no me hables, hija, que del palo siento que tengo hasta la boca pastosa —le decía él y, tras el susto inicial, yo casi que tenía que contener la risa, puesto que no podía más.

—Bueno, bueno, hija, de lo del nombre ya nos encargaremos, ahora tienes que ayudarme a levantar a tu padre —le indiqué después de darle la pastilla para el dolor de cabeza.

l

—Qué va, qué va, si yo puedo —nos dijo él mientras hacía un primer intento en vano, pues Noa le había quitado hasta las ganas de vivir con el palo ese con el que mi niña tenía más peligro que Po, el oso de *“Kung Fu Panda”*.

—¡Mamá! ¡Que si es un cachorro! —exclamó llevándose sus manitas la pecho.

—Lo es, cariño, pero tu padre necesita que le eche viento, ¡corre!

Noa lo hizo sin contar con que el suelo estaba repleto de caramelos y dulces, ya que le habíamos formado un precioso camino por toda la casa la noche anterior, el mismo que estrenó cayendo también de espaldas, justo al lado de su padre, al patinar con una chocolatina.

—Otra que se ha matado —acertó a decir antes de que yo no pudiese más y tuviera que correr a buscar sendos abanicos para abanicarlos a los dos al mismo tiempo.

—Ya papá vuelve en sí, pregúntale cuántos dedos tengo en la mano, mamá...

—En la mano lo que tienes es una fuerza que ni Sansón, hija, qué palo me he llevado —murmuraba Mateo, quien no podía ser más salado, qué ilusión me hizo ver que por fin contestaba.

—¡Papá, estás vivo! ¡Qué miedo he pasado! Y mira, no es una rata...

—Ya lo sé, mi amor, es un cachorro. Casi me cuesta la vida —le sonreía él, todavía un poco mareado.

—Cariño, piensa en positivo... Has caído bocarriba, si llegas a hacerlo bocabajo igual tendríamos que pedirles a los Reyes que volvieres y te dejasen un abono para piños nuevos —reía yo tratándole de hacer reír a él también.

—Pues es verdad, mi amor, siempre hay que verle la parte positiva a todo. Oye, ¿tú no tendrás un paracetamol por ahí? Porque tengo la azotea peor que tras una resaca.

—Papá, míralo, es precioso, me lo han traído los Reyes, ¿cómo lo vamos a llamar? —acariciaba Noa al cachorrito —. Es muy bonito, hay que buscarle un nombre que le pegue.

—De pegar no me hables, hija, que del palo siento que tengo hasta la boca pastosa —le decía él y, tras el susto inicial, yo casi que tenía que contener la risa, puesto que no podía más.

—Bueno, bueno, hija, de lo del nombre ya nos encargaremos, ahora tienes que ayudarme a levantar a tu padre —le indiqué después de darle la pastilla para el dolor de cabeza.

—Qué va, qué va, si yo puedo —nos dijo él mientras hacía un primer intento en vano, pues Noa le había quitado hasta las ganas de vivir con el palo ese con el que mi niña tenía más peligro que Po, el oso de *“Kung Fu Panda”*.

Capítulo 31: Mateo



Cuando por fin pude levantarme, nos fuimos para el salón. Noa era incapaz de soltar al cachorrito, pero moría por abrir sus regalos.

—¡Guau! ¿Y esa caja tan grande? —me guiñó un ojo cuando la vio—. Eso debe ser...

Que conste que yo quise devolverle el guiño, pero no coordinaba los movimientos, todavía era pronto. El golpe había sido morrocotudo y mi cerebro como que no regía demasiado bien.

—Es una sorpresita, hija, pero primero tienes que abrir todos los de la carta que le dejaste a mamá al principio de las Navidades.

Por nada en el mundo pensaba robarle el protagonismo a Candy, aunque a partir de ese año ya todos los regalos serían conjuntos, como sus padres que éramos. Noa los fue abriendo uno por uno y todos le fascinaron...

—Mamá, la muñeca para maquillar y peinar con todo el set de peluquería y maquillaje, muero —decía ella mientras se lo enseñaba al cachorrito, como si él entendiese de esas cuestiones. Qué salada—. Anda, y el juego de “Operación” como mola...

—Para operación la que casi me tienen que hacer a mí —murmuré y Candy estalló en carcajadas. Solo por escucharlas, me habría dejado moler a palos por la niña, las cosas como son...

—Qué gracioso eres, papá. Y mira... el coche de Barbie y...

—¿Te gusta, pequeña? —le acariciaba la cabecita ella.

—Me encanta mami... ¡y toma! ¡Mogollón de ropita! Me flipa la faldita vaquera con el logo de Barbie, a juego con el chaleco rosa y las botas, ¡esto lo estreno hoy!

—Si sigues chillando así, será para el funeral de tu padre —reía ella más—. Mira la carita que se le ha quedado al pobre...

—Eso es porque igual tiene hambre o algo, mamá.

—Sí, sí, será que el palo me ha podido abrir el apetito y no la cabeza —le decía yo poco convencido.

—Ay, mamá, qué gracioso está, tendremos que darle un palo de vez en cuando —le decía Noa, que ya digo que había espabilado a pasos agigantados.

—Sí, pero antes traedme un babero, que se me está cayendo la baba, y no es en sentido metafórico —les advertí.

La que pudo formar Noa unos segundos después al ver el patinete, así como otra serie de cositas que le pedí a los Magos de Oriente para ella, a escondidas de su madre, que decía que ya le sobraban. Pero sobre todo el patinete, en el cual se montó y yo no sabía si es que iba demasiado rápido o que la veía doble a consecuencia del golpe.

—¡Mami! ¡Y también hay mogollón de regalitos para ti! —le decía sin poder bajar del patinete, en el cual había subido también al cachorrito, el cual debía estar pensando que era demasiado joven para morir... aunque en realidad el único que estuvo a punto de palmarla fue el abeto, porque Noa le dio con el patinete de refilón y casi me lo tira en la cabeza. No hace falta decir que salté como un gato porque otro golpe más en ella y no lo cuento.

—Cariño, pues los reflejos los tienes intactos —me decía Noa agarrándose el vientre de la risa. Lo que llevaría reído en aquella mañana no tenía precio.

—Sí, sí, se ve que hay partes de mi cerebro que se han podido salvar.

—Todas, papi —afirmaba Noa mientras daba vueltas con el patinete por todo el salón.

—No sé yo, hija, no sé yo. Venga, amor, abre también los tuyos —le pedí a Candy.

—Pero es que mira cuántos hay... ¡y yo solo te tengo uno!

—¿Te parece poco el regalo que me has hecho? Has llegado a mi vida y con una niña.

—Con una niña que tiene más peligro que Bruce Lee, ¿no? —reía a carcajadas.

—Mamá, que tampoco tengo tanto peligro...

—Bueno, hija, eso ya lo dirá el resultado del TAC —añadí porque no las tenía todas conmigo.

La emoción me embargó cuando vi a Candy resplandecer con sus regalos.

—¡Pero si es el chaquetón de borreguito del que estaba prendada! Huele a chivatazo —miró a Noa, quien seguía dando vueltas con el patinete y se encogía de hombros. Para mí que lo primero que haría el cachorro sería aprender a taparse los ojos con las patitas delanteras para no ver la que se le venía encima.

—Igual a un pajarito le dio por piar un poco. Sigue anda...

—¡Las botas! ¡Las botas mosqueteras que siempre he querido tener! Muero —comenzó a dar saltos— ¡Yo a ti te como!

—Vale, vale, pero mejor espera que me entone un poco, amor. Toma otro paquetito...

—¡La colección de libros de Navidad de mis once autores favoritos! Ay, por Dios, esto sí que no lo esperaba, ¡se me encoge el corazón!

—Tranquila, a mí se me ha encogido el cerebro y tengo que vivir con ello, así que todo irá bien —le dije y nuevamente escuché esas carcajadas suyas.

Unas gafas de sol, un par de jerséis de lana de lo más calentitos, un bono para un SPA y todo aquello que se me

ocurrió hizo que enloqueciera y que se sentara sobre mis rodillas.

—Sigo pensando que es mucho más de lo que me merezco, amor —murmuró en mi oído.

—Tranquila, yo tampoco creí merecer un palo y me lo he llevado de campeonato —le respondí entre risas.

Bromas aparte, me emocioné al máximo cuando vi ese reloj que ella había comprado para mí y que era una preciosidad, uno que me gustaba, con la esfera verde, ya que de ese estilo me faltaba alguno. No tenía nada que ver con el que me regaló mi madre días atrás, era muy distinto e igualmente maravilloso para mis ojos, y más por lo que representaba.

—Es una preciosidad, mi niña, no tendrías que haberlo hecho.

—¿Te gusta de verdad? No es nada, ojalá pudiera darte más.

—No te preocupes, que ya me han dado para el pelo —le contesté muerto de la risa.

Al poco fuimos a llamar a Margarita, quien se había empeñado en que el Roscón de Reyes lo hacía ella, que no lo comprásemos.

—Huele que alimenta, qué manos tienes —le dije a la mujer en cuanto entró con el dulce manjar, acompañada por Candy.

—Mateo, que ya me han contado que has tenido un despertar muy accidentado —rio ella—. Menos mal que este roscón cuenta con poderes curativos.

—Claro, porque es mágico, como los Reyes —le comentó Noa, quien venía con la pequeña bolita blanca entre sus brazos.

—Pero ¿qué tenemos aquí? Ay, por Dios bendito, qué cosita más bonita. Pero si parece una bolita de nieve.

—Nieve, le llamaremos Nieve, me gusta —asintió la cría, quien estaba deseando ponerle nombre.

—Pues nada, ahora mismo lo bautizamos, porque hay que bautizarlo —opinó Margarita, quien era creyente y practicante, e hizo los honores después del desayuno de una mañana de Reyes que fue mágica, si dejamos a un lado la cuestión del palo, que poco a poco se me iba olvidando.

—Sí, pero antes te toca abrir tus regalos, que aquí también hay para ti —le indicó Noa.

—Ay, por favor, pero si yo no...

—Tú me haces el favor de callarte que si yo he podido comprar regalos en condiciones este año ha sido en parte gracias a ti —murmuró Candy en su oído mientras me guiñaba el ojo. Y yo que seguía sin poder guiñar el mío, vaya por Dios.

ocurrió hizo que enloqueciera y que se sentara sobre mis rodillas.

—Sigo pensando que es mucho más de lo que me merezco, amor —murmuró en mi oído.

—Tranquila, yo tampoco creí merecer un palo y me lo he llevado de campeonato —le respondí entre risas.

Bromas aparte, me emocioné al máximo cuando vi ese reloj que ella había comprado para mí y que era una preciosidad, uno que me gustaba, con la esfera verde, ya que de ese estilo me faltaba alguno. No tenía nada que ver con el que me regaló mi madre días atrás, era muy distinto e igualmente maravilloso para mis ojos, y más por lo que representaba.

—Es una preciosidad, mi niña, no tendrías que haberlo hecho.

—¿Te gusta de verdad? No es nada, ojalá pudiera darte más.

—No te preocupes, que ya me han dado para el pelo —le contesté muerto de la risa.

Al poco fuimos a llamar a Margarita, quien se había empeñado en que el Roscón de Reyes lo hacía ella, que no lo comprásemos.

—Huele que alimenta, qué manos tienes —le dije a la mujer en cuanto entró con el dulce manjar, acompañada por Candy.

—Mateo, que ya me han contado que has tenido un despertar muy accidentado —rio ella—. Menos mal que este roscón cuenta con poderes curativos.

—Claro, porque es mágico, como los Reyes —le comentó Noa, quien venía con la pequeña bolita blanca entre sus brazos.

—Pero ¿qué tenemos aquí? Ay, por Dios bendito, qué cosita más bonita. Pero si parece una bolita de nieve.

—Nieve, le llamaremos Nieve, me gusta —asintió la cría, quien estaba deseando ponerle nombre.

—Pues nada, ahora mismo lo bautizamos, porque hay que bautizarlo —opinó Margarita, quien era creyente y practicante, e hizo los honores después del desayuno de una mañana de Reyes que fue mágica, si dejamos a un lado la cuestión del palo, que poco a poco se me iba olvidando.

—Sí, pero antes te toca abrir tus regalos, que aquí también hay para ti —le indicó Noa.

—Ay, por favor, pero si yo no...

—Tú me haces el favor de callarte que si yo he podido comprar regalos en condiciones este año ha sido en parte gracias a ti —murmuró Candy en su oído mientras me guiñaba el ojo. Y yo que seguía sin poder guiñar el mío, vaya por Dios.

Capítulo 32: Mateo



Mi madre llegó al mediodía, justo a tiempo para el almuerzo.

—Que dice que bajes, otra vez debe traer un montón de bolsas. Ay con mi suegri, ¿nos ha visto pinta de tener hambre? Si estamos hasta arriba de roscón —decía Candy y no le faltaba razón.

Si contenta vi a mi madre en la anterior ocasión, no digamos ya aquel día de Reyes en el que le noté un especial brillo en los ojos que me dio que pensar. Y sí, no hace falta ni comentar que venía cargadita de juguetes y no para el niño de Belén, como en el famoso villancico, sino para Noa.

—Mamá, no tienes que hacer estas cosas. Si ya nos dejaste un dinero con el que Candy y yo estamos pensando en comprar una tele para nuestro dormitorio. A la niña ya le hemos comprado de todo.

—Eso está muy bien, pero espero que la tele no os distraiga demasiado, que yo quiero otro nieto —me guiñó un ojo.

De nuevo intercambio de regalos cuando ella subió, y de nuevo pensé que no podía tener más suerte al contar con todas ellas en mi vida.

La mañana pasó volando y enseguida se hizo la hora del almuerzo, uno que estaba llamado a ser muy especial, aunque aún no lo supiéramos.

—Hijo, hija, nieta, Margarita —mi madre nos nombró a todos cuando se sentó a la mesa.

—Abuela, que has pasado lista, aunque se te ha olvidado mencionar a Nieve —le recordó Noa.

—Es verdad, mi vida, será porque estoy un poquito emocionada por lo que os tengo que contar...

—¿Te pasa algo, mamá? —le acaricié la mano, preocupado—Habla, por favor.

—Me pasa, hijo, pero descuida porque es algo bueno —me anunció—, así que quita esa cara de preocupación.

—Pues si le hubieras visto la de antes, cuando le di el palo, abuelita —le soltó Noa, en su inocencia, si bien Candy le mandó que se callase enseguida.

—Veréis, cuando llegué a vuestras vidas no fue por casualidad. Ya sabes que te busqué a ti, Mateo, no contando con encontraros a todos. Si en ese momento moví ficha, y supe que tu padre había fallecido, fue porque no me encontraba bien y me hicieron unas pruebas.

—Mamá, no sabíamos nada —murmuré con un tremendo nudo en la garganta.

—Claro que no, hijo, yo no os lo quise decir porque los síntomas de mi malestar eran compatibles con los de un tumor maligno y, por si me quedaba poco tiempo, te busqué para darte un fuerte abrazo y, llegado el momento, pasar a mejor vida con esa alegría.

—Abuelita, pero no estás mala de verdad, ¿no? —intervino Noa.

—No, ayer por fin me dieron los resultados y lo que tengo es propio de los achaques de la edad, un síndrome sin mayor importancia...

—Ya, un par de pastillitas más al día, ¿no? Yo no me despego del pastillero tampoco —se puso en su lugar Margarita.

—Eso es, de forma que hoy sé que estoy sana y que, si Dios quiere, voy a poder disfrutar de mi familia durante muchos años. Ayer, cuando me enteré, supe que era el mejor regalo que los Reyes pudieran hacerme...

—Qué guay, abuelita, es que yo le pedí salud para todos, ¿sabes? Porque fui subida en la cabalgata, aunque de ese tema mejor no te hablo porque a mamá se le abren las carnes, como ella dice.

La risa de Noa nos contagió a todos en un momento en el que me conmovió una barbaridad eso que nos contó mi madre. Su vida estaba en juego y yo no tenía ni idea, algo que me llevó a pensar en que la felicidad pudiera ser efímera y en que solo existe el aquí y el hoy.

—Mamá, eso que has dicho es increíblemente importante para nosotros. Me acabo de dar cuenta de que todo lo que estoy viviendo es fascinante. Ya me lo figuraba, pero he aterrizado de golpe en el suelo. Espero y deseo con toda mi alma que esta sea nuestra primera Navidad de muchas como madre e hijo, pero también que las disfrutemos junto con Margarita, Noa y con la mujer que me gustaría que se convirtiese en mi esposa, mi preciosa Candy.

Para mí que hasta el cachorrito se quedó loco porque nadie esperaba una pedida de mano así de improvisada por mi parte, una que no tenía nada que ver con esas románticas de las novelas. Simplemente, me salió del alma y pensé que, por muy fuerte que pudiera sonar, era lo que deseaba y el que lo nuestro estuviese comenzando no tendría que ser un obstáculo para que yo quisiera materializarlo en un matrimonio que deseaba más que nada en el mundo.

—Mamá, mamá, ¿lo has oído? —le decía Noa mientras le daba en el hombro, porque Candy parecía haber entrado en shock.

—Lo he oído, mi niña, lo he oído —le contestaba con un hilo de voz porque se había quedado casi muda.

—Pues dile algo al pobre, que lleva un día que no veas, ¿no le irás tú a pegar otro palo? —aunque fuera en sentido figurado, a mí también se me abrieron las carnes solo de pensarlo.

—Claro que no, mi niña, claro que no.

—Pues entonces, venga, díselo —la animó ella.

—¿Y qué te digo yo, Mateo? ¿Qué te digo yo?

—Dime que es un sí, cariño mío, dímelo y pongamos un final mágico a estas Navidades de cuento.

—¡Si y mil veces sí! —chilló ella mientras se tiraba en mis brazos y me hacía un regalo más: el dulce de sus besos.

,

l

l

o

o

—¡Si y mil veces sí! —chilló ella mientras se tiraba en mis brazos y me hacía un regalo más: el dulce de sus besos.

Capítulo 33: Candy



Tan solo habían pasado unos meses desde aquella improvisada pedida de mano por parte de Mateo, una pedida inolvidable que cristalizó en una boda de cuento, porque así fue lo nuestro desde el principio; uno de esos cuentos felices en los que se terminan comiendo perdices u otro tipo de exquisiteces como las que se servirían en nuestro banquete.

La nuestra no era la típica boda del año con cientos de invitados. Nosotros éramos personas normales que decidieron unir sus vidas a través de un sonoro y alegre “sí, quiero” rodeados de nuestros seres queridos.

Ni el uno ni la otra teníamos apenas familia, aunque no nos faltaron buenos amigos que no quisieron perderse nuestro enlace. Hablo de amigos de toda la vida y de otros que fuimos haciendo con el tiempo, como esos compañeros de Mateo del supermercado que ya también lo eran míos.

Nos alojamos en el bonito hotel rural en el que se celebraría la boda desde el día anterior. Hasta Nieve, la bolita de pelo de nuestra niña que ciertamente no creció demasiado, se alojó en él.

Orgullosa al máximo, Lola sería la madrina de la ceremonia. Lo cierto es que no teníamos un padrino decidido hasta poco antes, y Rafa, nuestro jefe, se ofreció a serlo, por lo que nos ahorró un calentamiento de coco, dándonos una alegría.

Queríamos una ceremonia religiosa al aire libre, una que nos recordara por qué vivíamos en un lugar privilegiado donde el clima templado y agradable invita a visitar esa zona de España marcada por el duende y el embrujo, con paisajes tan brillantes como verdes e interminables.

La nuestra fue una boda celebrada en un entorno rural, en uno de esos hoteles con sabor a naturaleza, a aire libre y a blancos manteles que hacían juego con ese vestido que yo llevaba, sencillo, pero precioso, con mangas acampanadas y espalda fuera, con florecillas sobresaliendo de mi moño bajo y desenfadado. Un *look* juvenil sin renunciar ni un ápice a lucir deslumbrante y sexy ante los ojos de mi sorprendido futuro marido.

—Me han temblado las canillas al verte aparecer así, mi vida. Por favor, si es que pareces un hada, no podía imaginarte más bonita —murmuró.

—Y yo soy otra en miniatura, papi —le señaló nuestra niña, quien llegó también en ese momento con su cojincito de alianzas como su más preciado tesoro, y con Nieve al lado, que la seguía a todas partes.

Lola me miraba con emoción contenida. Ella estaba emocionadísima con el enlace de su único y amado hijo, ese que un día le arrebataron de sus brazos y que había recuperado, entrando de lleno en nuestras vidas.

El sacerdote, llamado Blas, era conocido nuestro de la parroquia del barrio, y aceptó celebrar aquella boda al aire

libre, tan campestre y preciosa, aludiendo a que “Dios ve con buenos ojos todo amor que sea puro y verdadero, con independencia de dónde se le dé forma matrimonial”.

Ese día me esperaban muchas sorpresas, las cuales no esperaba para nada, que para eso eran sorpresas, como es lógico. Una de ellas fue que nuestra niña cantó durante la campestre ceremonia, esa que se celebró en un entorno también de cuento, como todo lo que tenía que ver con nuestras vidas, ante un magnífico y sencillo altar que improvisamos con tules y flores, muchas flores, porque las flores dan alegría a la vida, y porque nosotros irradiábamos esa alegría.

Como no podía ser de otra forma, Noa hubo de poner la nota, y no solo me refiero a la musical, sino a la nota de humor cuando, entre frase y frase de su canción soltó un “vaya gallo que me ha salido”, momento en el que a todos los asistentes, incluido a nosotros y al sacerdote, lo que nos salió fue una enorme carcajada.

En tan idílicas circunstancias, rodeados de cariño y ansiosos por unir nuestras vidas, nos dimos el aludido “sí, quiero”, tras el cual Mateo me regaló un beso de película que el fotógrafo immortalizó junto a la más bonita de nuestras sonrisas.

Nada más acabar la ceremonia, nos hicimos otras muchas fotos que dieran fe de un día increíblemente feliz y romántico en el que nos convertimos en marido y mujer en tiempo récord, puesto que meses antes apenas nos conocíamos.

La apertura del baile fue también divertida a rabiar, puesto que nosotros no somos de formalismos y eso del vals nos resultaba un embrollo innecesario, razón por la cual habíamos preparado una coreografía que exhibimos con gracia y rabiosa complicidad ante todos los nuestros mientras nos contoneábamos con la música de “*Robarte un beso*” de Carlos Vives y Sebastián Yatra, momentos en los que sentimos mariposas como bien dice su letra. Y sí, hasta el alma nos llegaron esos besos que los dos nos robamos mientras notábamos esas alas que nos llevaban a volar por encima del resto de las cabezas, observando todo aquello que estaba sucediendo como un sueño hecho realidad.

Una maravilla de día que reitero estuvo plagado de sorpresas, como el hecho de que Lola nos regalase una inolvidable luna de miel en Tailandia que nos resarcía con creces de todo ese tiempo que permanecimos sin salir de Granada.

La nuestra fue una hechizante luna de miel que disfrutamos a solas, puesto que ella y Margarita se quedaron con Noa. Supusimos que sí, que nos vendrían bien unos días que disfrutar en pareja y en los que asumiéramos que todo lo bueno que nos estaba pasando no era el fruto de nuestra imaginación, sino una apasionante realidad que nos acompañaría de por vida, porque nosotros apostamos por una relación sin fecha de caducidad. Así lo decidimos y así lo sellamos desde Tailandia con amor.

libre, tan campestre y preciosa, aludiendo a que “Dios ve con buenos ojos todo amor que sea puro y verdadero, con independencia de dónde se le dé forma matrimonial”.

Ese día me esperaban muchas sorpresas, las cuales no esperaba para nada, que para eso eran sorpresas, como es lógico. Una de ellas fue que nuestra niña cantó durante la campestre ceremonia, esa que se celebró en un entorno también de cuento, como todo lo que tenía que ver con nuestras vidas, ante un magnífico y sencillo altar que improvisamos con tules y flores, muchas flores, porque las flores dan alegría a la vida, y porque nosotros irradiábamos esa alegría.

Como no podía ser de otra forma, Noa hubo de poner la nota, y no solo me refiero a la musical, sino a la nota de humor cuando, entre frase y frase de su canción soltó un “vaya gallo que me ha salido”, momento en el que a todos los asistentes, incluido a nosotros y al sacerdote, lo que nos salió fue una enorme carcajada.

En tan idílicas circunstancias, rodeados de cariño y ansiosos por unir nuestras vidas, nos dimos el aludido “sí, quiero”, tras el cual Mateo me regaló un beso de película que el fotógrafo immortalizó junto a la más bonita de nuestras sonrisas.

Nada más acabar la ceremonia, nos hicimos otras muchas fotos que dieran fe de un día increíblemente feliz y romántico en el que nos convertimos en marido y mujer en tiempo récord, puesto que meses antes apenas nos conocíamos.

La apertura del baile fue también divertida a rabiar, puesto que nosotros no somos de formalismos y eso del vals nos resultaba un embrollo innecesario, razón por la cual habíamos preparado una coreografía que exhibimos con gracia y rabiosa complicidad ante todos los nuestros mientras nos contoneábamos con la música de “*Robarte un beso*” de Carlos Vives y Sebastián Yatra, momentos en los que sentimos mariposas como bien dice su letra. Y sí, hasta el alma nos llegaron esos besos que los dos nos robamos mientras notábamos esas alas que nos llevaban a volar por encima del resto de las cabezas, observando todo aquello que estaba sucediendo como un sueño hecho realidad.

Una maravilla de día que reitero estuvo plagado de sorpresas, como el hecho de que Lola nos regalase una inolvidable luna de miel en Tailandia que nos resarcía con creces de todo ese tiempo que permanecemos sin salir de Granada.

La nuestra fue una hechizante luna de miel que disfrutamos a solas, puesto que ella y Margarita se quedaron con Noa. Supusimos que sí, que nos vendrían bien unos días que disfrutar en pareja y en los que asumiéramos que todo lo bueno que nos estaba pasando no era el fruto de nuestra imaginación, sino una apasionante realidad que nos acompañaría de por vida, porque nosotros apostamos por una relación sin fecha de caducidad. Así lo decidimos y así lo sellamos desde Tailandia con amor.

Epilogo



Cinco años después...

El día de nuestra boda estuvo plagado de sorpresas, fueron muchas y muy intensas y románticas. No obstante, la más impresionante de todas ellas estaba por llegar.

Sucedió paseando por Bangkok, cuando en un puestecito de comida callejera noté que la carita se le puso blanca a Candy y refirió unas náuseas que me sonaron sospechosas.

—Eso no es posible —negó con la cabeza, sin pararse a pensar.

—¿Imposible? ¿Me lo dices o me lo cuentas?

Claro que era posible y tuvimos constancia de ello a nuestra vuelta a casa, cuando una prueba reveló que estamos, ¡embarazados!

Desde entonces ya habían pasado cinco años largos, porque estábamos en verano y volvíamos a Cádiz, como se había convertido en nuestra costumbre. Y lo hacíamos en familia, con Noa, Mateo Jr., Margarita y mi madre, igual que en anteriores ocasiones.

—Hijos, este año no hay hotel que valga —nos anunció mi madre cuando llegamos a Zahara de los Atunes, que era la localidad en la que veraneábamos y en la que nos dejábamos una pasta gansa todos los años. Eso sí, con todo el gusto del mundo, que no hay dinero mejor invertido que ese que te lleva a olvidarte del mundo y relajarte con los tuyos.

—¿Entonces es que nos vamos a quedar en una caseta de campaña, abuelita? —le preguntó Noa.

—No lo quiera Dios —apretó los dientes Candy, a quien la idea noté que le dio algo de terror por los muchos bártulos que llevábamos con el crío y demás.

—No, cariño, es mejor que eso. Mateo, ¿tú ves aquella urbanización? Pues tira para allá —me indicó una preciosa muy moderna y hasta con piscina.

—Mamá, que es de acceso restringido, a ver si nos ponen una multa —le indiqué mientras conducía el monovolumen con el que Candy y yo nos hicimos para poder viajar en familia.

—No, hijo, es para propietarios...

—Pues eso, mamá, para propietarios —recalqué.

—Y eso somos nosotros —me dijo ajustándose la pabela que llevaba incluso dentro del coche, que ella derrochaba glamur cuando nos íbamos de vacaciones.

—No entiendo nada, mamá, no lo entiendo.

—Hijo, pues es muy fácil, ahora que me he jubilado y me he ido a vivir al pueblo, he vendido mi pisito de Granada para comprar este. Aquel ya no pinta nada cerrado y este lo vamos a disfrutar todos juntos, además de que os quedará para vosotros el día de mañana.

—Eso, cuando mi amiga Lola y yo nos vayamos a jugar nuestra partidita de cartas allí donde se crían malvas —añadió Margarita.

Había sido un pacto entre las dos, un pacto que se tenían muy calladito. Mi madre se quedaba a vivir con Margarita, quien ya tenía su piso pagado y se hacían muchísima compañía, y a nosotros nos veía a todas horas, al vivir en el mismo bloque. Mientras, compraba un piso de veraneo que todos disfrutásemos en verano y cada vez que pudiésemos hacer una escapada.

—Papá, no digas nada, que la abuela y Margarita molan mucho —opinó Noa, que ya era toda una adolescente y quien actuaba como una segunda madre con su hermano, a quien nos había ayudado muchísimo a criar y a quien adoraba.

—Eso, tú hazle caso a mi nieta, que ella sí que sabe.

Entramos en la urbanización y hasta me emocioné. Era magnífica, un verdadero lujo. Candy lo miraba todo encandilada, como no creyéndose que pudiésemos tener tanta suerte.

—Ya está todo decorado porque los antiguos dueños se han ido a vivir a Argentina y lo han dejado nuevo, apenas lo han disfrutado un par de años, pero si queréis cambiar algo, ya sabéis, luz verde —nos guiñó el ojo mi madre.

—Suegra, yo no quiero cambiar nada ni del piso ni de mi vida, ¡todo está perfecto! —le salió del alma a mi mujer

—Qué bonita que es mi nuera, y qué nietos más guapos que me ha dado —se deshacía en halagos con ellos, de quien era una de sus dos abuelas. La otra era Margarita, porque de la madre de Candy no volvimos a saber después de que encontrase un novio en Barcelona y se marchase con él, según nos dijeron.

No nos hacía falta nadie más en nuestras vidas. Estábamos los que queríamos estar y yo no podía imaginar mayor felicidad que la de disfrutar en el día a día de una mujer de la que estaba enamorado y de unos hijos que eran un regalo, aparte de esas dos madrazas que siempre nos echaban un cable con todo.

Esa noche salimos Candy y yo. Los niños estaban reventados tras un intenso día de playa y piscina, y se quedaron en casa con Margarita y con mi madre. Ah, y con Nieve, que el animalito también viajaba con nosotros a todas partes, solo que él no ocupaba nada y a veces hasta me olvidaba de ello.

No éramos de salir de noche, pero si un día lo hacíamos, lo saboreábamos muchísimo, por eso de no ser lo habitual.

—Estás para comerte con ese vestido ibicenco —aprecié cuando apareció con su vestido y sus cuñas.

—Pues te vas a hartar, porque vengo con relleno —me indicó.

—¿En el sujetador? Ya decía yo que te las veía un poco más grandes —le comenté mientras afinaba la vista.

—Puede ser, gandul, pero es producto de lo mismo, ¿no me estás entendiendo? Con relleno, como un huevo *Kinder*...

—¿Estás embarazada? ¡¡No me lo puedo creer!! —la cogí al vuelo como la primera vez que nos visitó la cigüeña, a sabiendas de que era una noticia tan inesperada como ilusionante. Nunca descartamos ampliar la familia y allí lo teníamos: un nuevo milagro se gestaba en el interior de mi Candy, de mi dulce Candy.

—Y yo tampoco, pero ha vuelto a ocurrir —negó con la cabeza, tan feliz que impactaba, porque todo lo que vivíamos nos llenaba de dicha.

—Mi amor, mi preciosa mujer, ¡vamos a ser familia numerosa!

—Eso parece. Te quiero, Mateo, siempre te he querido y siempre te querré.

—Yo sí que te quiero a ti, mi dulce y sensual Candy —murmuré mientras notaba el latido de su corazón, ese que se acompasaba con el mío porque, en el fondo, eran un solo.

—¿En el sujetador? Ya decía yo que te las veía un poco más grandes —le comenté mientras afinaba la vista.

—Puede ser, gandul, pero es producto de lo mismo, ¿no me estás entendiendo? Con relleno, como un huevo *Kinder*...

—¿Estás embarazada? ¡¡No me lo puedo creer!! —la cogí al vuelo como la primera vez que nos visitó la cigüeña, a sabiendas de que era una noticia tan inesperada como ilusionante. Nunca descartamos ampliar la familia y allí lo teníamos: un nuevo milagro se gestaba en el interior de mi Candy, de mi dulce Candy.

—Y yo tampoco, pero ha vuelto a ocurrir —negó con la cabeza, tan feliz que impactaba, porque todo lo que vivíamos nos llenaba de dicha.

—Mi amor, mi preciosa mujer, ¡vamos a ser familia numerosa!

—Eso parece. Te quiero, Mateo, siempre te he querido y siempre te querré.

—Yo sí que te quiero a ti, mi dulce y sensual Candy —murmuré mientras notaba el latido de su corazón, ese que se acompañaba con el mío porque, en el fondo, eran un solo.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.

*Con mucho cariño,
Manu y Alma.*

Redes sociales:

Facebook:

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

Instagram:

@manu.ponce.escriptor

@almafernandez.autora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:

<http://relinks.me/ManuPonce>

relinks.me/AlmaFernandez

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado nuestra novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon. Puedes encontrarnos en nuestras redes sociales.

*Con mucho cariño,
Manu y Alma.*

Redes sociales:

Facebook:

[Manu Ponce](#)

[Alma Fernández](#)

Instagram:

@manu.ponce.escriptor

@almafernandez.autora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:

<http://relinks.me/ManuPonce>

relinks.me/AlmaFernandez